MIKE McCORMACK

Esta plaga de almas

TRADUCCIÓN DE MAGDALENA PALMER

narrativasextopiso



Esta plaga de almas

Mike McCormack

Traducción de Magdalena Palmer



sextopiso

Todos los derechos reservados.
Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, transmitida o almacenada de manera alguna sin el permiso previo del editor.

Título original
This Plague of Souls

Copyright © Mike McCormack, 2023

Primera edición: 2026

Traducción
© Magdalena Palmer

Diseño de portada de Carmen Itamad usando una fotografía de
© Kai Dewitt

Copyright © Editorial Sexto Piso, S.A. de C.V., 2026
América 109
Parque San Andrés, Coyoacán
04040, Ciudad de México

Sexto Piso España, S. L.
Calle Los Madrazo, 24, semisótano izquierda
28014, Madrid, España

www.sextopiso.com

Formación
Grafime

isbn: 978-84-10249-99-8

Este libro ha sido publicado con el apoyo de Literature Ireland.



COUNTRY FEEDBACK

Al abrir la puerta y cruzar el umbral se activa el móvil en su bolsillo. Nealon deja la bolsa en el suelo y mira la pantalla; no reconoce el número. En el intervalo de un latido sofocante tiene la sensación de que las cosas se escoran a un lado, de que se escurren hacia un precipicio.

El resplandor forense de la pantalla le baña un lado de la cabeza.

–¿Sí?

–Has vuelto.

–¿Hola?

–Bienvenido a casa, Nealon.

–¿Con quién hablo?

–Solo un amigo llamaría a estas horas.

La voz al otro lado es masculina y sombría, no del tipo que apetece oír en la oscuridad. Nealon es consciente de su dilema: la voz del teléfono se opone a su reacción instintiva de orientarse en el pasillo a oscuras. Se vuelve y apoya la espalda en la pared.

–¿Sabes quién soy?

–Sé eso y mucho más.

–¿Qué quieres?

Nealon ve un interruptor a su izquierda. Lo pulsa con la mano libre, arriba y luego abajo, luego otra vez arriba. Nada. La mitad de su cara está amortajada en una luz azul. Da cinco pasos para abrir una puerta y entra en lo que intuye que es una habitación espaciosa. Pasa la mano por una sombra baja y encuentra una mesa; aparta una silla y se pasa el resto de la llamada sentado en la oscuridad.

–Se me ha ocurrido darte un toque.

–Te has equivocado de número.

–No creo.

–Voy a colgar.

–No hay prisa.

–Adiós.

–Deberíamos vernos.

–No.

–No esta noche. Acabas de llegar, necesitas descansar.

–No tenemos nada de que hablar.

–Yo no estaría tan seguro.

–Lo estoy.

–Dentro de un par de días, cuando te hayas instalado.

–Ni en un par de días ni nunca.

–Volveremos a hablar. Y una última cosa.

–¿Qué?

–No te quedes ahí sentado a oscuras, el cuadro eléctrico está encima de la puerta de atrás.

Y el móvil se apaga en su mano.

Nealon reprime el impulso de pensar en la llamada: quién es, de qué va. Tiene que orientarse en la casa y a eso se dedica. Tras un rápido examen del móvil, encuentra la aplicación de la linterna y recorre la habitación con el haz de luz.

A su derecha hay otra pequeña habitación de apenas dos metros de ancho con un frigorífico, una cocina y estantes en la pared. También hay una puerta maciza y, encima, el cuadro eléctrico con un complejo despliegue de contadores y fusibles. El interruptor general

está arriba, demasiado alto, por lo que arrastra una silla desde el comedor.

Se sube a la silla y le da al interruptor; la luz inunda el recibidor, la pequeña cocina y la sala. La mesa está debajo de una gran ventana con cortinas y, algo más lejos, hay un fregadero y una encimera con armarios blancos. Todo es de melanina y de los años ochenta. En la pared de su izquierda ve un sofá de tres plazas sobre el que cuelga un cuadro del Sagrado Corazón con su luz naranja votiva iluminándolo desde abajo.

Alarga el brazo y enciende la luz. Las paredes se iluminan con un resplandor verde y frío que hace que hasta la mesa de pino parezca cálida y acogedora.

Hay otras cuatro puertas en el pasillo con forma de L. La primera da a un baño con una ducha apretujada en la entrada y un inodoro debajo de un ventanuco con vistas a la parte posterior de la casa. Detrás de cada una de las otras tres puertas hay un dormitorio; tienen el mismo tamaño, una cama de matrimonio y armarios empotrados. Ve almohadas y edredones amontonados sobre las camas, pero todos los armarios están vacíos.

Vuelve al pasillo.

Percibe algo coercitivo en el fluir de la casa, en la forma en que lo obliga a desplazarse por ella. Son puertas que tienen que abrirse, habitaciones donde hay que entrar y quedarse. Se descubre con la vista levantada, mirando al techo. ¿Qué espera descubrir ahí?

Justo después de la entrada hay una salita de suelo laminado que tiene al fondo una chimenea de mármol con una repisa baja. A ambos lados de la chimenea se alzan unas estanterías vacías que llegan hasta el techo. Una única butaca encarada hacia un gran

televisor ocupa el centro. Su forma y su tapizado liso la convierten en la pareja evidente del sofá de la sala.

Aunque está vacía, la casa todavía conserva vestigios del bullicio típico de la vida familiar. Se la ve limpia y bien mantenida, no con la limpieza brusca de un asalto de última hora antes de que lleguen las visitas, sino mediante un esfuerzo continuado que la mantiene presentable de cara a cualquier imprevisto.

Nealon percibe una vibración sorda en la habitación y aguza el oído. Posa la mano en el radiador y descubre que la calefacción está encendida. La casa empieza a caldearse.

En el exterior, encima de la entrada, un globo de luz alumbra una franja de grava cercada por un par de cancillas negras. Fuera está la carretera: la aldea queda a poco menos de un kilómetro a la derecha, y la carretera de la costa se extiende a la izquierda. Las luces se vislumbran a lo lejos, pero todo está tranquilo. No hay coches a estas horas.

Una zona verde irregular se adentra en la noche, oscureciéndose en un seto alto inclinado hacia la casa. El camino de cemento que rodea la vivienda lo conduce a la puerta de atrás, donde el jardín se extiende unos treinta metros hasta un murete que cerca el terreno. Pasa junto al garaje, cerrado y sin luz, y se interna en la oscuridad, donde el contorno sombrío de un coche pequeño, encorvado bajo los árboles, tiene la forma y el brillo de un insecto acorazado que se acurruca para pasar la noche. Más allá de los árboles asoman las siluetas del pajar y el establo. La luz que proyecta la ventana de la sala alumbra la bomba de la calefacción en un extremo de la pared lateral. Vuelve a la puerta delantera y entra de nuevo en la casa.

Un vistazo a su Nokia le confirma que lleva doce minutos aquí. Marca un número de diez dígitos y espera. Poco después, salta el buzón de voz. Nealon habla.

–Hola, Olwyn. Si oyes esto, estoy en casa. Llámame. Un beso para Cuan y para ti.

Le tienta sentarse un rato y ordenar sus ideas, pero sabe que si lo hiciera podría desvelarse durante horas. La llamada todavía lo inquieta, pero le conviene descansar. Entra en el primer dormitorio y se quita las botas. Se queda en camiseta y se tapa con la colcha.

Está dormido antes de cerrar los ojos; cae rendido como un hombre que ha pasado un día largo y difícil.

Si las circunstancias de que esté aquí, solo en esta cama a estas horas, guardan relación con esos grandes constructos que gobiernan el mundo –la política, las finanzas, el mercado–, sigue sin estar claro cómo su soledad se vincula a la indiferencia con la que tales constructos lo contemplan a lo largo y ancho de su sueño.

La mañana siguiente se prepara el desayuno.

Hacer unas tostadas con huevos revueltos no es complicado, pero le han servido la comida en una bandeja durante tanto tiempo que ahora se siente completamente alejado del fluir natural de estas cosas. Y aunque la alacena está bien surtida, la tarea implica mucho abrir y cerrar de puertas, demasiados viajes de ida y vuelta a la cocina antes de, por fin, tener un plato de comida en un extremo de la mesa.

En total, un trabajo de diez minutos le ha llevado casi veinte.

Pone la radio mientras desayuna. Un programa de actualidad de media mañana comenta las noticias del día. No mencionan su nombre y lo agradece. ¿El mundo ya se ha olvidado de él? Eso sería un alivio. Las voces y las historias se despliegan por la habitación y Nealon agradece no formar parte de ellas. Hay una guerra contra el terrorismo y una crisis financiera en el mundo. A nivel nacional, problemas de empleo y de política sanitaria. Hubo un tiempo en que estas historias y temas le interesaban mucho; se tomaba en serio la obligación de estar al corriente de las cosas. Sin embargo, ahora ya no le tocan, no le afectan lo más mínimo. Ya no tienen nada que ver con él, ni él con ellas. Son pájaros de otro cielo que trazan arcos extraños por el día azul. El tono entregado de los tertulianos lo

desconcierta. ¿Cómo pueden estar tan comprometidos?, se pregunta mientras un corresponsal cita cifras sobre la saturación y la falta de financiación de los hospitales. ¿Realmente les afecta? Las voces siguen mientras él desayuna y, aunque su distanciamiento es absoluto, no baja el volumen ni las apaga.

Desde la cabecera de la mesa tiene unas vistas despejadas del jardín trasero. En la oscuridad de anoche había pasado por alto algunos detalles. A un lado, al final del murete, hay un cobertizo galvanizado. Desde lejos adivina que el candado de la puerta está suelto. De una esquina de la casa sale un tendedero cuyo otro extremo está anudado a la rama torcida de un espino, en el fondo del jardín. Eso es obra de Olwyn, recuerda; se trata de uno de los apaños que ella hizo de una tarea que él no llegó a completar. Detrás del espino se encuentra el pajar.

El día es lluvioso, el típico de súbitas ráfagas de agua que pasan veloces y se tragan las vistas. Es uno de esos días de luz saturada y tiempo coagulado en su abrazo desolador. Al mirar por la ventana, Nealon se siente como un niño arrodillado en una silla con la nariz pegada al cristal: cualquier plan que tuviera en mente deberá esperar a que amaine la lluvia. Debe cuidarse de ese estado de ánimo. Si se impregna de él, es muy capaz de quedarse sentado durante horas, satisfecho con mirar por la ventana a la nada.

¿En qué momento del año estamos? La pregunta lo desconcierta un instante. ¿A principios o a finales? Quién sabe, no es algo de lo que él tenga que responder.

Un rápido vistazo al móvil le dice que nadie ha llamado, pero decide no volver a intentarlo con Olwyn. No tan temprano. Dondequiera que esté, seguramente andará ocupada con Cuan, y

Nealon sabe lo difícil que Cuan puede ponerse por la mañana. Así que se queda sentado con las palmas sobre la mesa y se deja llevar por una ensoñación vacía que podría acabar en cualquier parte. Justo entonces suena el móvil.

–Y bien, ¿qué se siente al ser un hombre libre?

La voz de anoche, el mismo graznido sin modulación.

–¿Qué quieres?

–Así me gusta, directo al grano. Se me olvidaba que tienes mucho tiempo que recuperar. ¿Has pensado en mi propuesta?

–¿Vernos?

–¿Sí?

–Pues sí, y la respuesta es no.

–Lamento oír eso.

–Lo superarás, adiós.

–Antes de que cuelgues…

–Ya he colgado. Adiós.

Nealon cuelga y apaga el móvil. Una dentellada de adrenalina le estruja las venas, nota un súbito cosquilleo en el dorso de las manos.

Acabo de volver a casa y ya una pequeña victoria, se dice.

Llena otra taza de café y sale.

Se detiene en el muro lateral y contempla el jardín que desciende por una pendiente poco pronunciada hasta la cerca del fondo, el límite que separa la propiedad de los campos y los cobertizos lejanos. A una distancia intermedia, las colinas de Sheeffry arrojan una luz pálida sobre el terreno y las granjas blancas diseminadas a

lo largo del camino. A la derecha Mweelrea levanta su cabeza roma, un oscuro cerro que acapara las miradas.

Aún le queda más lluvia, se dice Nealon. Siempre queda más lluvia.

A la luz del día, la casa se ve dejada. Dos crudos inviernos y un verano cálido le han pasado factura desde la última vez que la pintaron. Una sombra de musgo ha empezado a derramarse muro abajo desde el interior de la estructura. La pintura comienza a abombarse y a levantarse en escamas secas, dejando al descubierto todas las capas añadidas a lo largo de los años. Nealon pasa la mano por la pared, arriba y abajo. Otra capa de pintura no servirá de nada, reflexiona. Mejor darle a presión con una manguera hasta dejar el cemento a la vista. Pero eso sería un trabajo para el verano, hay que dejar que las paredes se sequen bien antes de ponerse a pintar.

Recuerda un verano reciente, cuando de pronto a Olwyn le dio por hacer cambios. Fue después de que Nealon mencionara casualmente que ella era la primera mujer que cruzaba el umbral de la casa desde la muerte de su madre.

–¡Tu padre y tú os habéis pasado toda la vida aquí solos! –exclamó ella.

–Más o menos.

–¿Siempre solos?

–No lo veíamos así, las cosas eran como eran.

–Tu padre debió de sentirse solo.

A Nealon nunca se le había pasado por la cabeza. La intimidad de compartir sentimientos no era su forma de hacer las cosas.

–Un hombre vuelve a casa sin su joven esposa y con un bebé en los brazos. ¡Qué solo debió de sentirse! Te hablaría de la muerte de tu madre.

–No, nuestra vida en común no era así.

Olwyn dejó de preguntar, Nealon no supo si para ahorrarle a él el mal trago o para ahorrarse ella el desconcierto. En cualquier caso, por primera vez comprendió cuántos aspectos de su vida había dado por sentados, y también que Olwyn parecía verlo con más nitidez que el propio Nealon a sí mismo.

Aquella conversación provocó en Olwyn una intensa necesidad de cambio.

Al despertar a la mañana siguiente, se la encontró trabajando con un taladro inalámbrico; ya había retirado dos puertas de los otros dormitorios. Se la quedó mirando desde el pasillo y supo que no debía preguntarle nada, pues en aquella época Olwyn solía actuar con una energía y una impulsividad muy propias. La mayoría de las veces, a él se le escapaban sus propósitos e intenciones, y en ocasiones tardaban bastante en tomar una forma reconocible. Así fue en este caso. Nealon se mantuvo al margen y la dejó hacer, y ella no paró hasta que todas las puertas y alfombras de todas las habitaciones estuvieron amontonadas junto al murete del jardín y se plantó encima con un bidón de gasolina que reservaban para el cortacésped.

Nealon lo vio arder todo desde la ventana de la cocina.

Ahora la casa sonaba hueca. Que todos sus espacios separados fluyesen entre sí le daba al lugar una anarquía insoportable. Era incapaz de estarse quieto en ninguna de sus habitaciones sin puertas, con sus resonantes suelos de hormigón.

Pero Olwyn no se detuvo con las alfombras y las puertas.

Una vez había empezado, estaba decidida a cambiarlo todo. Llevó las mesas y sillas al garaje, y barrió todo a su paso como una marea que atravesaba la casa hasta su rincón más remoto. Luego se fue a comprar cosas nuevas. Nealon se quedó en el garaje mirando la montaña de muebles. Había algo en esas sillas, colocadas del revés sobre las mesas, que le llenaba de inquietud. El hecho de haber crecido entre ese mobiliario, que en gran parte llevaba allí desde la boda de sus padres, le provocaba de una sensación de traición que nunca habría imaginado posible.

Un impulso sombrío lo empujó a sacar el sofá de dos plazas al montículo de césped detrás de la casa, donde lo colocó mirando hacia los campos y las montañas lejanas. Ahuecó los cojines, se sentó y ahí se quedó durante el resto del verano. Los fines de semana se pasaba horas contemplando los campos bajo el cielo azul y dejando que el espacio ondulado le despejara la cabeza. Podría haber dedicado ese tiempo a planear su siguiente movimiento –tenía que haber un siguiente movimiento–, pero todo ese verano, bajo el cielo azul, Nealon descubrió complacido que su mente era un espacio yermo donde no arraigaba nada de valor ni importancia.

–Gracias a Dios –murmuró–, por fin un poco de paz.

Y siguió disfrutando de su descanso.

Incluso cuando el carpintero vino a cambiar las puertas y a colocar por toda la casa los suelos laminados que Olwyn quería, Nealon se había quedado en el sofá, mirando un lejano punto de fuga que solo él veía.

Y si Olwyn había creído que la presencia de aquel fornido artesano que trabajaba silbando entre dientes provocaría en él algún tipo de

reacción celosa, se equivocaba. Durante dos semanas enteras, mientras la casa vibraba con el ruido de sierras y martillos, Nealon aprovechó para abandonar la vivienda casi por completo e incluso llegó a tomar en el sofá todas sus comidas, en equilibrio sobre su regazo, y a beber botellas de cerveza mientras contemplaba las colinas. Al atardecer, cuando el sol rodeaba la fachada y extendía su sombra sobre el sofá, Nealon se tapaba con una manta y cerraba los ojos para interponer una barrera silenciosa entre él y Olwyn. Mantuvo el mismo silencio tajante cuando llegó el camión de la mudanza para llevarse los muebles apilados en el garaje. Al abrir los ojos, Nealon descubrió a Olwyn plantada a su lado con los brazos cruzados.

–No –le dijo–, el sofá se queda.

Y entonces volvió a cerrar los ojos y se la imaginó girando sobre sus talones para entrar en la casa.

Pero eso fue entonces.

Tiempos diferentes bajo cielos distintos.

A media distancia, una nube enorme y amoratada cruza el cielo mientras unas láminas de lluvia plomiza se desprenden de su vientre. Una luz mortecina se refleja en el cobertizo galvanizado que hay junto al murete que cerca la finca. En el cobertizo están el cortacésped, las tijeras de podar, la desbrozadora y todas las demás herramientas de jardinería que Olwyn compró cuando intentó dar algo de forma a la vegetación desmesurada que invadía el terreno. Era una faceta de ella que Nealon había encontrado inesperadamente atractiva: Olwyn la jardinera, la labradora. Varias veces, al cruzarse con ella, la sorprendía concentrada, de pie con una pala o unas tijeras, manchada de tierra y absolutamente

ensimismada en el trabajo que se traía entre manos. No sabía de dónde le venía esa pasión. Olwyn se había criado en un edificio de pisos sin nada más que hormigón y tierra baldía a su alrededor, lo que bien podría haber fomentado en ella el deseo de cultivar cosas. Se le daba bien, y si todos sus esfuerzos se expresaban en un caótico estallido de color en los márgenes de la casa, ya era más de lo que Nealon había esperado. Y, a juzgar por su cara de felicidad, también más de lo que la propia Olwyn imaginaba.

Le maravilló lo rápido que se había acostumbrado a la vida en el campo. En aquel entonces le reconfortó verla echar raíces tan pronto. Estar allí, mirarla entre sus arbustos y sus flores; fue uno de los pocos momentos de su vida en que Nealon se permitió sentirse bien por algo que había hecho él. Y aunque no podía atribuirse el mérito de la nueva pasión de Olwyn, al menos podía felicitarse por traerla al lugar donde ella la había descubierto, este pequeño pueblo del oeste de Irlanda con sus colinas distantes y sus cielos despejados. Nealon se atrevía a pensar que Olwyn había encontrado aquí su verdadera identidad, que había aprovechado la oportunidad de convertirse en la persona que podía llegar a ser. A veces se sorprendía explicándoselo a sí mismo. Algo así como que ella por fin estaba en paz. Que había encontrado a su verdadero yo, y que ese yo salía al encuentro de su imaginación. Algo así. Nealon tampoco quería darle demasiadas vueltas.

Pero eso también era entonces.

Tiempos diferentes bajo cielos distintos.

Una densa capa de vegetación muerta y raíces al descubierto cubre los parterres y el perímetro de la casa. La exuberante hierba del año pasado forma gruesas madejas sobre los caminos de

cemento. A Nealon todo esto le resulta perturbador. Al parecer, una parte de él había supuesto que el crecimiento habría cesado en su ausencia, que los ritmos normales de descomposición y renovación se habrían suspendido en solidaridad con sus circunstancias.

En su ausencia, el tiempo tendría que haberse detenido o ralentizado.

La idea le avergüenza. Procede de una parte de él que siempre tiende a esas tonterías; un lugar blando donde a menudo ha perdido pie. Tira el poso de su taza a la hierba y entra en la casa.

Es cerca de la una y ahora cae una lluvia constante que viene del oeste.

¿Dónde está Olwyn? ¿Dónde está?

Su esposa desde hace tres años, la bella Olwyn. ¿Dónde está en estas frágiles horas? Nealon la percibe. Está ahí fuera, sola y pálida, atrapada en unas complejas circunstancias totalmente ajenas a ella.

Nealon siempre la ha visto como alguien del fin de los tiempos, una pálida agente con un papel específico que desempeñar en el abatimiento de la oscuridad. Entre sus visiones de Olwyn hay una en la que protagoniza un sacrificio en una especie de retablo cósmico. Tiene un boceto de ella, carboncillo sobre cartulina, donde la representa a la deriva en un vacío de tinta, con vías intravenosas y un catéter, desnuda salvo por el arbusto elevado de su monte de Venus. Nealon no recuerda nada del boceto. No había ningún precedente temático para una representación tan emblemática en su obra. El soporte de cartón sugiere algo apresurado, algo a lo que llegó por una inspiración repentina.

Así es como Olwyn se presentó en los primeros días de su noviazgo: había algo expiatorio en ella, aunque nunca quedó claro a qué dios hambriento se ofrecía, ni quién la ofrecía. La palidez de su piel insinuaba que, si bien había superado alguna enfermedad, esta también la había depurado hasta dejarla limpia e iluminada, pero con una gran disposición hacia la huida. Tan pálida que ni el peso ni el color podían atraparla, el vuelo siempre latente en sus largas extremidades.

Había algo lógico en todo aquello. Haberse criado en una torre elevada le había dado a Olwyn cierta ligereza en la tierra. Su elemento se encontraba seguramente en la media luz, con el suelo siempre alejándose a medida que ella se elevaba más y más. Desconocía con qué propósito se elevaba, pero así la ve Nealon, siempre ascendiendo.

Vuelve a mirar su teléfono. Nada. ¿Dónde demonios está Olwyn? ¿Dónde están?

Esa misma noche, otra llamada.

Nealon está plantado en el centro de la sala cuando su móvil se ilumina en la mesa y gira sobre su eje por la vibración. Brota de él una súbita súplica.

–Por favor, Señor, que sea ella.

Se abalanza sobre el teléfono y ve que se trata de un número oculto. Está a punto de lanzarlo al otro extremo de la habitación, exasperado, cuando algo en él desvía esa intención y, antes de que pueda controlarse, ya tiene el móvil pegado a la oreja.

Le ganan en lo de hablar primero.

–No cuelgues –dice la voz.

–Vete a la mierda –responde Nealon, y golpea el móvil contra la mesa.

El teléfono vuelve a sonar antes de que el golpe se acalle en sus oídos. Nealon se queda quieto un momento, consciente de que esta vacilación forma parte de una desesperada estrategia de espera. Pero ahora mismo eso es lo único que tiene, este momento suspendido que se retuerce de rabia y frustración antes de que él se decida por una cosa u otra.

Responde al teléfono.

–Estás decepcionado –dice la voz–. Desde luego. ¿Por qué no ibas a estarlo? Creías que era ella, pero aquí estás, escuchándome. ¿Cuánto hace que no hablas con ella?

–¿Y a ti qué te importa?

–Nada, pero para ti lo es todo, me imagino. Espero que hayas dormido bien, el sueño de los inocentes.

Nealon no muerde el anzuelo. La voz continúa sin cambiar el tono.

–Ahora que ya te has alimentado y descansado, es hora de trabajar.

–Soy un hombre libre –dice Nealon–. No me he planteado trabajar.

–No eres de esos hombres que se sientan sin hacer nada, deja de engañarte.

Nealon no responde. No siente el menor deseo de prolongar este momento.

–Hablemos de la reunión –continúa la voz.

–No me muevo de esta casa si no sé con quién trato ni por qué. Un nombre sería un buen comienzo.

Sigue un silencio prolongado. Cuando la voz se reanuda, lo hace con el mismo cansancio reservado de antes, pero esta vez con el

tono resbaladizo de algo que por fin avanza.

–Mi nombre es lo de menos; saberlo no te servirá de nada. Lo único que hará es aumentar tu desconcierto. Lo expondré así: no es una cuestión de quién soy, sino de lo que sé; la amplitud y la profundidad de lo que puedo contarte, eso es lo que importa aquí. –Sigue otro silencio antes de que continúe–: Asumamos que cada uno de nosotros sabe ciertas cosas, tú y yo. No todo lo que sabemos es lo mismo, pero hay similitudes. Y a veces, aunque podamos estar hablando de las mismas cosas, podemos contarlas de forma muy distinta. De modo que, para asegurarnos, necesitamos comparar nuestras historias y llegar a una versión en la que los dos coincidamos. Puedes sacar las conclusiones que quieras, pero yo he llamado de buena fe y lo único que quiero es que nos reunamos.

–¿Por qué iba a querer reunirme con un hombre que no conozco y del que no sé nada? Es más, ¿por qué iba a reunirme con un hombre que habla de forma tan críptica? –Pese a su beligerancia, Nealon se siente aliviado. Por fin algo concreto sobre la mesa, algo en lo que centrarse–. Por si no te has enterado, soy inocente, un hombre libre. Quiero que me dejen en paz.

Oye una risa contenida.

–Eres un hombre de costumbres, Nealon. Ese alegato por tu inocencia no te pega, eres perro viejo para eso.

–Nunca me han condenado por nada. Lee los periódicos.

–Sí, el fracaso de tu juicio. Yo estaba allí, lo vi venir y vi lo que pasaba. Siempre se puede confiar en que algunos polis jodan las cosas. Una investigación de diez meses, miles de horas de trabajo y a saber la cantidad de dinero de los contribuyentes que se ha desperdiciado por una mala gramática y ortografía. Lo sorprendente

es que tu abogado tardara tanto en señalarlo. Si yo no estuviera al corriente, habría pensado que dejaste que la cosa siguiera para poder tirar de la manta en el momento adecuado. Un gran sentido de la oportunidad y del dramatismo, sin duda.

–La gente ha olvidado lo básico, las competencias fundamentales: lectura, escritura, matemáticas. Y había algo más. Ni las fechas ni los documentos concordaban, todo era una chapuza.

–Vayamos al grano –le urge la voz–. Tenemos que hablar. Los dos coincidimos en ciertas cosas.

–¿Cuáles?

–No tenemos que ser específicos ahora mismo, no por teléfono, pero sería interesante comparar notas.

–Eso no me da ninguna garantía y nadie en su sano juicio mordería ese anzuelo. Y menos alguien que acaba de salir de la cárcel con su nombre limpio.

Nealon siente que se está poniendo chulo, que ha usado un arriesgado tono de ligereza innecesario. Maldice para sí. Le preocupa haber revelado algo, que se le haya escapado algo esencial, que haya descubierto alguna grieta. Céntrate en el presente, se dice. Sigue la pelota que está en juego, no la que te ha pasado por encima de la cabeza.

Si el hombre del otro lado ha reparado en un desliz, no lo revela. Nealon aprecia la táctica: guardarlo para un momento de mayor necesidad, para cuando haya más en juego. Esta idea le preocupa más aún. Más adelante cualquier desliz podría volverse en su contra.

–Pero no hay prisa –se corrige la voz súbitamente–. Tienes muchas cosas en la cabeza, lo comprendo. Piénsalo, consúltalo con la almohada. Mañana te llamo y hablamos un poco más.

La línea se corta en la mano de Nealon y cuanto más tiempo sostiene el móvil, más se enfría.

Entretanto, a seis kilómetros, en el pueblo vecino, tres hombres se han reunido con el objeto de cavar una serie de agujeros y realizar una prueba de filtración en una parcela para la que uno de ellos ha solicitado un permiso de construcción de una vivienda con fosa séptica. Los hombres confían en su proyecto. La geología de los alrededores es principalmente de grava aluvial sobre caliza del Ordovícico.

Se muere de aburrimiento, la casa con sus habitaciones vacías y el teléfono en silencio sobre la mesa. Decide cruzar el campo andando. Quizá se encuentre con Shevlin, su vecino.

Shevlin le arrienda el terreno a Nealon desde que murió su padre, y el contrato vencerá dentro de un par de meses. No estaría de más asomarse y hacerle saber que anda por aquí. Dicho esto, lo que lo anima es la necesidad de dejar de escuchar sus inquietas cavilaciones, más que la perspectiva de regatear los términos del contrato de arrendamiento. Además, Shevlin no se irá a ninguna parte. Se muere por adquirir las dieciséis hectáreas que componen la propiedad si alguna vez salen al mercado. Sin perspectiva de ingresos en el horizonte, Nealon baraja la imprecisa noción de planteárselo. Solo planteárselo. Soltárselo sin más lo dejaría desconcertado y solo por eso ya valdría la pena.

Hay un par de botas de agua en la entrada del cobertizo con sus orificios gemelos abiertos hacia él. Un riachuelo de arena se escurre en un hilillo cuando les da la vuelta. La sensación fría que transmiten le sube por la columna vertebral; tardan un poco en calentarse, por lo que espera inmerso en el olor a humedad del cobertizo antes de ponerse en marcha.

Los cobertizos que lo rodean están vacíos y tienen el aire desolado de las estructuras que han perdido su verdadero propósito: que hombres y animales se muevan por ellas. La luz cae como polvo en el estrecho espacio entre el establo y la lechería. La puerta del establo de los terneros está cerrada; en la jamba, el cerrojo en ángulo recto destaca, pardo y liso, sobre la pintura de plomo. Se abre con el gemido áspero del metal y la madera que se deshacen. El sonido representa una época en que las cosas eran más sencillas, en que las cerraduras y las puertas se ceñían a su propósito y a nada más. Agacha la cabeza para entrar. El interior es lúgubre, la ventana enrejada está cubierta por una chapa de aluminio sujeta con un madero encajado en diagonal en el estrecho hueco. En el alféizar hay un frasco dosificador de plástico, amarillento y moteado como una pequeña efigie en su gruta conmemorativa. Por encima, una horquilla de heno entre las vigas y el techo ondulado.

El olor del lugar –boñiga seca de vaca, heno y madera– lo impregna de toda su infancia. Los años desaparecen y ahora es un niño que se desplaza por estos anexos. Los antiguos olores, la antigua luz. En cualquier momento oirá a su padre llamándolo por su nombre, le verá doblar la esquina y andar hacia él.

Sale de nuevo al patio y recorre el pajar; el espacio curvo sobre su cabeza retiene el aire quieto en su interior. En la pared del fondo hay heno viejo, gris y mohoso. Una cubierta negra para el forraje yace desinflada en el suelo. El conjunto parece un monumento esmeradamente concebido –una instalación específica– para conmemorar una forma de vida que ha desaparecido por completo, una forma de vida que nunca evolucionará más allá de estos parajes.

¿Cuántas veces se han protegido de un chaparrón en este pajar su padre y él? ¿Cuántas veces han escuchado juntos y en silencio la lluvia sobre el tejado galvanizado, el arrullar de toda la estructura en una única nota constante? Esos momentos siempre parecían ajenos al tiempo, intervalos suspendidos dentro de sus vidas en común en la pequeña granja. Y, mientras llovía, el joven Nealon se preguntaba a veces si esa misma lluvia había caído sobre su vida con el mismo ángulo y la misma luz desde el día que nació. De ser así, ¿era una pena o un consuelo? También recuerda que, una vez, ese estado de ánimo lo llevó a una tautología vergonzosa. Mientras contemplaban la lluvia que se acercaba cruzando los campos en espesas franjas, se sobresaltó al oírse decir en voz alta

–Eso es lluvia mojada.

Habló como si hubiera alguna posibilidad de que existiera lluvia de otro tipo. Y su voz quedó suspendida en la luz suave, invocando alguna tontería infinita hasta que su padre, al parecer sin ver nada redundante en lo que había dicho, lo redobló con

–Sí que está bien mojada. –Y para colmo añadió–: Y nunca se acaba.

A saber por qué, este es uno de los momentos más preciados de su vida en común, y Nealon lo recuerda a menudo. Un momento tan cargado de significado que atraviesa los años.

Lo invade un sentimiento de vergüenza por la profunda quietud y el silencio que rodea estos edificios. A inicios de la adolescencia fue consciente de que él lo heredaría todo, esta granja con sus tierras y su ganado, y eso lo había aterrorizado. La perspectiva de una vida entre estos cobertizos y lo que suponían lo sobrecogió. Este no podía ser todo su mundo, se dijo con furia, estos establos y

graneros, estos campos y este ganado. La muerte de su padre un par de años después agravó su miedo: ahora la granja lo había atrapado y no había posibilidad de escapar.

Sin embargo, los temores que le inspiraba la vida de un pequeño granjero se vieron contrarrestados porque, en el fondo, él era hijo de su padre y no podía concebir que aquel lugar perteneciese a otro apellido. El problema se solucionó cuando, poco después de la misa que celebró al mes de la muerte de su padre, Shevlin llamó a su puerta y le propuso que le arrendara la tierra, añadiendo solemnemente que le pagaría tan bien como cualquier otro. En aquella época de aturdimiento tras la muerte paterna, con la casa todavía resonando por la ausencia, Shevlin era el último hombre del que hubiera esperado un favor. Tan sorprendido se quedó con la propuesta que le costó ordenar sus ideas, pero cuando Shevlin concretó el precio, Nealon calculó allí mismo, en el portal, que esa oferta le proporcionaría una pequeña renta durante los años siguientes, mientras estudiaba y resolvía la forma que quería darle a su vida.

Nealon mandó redactar un contrato de arrendamiento y Shevlin se presentó a la semana siguiente para firmarlo en la mesa de la cocina. Con su gran abrigo y sus botas de agua, el granjero llenó la cocina de olor a mierda de vaca. Fue lo bastante astuto para disimular su vergonzoso oportunismo con un montón de palabras huecas sobre que un joven tenía que vivir su vida y no estar atado a algo por lo que no tenía interés. Una vez firmado, Shevlin se guardó el contrato doblado en el bolsillo del abrigo, se despidió con un gesto y se fue. Nealon observó que su ancha espalda llenaba el umbral de la puerta, parecía un vaquero rumbo a su destino. Sin embargo,

cualquier desprecio que pudiera haber sentido por Shevlin se vio contrarrestado por el que se reservaba para sí. Con qué rapidez se había decidido por la opción fácil y había permitido que el otro aprovechara la oportunidad.

–Ya lleva dos meses muerto –dijo Shevlin de pronto, volviéndose con gran sentido del dramatismo–. Cómo pasa el tiempo. Una lástima, era un hombre que empezaba a saborear la vida.

Y salió de la cocina después de haber asestado aquel golpe enigmático a Nealon, que le dejó con algo que pensar.

Los recuerdos que Nealon tiene de Shevlin se remontan a su infancia. Era uno de esos hombres que siempre están presentes en las constantes crisis de chillidos que marcan el ritmo de la vida del campo. Parto, descuerne y castración: dondequiera que hubiera animales berreando con mucosas ensangrentadas y mierda líquida, allí estaba Shevlin con sus tenazas de castrar o su sierra de arco o su barra de sosa cáustica, dirigiendo las operaciones con la distancia de un líder mientras el padre de Nealon y sus vecinos luchaban con el animal hasta tenerlo atado y asegurado. Shevlin se adelantaba entonces y se arrodillaba, agarrando los enormes testículos entre las manos antes de inclinarse sobre el animal para cerrar las tenazas, a lo que seguía un espantoso rugido estrangulado mientras el animal se doblaba sobre sus patas traseras y la mierda brotaba de él.

Era hombre de una sola broma, que nunca se cansaba de repetir. Levantando la barra de sosa cáustica hacia el niño Nealon decía

–No te gustaría que esto te rozara las partes.

Y luego se apartaba con una sonrisa agria.

Nealon lo toleraba porque sabía que esos hombres eran necesarios para la vida rural, hombres que se dedican a su trabajo

sin sentimientos incapacitantes. Más tarde, en sus años de estudiante, llegaría a sentir por él un respeto diferente cuando se vio rodeado de insípidos vegetarianos y demás amantes de los animales. Para Nealon, su mirada hipersensible era una negación enfermiza de toda la mierda, la sangre y el dolor de los que se nutre la vida. Sus remilgos insulsos hicieron que se distanciara rápidamente de ellos con desagrado. La vida rural no era un idilio pastoral poblado de santos campesinos y animales cariñosos, lleno de utensilios caseros suavizados por el uso venerable. La granja era un reino pringoso que palpitaba de dolor en ciclos de muerte y renovación teñidos de boñigas verdes y mucosidades sanguinolentas.

Fue en esa época que Nealon empezó a llenar sus lienzos de ricos colores aórticos y cloacales que tomaba del submundo de la vida, donde la sangre y la mierda comulgaban como es debido.

Más allá del pajar, en lo que solía ser la era de trilla, Nealon se detiene junto al eje del viejo carro de caballos. Está apartado en un rincón del recinto, separado de la carrocería desde hace años y cubierto de óxido. Las varas del carro se erigen como postes de entrada a los campos periféricos, con una cancilla de cinco barras colgando entre ambas. Nealon recuerda que todas estas cancillas estaban colgadas y equilibradas de forma diferente, y que cada una tenía una forma específica de abrirse y cerrarse. Algunas cedían con facilidad, otras había que levantarlas y cargarlas. Con el resto, era más sencillo mantenerlas cerradas y trepar por encima. Saber todo eso formaba parte de la vida en la granja.

Estas cancillas fueron el tema de un ejercicio al que Nealon volvió varias veces durante sus estudios. Año tras año, a lápiz, carboncillo y

pastel, las dibujaba una tras otra en la granja. La composición era la misma en todos los casos. Construcciones improvisadas de madera, hierro forjado, cinco barras o palés; todas se ubicaban en el vacío de una hoja blanca, sin cielo ni paisaje que les diera contexto. Todas parecían haber sido extirpadas del mundo para erigirse sin propósito en medio de un terreno vacío. Nealon llenó cuadernos enteros con ellas.

Esta se abre con facilidad, balanceándose suavemente hacia él, ligeramente abisagrada a las varas del carro que forman la entrada. Tiene años, pero Nealon aún puede ver en ella la mano de su padre: su forma pulcra e ingeniosa de trabajar en la casa y los cobertizos. Se enorgullecía de su buen gusto y de no desperdiciar nada. Todo tenía su utilidad, por supuesto: si no ahora, en algún momento del futuro. Era un hombre frugal que veía una continuidad natural en las cosas, por decrépitas que parecieran, y un virtuoso de las habilidades cotidianas para las que no hay nombre ni galardón.

Nealon cierra la cancilla tras de sí. La tierra se ve cargada, ha llovido todo el mes. Los campos están vacíos: el suelo se ha ablandado demasiado para que el ganado lo pise.

La casa de Shevlin está situada al otro lado de sus graneros y dependencias. El conjunto tiene algo de fortaleza, rodeado de coníferas y con su vista despejada de la colina hasta la carretera principal. Desde ahí arriba no se le escapa nada, solía decirle su padre.

Las nubes cubren el horizonte lejano. Por lo que Nealon alcanza a ver, no hay nadie en los alrededores, ningún coche aparcado ni humo en ninguna de las dos chimeneas. La casa no solo parece

desierta, sino que le transmite la extraña idea de que ese mismo vacío se está filtrando al resto del mundo.

Pasa junto a un cobertizo decrépito. Hay una hilera de bloques de hormigón huecos a lo largo del borde del tejado plano, que fijan con su peso la chapa galvanizada carcomida por el óxido sobre la que reposan. A través de los bloques puede verse el cielo, y así ha sido desde que Nealon conoce a Shevlin. Un bruto de cojones, se dice, recordando lo que opinaba su padre de aquel vecino de toda la vida.

Llama a la puerta y retrocede sobre la gruesa alfombrilla de goma. Debe de estar ahí para ofrecer a las visitas un espacio donde detenerse y serenarse. Nealon piensa que cualquiera que lo vea ahora lo tomará por una aparición, un fantasma del pasado. Su pelo lacio y la flacidez que ha ganado en la cárcel le añaden un grado más de transparencia a la luz gris que se acumula aquí, entre los cobertizos y la parte trasera de la casa de Shevlin.

Llama por segunda vez y retrocede.

Hay una piedra gris en el alféizar de la ventana más cercana a la puerta trasera. Una piedra marina, redondeada y lisa. Nealon no tiene ni idea de por qué está ahí, pero da la impresión de que ese es su sitio, de que ha encontrado su lugar en el mundo, como si fuera un pequeño meteorito que ha cruzado el universo para posarse en ese estrecho anaquel.

Nadie se acerca a la puerta y una parte de él siente alivio. No lo lamenta. Ha cumplido con su deber y, si aún queda algo pendiente, no es por su culpa.

Poco después regresa a su casa atravesando los campos. Un perro ladra a lo lejos y un grajo surca la luz del atardecer. Es fácil creer que la suya es la única alma en el mundo.

Además de, entre otras, la de una joven madre cuyo hijo duerme la siesta; ahora tiene un momento para ella y se toma un café en la cocina. Está hojeando un catálogo de Boots que ha llegado a su puerta esta mañana, y cuyas páginas de productos sanitarios y cosméticos le reclaman que use los puntos de fidelidad que ha ido acumulando durante los últimos doce meses.

Es aquí donde Nealon lo perdió. En esta casa, en este hogar y en estas tierras.

Más que perderlo, sintió que se alejaba de él. Había regresado hacía unos años con la genuina ambición de crear una obra excelente. Sus años errantes habían quedado atrás. Le habían proporcionado experiencia y habían ampliado su técnica; por fin se asentaría para crear la obra que su talento le exigía. Cogió sus herramientas, se arremangó y empezó a reformar el garaje, montó estanterías y una amplia superficie de trabajo. Instaló un fregadero. Aunque el estudio carecía de luz natural, sin duda era un espacio lo bastante amplio como para dejar volar la imaginación. Colocó sus pinturas y sus lápices, sus lienzos y sus pinceles. Todo estaba organizado. Tenía dinero, tiempo y espacio; ya nada lo detenía.

Pero hasta ahí llegó.

Fuera cual fuese el impulso que le había llevado hasta allí, se había agotado: no iría más lejos ni daría más de sí. En la pulcritud y el orden de su nuevo estudio, Nealon no reconoció un nuevo comienzo, sino un final, un monumento a todo lo que ya había hecho y un lamento por todo aquello que su imaginación se negaba a alcanzar. Así fue como experimentó ese momento. Una colosal negativa interior a perseguir su mundo en sombra o en color. Este

estudio, con su orden y pulcritud, se convirtió en un punto de no retorno.

Tardó mucho en reconocer sus propios sentimientos. No había nada simple en el alivio que sintió. Todo lo que había sabido de sí mismo hasta entonces se desvaneció en aquella marea, y le llevó mucho tiempo reconocer qué lo sustituiría. En el preciso momento en que deseaba avanzar con decisión y poner en práctica su talento y sus ideas, algo cambió en Nealon. Dejó de ver el mundo como una composición de luz y líneas. Los ritmos del color lo abandonaron. El hábito y la práctica desaparecieron, y se disolvieron los años de erudición acumulada y todas sus referencias. Surgió otra cosa, una sombra para la que no tenía nombre pero que no podía negar. Aquella experiencia lo dejó aturdido.

–Conque estabas aquí, te he estado buscando por todas partes. –Olwyn había entrado en el estudio con Cuan en brazos. Él cogió al niño y se lo llevó al hombro–. ¿Vas a pasarte todo el día aquí metido?

Nealon echó un último vistazo a su alrededor.

–No, ni un momento más. Creo que he terminado.

Con el niño aún en brazos, cogió una bolsa y metió dentro un martillo, una sierra y un juego de cinceles. Se pasaría los años siguientes trabajando con maderos de diez por cinco y tablas de contrachapado como carpintero de obra.

Cuando anochece, sus pensamientos vuelven a Olwyn.

Y, como siempre, ella se le aparece de pronto, pero no bien definida. Por supuesto, es el momento de la noche y el tipo de luz

que suele morar Olwyn: una criatura de sombras y penumbra, siempre trasnochando.

Todas sus apariciones son un eco de su primer encuentro. Olwyn se había materializado entre una niebla de hielo seco y luces estroboscópicas, desenredándose de un vaivén de cuerpos. De pronto, su rostro estaba frente a él, con una expresión entre enloquecida y mohína. Lo primero que notó fue que tenía las pupilas tan dilatadas que no había color en sus ojos. Olwyn confirmó esa impresión sacándole la lengua para mostrar la pastilla que tenía en la punta. Y este fue un momento de su vida en que Nealon no necesitó que se lo dijeran dos veces. Se inclinó hacia ella, le cubrió la lengua con la boca y tomó lo que le ofrecía. En consonancia con la agitación de aquella noche, no recuerda lo que ocurrió después, pero cuando se despertó junto a Olwyn a la mañana siguiente, con la mandíbula dolorida y la boca impregnada de un sabor metálico, sintió que algo se había acordado entre ellos. Cuando Olwyn se volvió hacia él, tenía los ojos completamente abiertos.

–Grises –dijo él.

–¿Qué?

–Tus ojos. Son grises.

–Creía que eran azules.

–No, soy pintor, entiendo de estas cosas. Son grises. –Y por un momento se arrepintió de haber sido tan inflexible.

Quedaron en verse esa misma noche en un acto cultural, una inauguración o un estreno, abarrotado de ese elemento bohemio que en aquel entonces formaba el hábitat de Nealon. Olwyn examinó la sala con rapidez y perspicacia, y pareció etiquetarla en

términos desaprobatorios. La necesidad de información de Nealon lo llevó a hacerle más preguntas.

–¿Qué hago? –dijo ella, como si repitiendo la pregunta ampliara las opciones disponibles–. En esta sala sería más ilustrativo decir qué no hago.

–Bien, pues seamos ilustrativos –dijo Nealon.

–No escribo ni canto. No pinto ni hago fotografías. No bailo ni actúo ni me relaciono con el mundo de ninguna de esas formas.

–Lo que te distingue del resto de personas de esta sala.

–Eso creo.

–Pero sigues sin decirme a qué te dedicas. Sigo a oscuras.

–Me dedico a escuchar –dijo ella–. Escucho las historias de la gente. Aparezco en la puerta de tu casa o me siento frente a ti en una cafetería, o en la cabecera de tu cama en el hospital. Sonrío y extiendo mi mano y te digo que trabajo para un proyecto de investigación oficial sobre valores y actitudes y que si te gustaría hablar conmigo. Así que escucho tu historia, y con el tiempo las historias se acumulan hasta alcanzar una masa crítica. Con el tiempo surge un libro blanco gubernamental, legislación…

Acabó encogiéndose de hombros.

–¿Y la gente responde a eso?

–Vivimos en la era de los testimonios; todo el mundo quiere hablar.

Y aunque esa respuesta dejó muchas preguntas en el aire, Nealon todavía recuerda que verla ante él tan inmóvil y franca le confirió al momento una sinceridad que le pareció el comienzo de algo que nunca había experimentado.

Sin embargo, ahora Nealon no tiene una idea clara de dónde está Olwyn. Eso también es típico de ella. Nealon nunca estaba seguro de qué dirección o circunstancia la haría aparecer a su lado. Su presencia era tan fugaz que a menudo creía que Olwyn no tenía ningún pasado y que de pronto podría materializarse sobre su hombro, de un momento incierto a otro, en un presente eterno. Lo único que sabe es que ella está ahí fuera, una chispa lejana en la noche infinita, solicitando el divorcio y la custodia exclusiva de Cuan, el hijo que no le ha dejado ver estos últimos meses.

Durante su estancia en prisión preventiva, Nealon aprendió todos los matices del arte de la súplica. Con el tiempo, Olwyn demostró la firme concentración de los que no ceden. Lo que Nealon entendió fue que, en su vida en común, ella había visto en él algo de lo que debía proteger a Cuan. Su aprecio por Nealon cambió tan completamente que puso a Cuan bajo su cuidado exclusivo. Nealon estaba desconcertado y su dolor era profundo. Olwyn no estaba dispuesta a darle explicaciones.

–No puedes alejarlo de mí.

–Sí que puedo. Y eso haré.

–¿Por qué me haces esto?

–¡Me lo preguntas durante una visita supervisada en la cárcel! Si no lo entiendes, no puedo explicártelo.

Y entonces se marchó llevándose al niño de la mano, que ni siquiera se molestó en mirar atrás.

En los recuerdos más intensos que Nealon tiene de Cuan, Olwyn y él están sentados en el sofá del jardín, empapándose del sol de aquel verano, apoyados el uno en el otro, con el niño acurrucado a su lado. Los días cálidos habían dado a Cuan un respiro de esos

dolores que le laceraban el cuerpo de vez en cuando, dolores que lo obligaban a doblarse y que eran tan profundos que el crío se retorcía en el suelo. En esos casos Olwyn volvía a brillar: antes de que Nealon se diera cuenta de lo que ocurría, se arrodillaba junto a Cuan, le ponía la mano en la cara para calmarlo y, como broche final, lo cogía en brazos. Su dominio del momento era tan completo que dejaba a Nealon impotente a un lado, consciente de algún error propio que no conseguía identificar.

Se pregunta dónde diablos estará Olwyn.

Cuanto más se prolonga la espera, más cree Nealon que quizá se haya ido con el niño a casa de sus padres, allanando el camino con escabrosas historias de maltrato a manos de un hombre malvado. Sin duda Olwyn podría interpretar el papel de esposa agraviada si lo exigieran las circunstancias, de mujer fuerte llevada al límite de su resistencia por un maltratador. Una parte de ella seguía traumatizada por aquella huida a medianoche que la había llevado al oeste tras cruzar el país. Se había pasado aquel trayecto de tres horas tumbada en el asiento trasero de un Honda Civic, con el edredón pegado al cuerpo.

–Una misión de rescate –le explicó Nealon después.

–Un secuestro –repuso Olwyn sin perder comba.

–A algunas personas hay que salvarlas de sí mismas.

–¿Es así como ves las cosas? ¿Todo el mundo necesita que lo rescaten?

–No todo el mundo, pero algunas cosas estaban tan pasadas de vueltas que alguien tenía que actuar.

Y la expresión de la cara de Olwyn fue tan reveladora que a veces, en esa pálida máscara de su ira, Nealon vería que una parte de ella

jamás lo había perdonado.

El día siguiente apenas ha empezado cuando el teléfono vuelve a sonar.

Joder, ¿este hombre no se cansa nunca? Nealon no quiere oírlo ni a estas horas ni a ninguna otra. Pero ya no hay discusión posible. ¿Cómo ha llegado a esto? ¿Por qué escucharlo se ha convertido en algo inevitable?

–He estado pensando –dice la voz– que ya llevas cuatro, cinco días solo en esa casa. Te vendría bien salir y hablar con alguien. Socializar un poco.

–¿Ese es tu consejo?

–Necesitas salir y relacionarte con la gente. Estás demasiado encerrado en ti mismo, eso es lo que te pasa.

–Y tú lo sabes.

–Solo lo digo por tu bien.

Nealon suelta una carcajada auténtica.

–Muy gracioso.

–Es solo una opinión. No es bueno que estés ahí solo. Hablando contigo mismo, escuchando tu voz todo el rato.

–La salud es lo primero, por supuesto.

–Hay una gran verdad en ese dicho, y cuanto más envejeces, más lo sabes.

–Te tomo la palabra.

–Aunque solo salgas a dar una vuelta. Tienes el coche ahí mismo, junto al granero; basta que subas y te pongas en marcha. Te vendría bien un cambio de aires.

–Ahora no.

–Por otra parte, si te subieras a ese coche y enfilaras la carretera, en un par de horas podríamos sentarnos y mantener una conversación como Dios manda, sin andarnos por las ramas como ahora.

No se dará por vencido, piensa Nealon. Es una cuestión de paciencia, de hasta dónde es capaz de llegar. Su tiempo es suyo y nada ni nadie puede reclamárselo. No sigue ningún calendario ni horario, pero avanza de forma constante hacia un desenlace previsto.

No es desesperanza lo que siente Nealon mientras reflexiona al respecto. Ni tampoco la vana percepción de haber topado con una especie de adversario válido, alguien que pone a prueba su ingenio y su resolución. Lo que siente es que hay asuntos más acuciantes que lo reclaman antes de atender a esa exigencia de verse.

Esta conclusión es tan vívida y banal que tarda unos instantes en comprenderla del todo. Ahora está cansado. La conversación, a una hora tan imprevista y temprana, ha puesto a prueba sus capacidades. Sus instintos y reflejos están embotados.

Antes de dejarle hablar, la voz se reanuda.

–Eso fue un truco que hiciste en el juicio. Lo de la identidad.

–No te sigo.

–Resulta increíble que en un país donde todos se conocen consiguieras difuminar tu identidad. Fue un golpe maestro.

–Para eso están los abogados.

–Fue una estrategia hábil, sin duda. Me interesaría saber cómo se hizo exactamente.

–No voy a dar seminarios al respecto.

–Hay gente que daría mucho por saber cómo lo lograste. Lo consideran una importante amenaza para la seguridad, por no mencionar que también ha dejado en evidencia una grieta judicial y legislativa. Requiere un análisis minucioso.

Al mirar al exterior, Nealon ve que las colinas no son más que unos borrones oscuros en la distancia. La nubosidad es baja y densa. Se nota el estómago vacío y recuerda que no ha desayunado. Sacará algo del congelador. Quizá una pizza. Le sentaría bien comerse una y tendría tiempo para reflexionar mientras se calienta en el horno. Ahora que sus pensamientos han vuelto a la comida, por asociación también vuelven a Olwyn. Pero antes de que pueda formarse una imagen completa de ella, el hombre habla de nuevo.

–En cualquier caso –dice amablemente, como si cediera en algún detalle de escasa importancia–, lo dejaremos ahí. Piensa en lo que te he dicho y volveremos a hablar. Que no te quepa duda de que a los dos nos interesa hacer esto juntos. El mundo saldrá ganando.

Y se corta la línea.

La súbita concesión sorprende a Nealon y lo deja desconcertado. Intenta darle una explicación. ¿Por qué tan repentina? ¿Qué ha concedido exactamente? ¿Qué umbral han cruzado juntos? Mira el móvil que tiene en la mano, ahora bañada en sudor, antes de dejarlo sobre la mesa y llevarse las palmas a los muslos.

Se queda un rato sentado para que así se escurra la tensión de la última media hora, para que se asiente el sedimento de todo su ser. Unos momentos para recomponer la cabeza y el corazón. Luego hará lo que tenga que hacer, sea lo que sea.

Va a la cocina y, al abrirlo, el congelador libera una gélida nube de condensación. Cuando se disipa, encuentra una pizza congelada,

una bolsa de patatas fritas y unos *nuggets* de pollo. Comida infantil, comprende, la única prueba de que alguna vez hubo un niño en la casa.

Lo mete todo en el horno y se pasa los quince minutos siguientes sentado a la mesa, reflexionando sobre la llamada. Esa voz incorpórea… No consigue ubicarla. Su monótono tesón y su incuestionable presencia contrastan con la ausencia de Olwyn. Además, la falta de una imagen facial donde ubicarla evoca algo espectral y evanescente. Un rostro le daría definición y dirección.

Un arrebato repentino lo pone en pie. Nealon levanta la mano y agita el aire frente a él con unos movimientos breves. No sabe si es un intento de maldición o de bendición. Tampoco si lo dirige a su situación inmediata o al mundo en general. Esa parte de él que ensombrecería la habitación con maldiciones lo deja sumido en una rabia enmarañada.

Y aunque respirara y se tranquilizase, no le consolaría saber que a quince kilómetros de allí una endocrina del hospital del condado está a punto de levantar el teléfono y decirle a una treintañera que los niveles elevados de tiroxina en el tiroides son probablemente la causa de sus problemas de fertilidad y que le recomienda un tratamiento hormonal en el que tiene puestas muchas esperanzas.

Como toda historia fundacional o mito de la creación, requiere una narración completa para tener sentido. No funciona por partes y dejarla inconclusa podría introducir una peligrosa incertidumbre en el conjunto. Así que, aunque esté solo en su cocina, Nealon se siente obligado a contarla entera.

Y, cómo no, empieza con una explosión.

Nealon irrumpió por la puerta principal con una violencia tan repentina que, cuando los de adentro reaccionaron, ya estaba en lo alto de la escalera y entraba en la habitación de Olwyn, que yacía en la cama con la aguja y el papel de aluminio a un lado y el torniquete todavía puesto en la parte superior del brazo. Se alegró de haberla pillado en la euforia del subidón, donde se mantendría aproximadamente los siguientes veinte minutos. La envolvió en la colcha mientras reía extática y le sonreía como si él fuese un niño grande que se había inventado un juego nuevo. Le pareció que la cinta adhesiva era una distracción interesante mientras él se la enrollaba alrededor de la colcha apretándole los brazos, las piernas y los tobillos. Luego se la echó al hombro, bajó la escalera y se dirigió a aquel encuentro en el portal que le daría un nombre entre los que vivían de su reputación.

Luego vino el largo trayecto campo a través. Antes había zigzagueado por la ciudad hasta encontrar la salida a la autopista y después del peaje enfiló al oeste. Tres horas con Olwyn atada en el asiento trasero y tres horas comprobando por el retrovisor si alguien los seguía.

Cuando por fin llegó a la casa y la liberó de la colcha, Olwyn tenía la cara hinchada de rabia, los muslos sudorosos y el pelo enmarañado. Su ira concentrada había hecho que la sangre oxidada le llenara la carne de los pómulos, lo que le daba a su cara un aspecto abotargado y lívido. Forcejeó con ella en la oscuridad, con aquel espectro sonrojado de mujer que olía como un miasma de plástico quemado, antes de arrastrarla a la ducha, patinar en la superficie resbaladiza y caer bajo la cascada de agua caliente que salía del cabezal. Se desplomaron sobre los azulejos mientras Nealon intentaba sujetarla y ella intentaba zafarse de sus brazos. Olwyn se le escapó y se escabulló hasta el final del pasillo antes de volverse para mirarlo a la cara, desnuda pero no tan abrumada por el dolor como para no sentir su aguda humillación. Luego volvió a acercarse con los brazos extendidos y mostrando los dientes, cual criatura salida de una pesadilla infantil, y se abalanzó sobre él con todo el ímpetu de su cuerpo retorcido. Nealon volvió a retenerla en el suelo, sujetándola con fuerza para inmovilizarle los brazos y las piernas. Eso la enfureció más aún; con un movimiento brusco, echó la cabeza hacia atrás y le golpeó el pómulo con la frente. El crujido y el impacto brutal le subieron por la nuca y Nealon sintió que se sumía en una repentina oscuridad. Ella se liberó de sus brazos y con un chillido desgarrador se dio la vuelta y retrocedió al fondo del pasillo, donde trató de replegarse en las sombras.

Y entre lágrimas y sollozos se dio cuenta de lo que estaba pasando.

Nealon vio que Olwyn lo entendía como si un sol negro amaneciese en su interior, y nunca se había sentido tan orgulloso de ella. El terror la hizo levantarse del suelo con una energía furiosa y volvió a abalanzarse sobre él, acortando la escasa distancia que los separaba entre un centelleo de codos, movida por algo más profundo que la angustia que le hacía rechinar los dientes y le tensaba el cuerpo. Peleó como un ser de pura luz y dolor, con una agresividad tan veloz e implacable que Nealon comprendió enseguida que se agotaría antes que ella y que era muy posible que Olwyn se alzara con la victoria, un resultado al que ninguno de los dos podía arriesgarse. ¿De dónde procedía esa energía desesperada? Nealon había supuesto que después de pasar tres horas atada en el asiento trasero del coche estaría exhausta y soñolienta, pero solo le había generado una ira contenida que ahora estaba decidida a descargar sobre él.

El cuerpo blanco de Olwyn, cuya cinética angulosa generaba un resplandor que la envolvía, era la única fuente de luz en el pasillo. Se levantó de un salto mientras las paredes parecían vibrar en sintonía con su lucha. Pensándolo en retrospectiva, Nealon entendió que, pese a la horrible intimidad de esos momentos, nunca habían estado tan distanciados el uno del otro. Cada grito, cada golpe que ella intentaba asestarle parecían recorrer un arco gigantesco antes de llegar a sus oídos o impactar en su cuerpo. Lo que resultaba de lo más desconcertante, dado que Olwyn lo atacaba de forma rápida y continuada. Nealon sabía que era fácil reconciliar estas distancias y

desfases temporales con una mujer que justo entonces era la encarnación frenética de su propia crisis.

Y ese olor.

En su confusión, a Nealon le pareció que una sustancia aérea, probablemente el elemento etéreo del alma de Olwyn, había prendido y estaba ardiendo.

Cuando corrió de nuevo por el pasillo envuelta en su resplandor desnudo, se dio de bruces con el puñetazo que le acertó en la parte inferior de la barbilla y le lanzó la cabeza hacia atrás mientras sus rodillas cedían y caía hacia delante, momento en que él logró sujetarla por las axilas antes de que tocara el suelo.

La recogió y la llevó al dormitorio de la parte delantera de la casa. Se quedó un buen rato de pie, junto a ella, con los puños apretados, mientras el torrente químico del drama y la violencia de la noche le recorría el cuerpo. Cuando por fin se calmó un poco, se acostó a su lado y allí se quedó mientras Olwyn dormía. Bebió varias tazas de café y escuchó la *Misa a cuatro voces* de William Byrd, un clásico predilecto que nunca le fallaba.

Ella yacía a su lado, tan quieta bajo las mantas que daba la impresión de llenar un espacio vacío que se extendía desde el centro de su ser.

Olwyn despertó unas siete horas después.

Nealon estaba tumbado encima de las mantas, a su lado, con un cigarrillo en la mano y un cenicero repleto en la llanura del pecho. Ella salió repentinamente de las profundidades de su sueño y emergió a la superficie con un salvaje aleteo de brazos y piernas que volcó el cenicero y tiró el edredón al suelo. Se lo quedó mirando un

momento y, cuando por fin enfocó la vista, arremetió de nuevo contra él, lanzándose a la lucha con una renovada ansia de venganza que le arrancó los auriculares a Nealon justo cuando Byrd iniciaba una vez más el Agnus Dei.

Este segundo asalto se prolongó diez minutos en los que Nealon respondió a cada golpe con represalias contundentes mientras ella rebotaba en la cama manchada de ceniza y contra las paredes. Se sintió orgulloso de la energía furiosa que Olwyn había extraído de sus profundidades, de cómo la nutría y la mantenía. La atrajo hacia él incitándola a ataques más feroces, jugando con ese núcleo interno de dignidad abochornada que Nealon sabía que ya estaba apurando sus últimos posos, que acabaría drenándose y dejando tan solo una cáscara reseca. Diez minutos de forcejeos, golpes y lucha terminaron con los dos tendidos en el suelo, jadeando y sin aliento. Ella se volvió sobre su espalda.

–Me duele –dijo con voz ronca.

–Sí.

–Por favor.

–No.

–Que te den.

–No tengo respuesta a eso.

Y ella volvió a dormirse entre la ceniza y las colillas, desnuda en el amanecer grisáceo y con la dinamo que giraba en el núcleo de su ser zumbando en una frecuencia únicamente accesible en las profundidades del sueño.

Amaneció por el otro lado de la casa. Nealon oyó que los canalones de plástico del tejado empezaban a crujir y a flexionarse con el

creciente calor del día. Olwyn estaba tumbada a su lado, y su quietud le dijo que dormiría un par de horas más.

Fue a la cocina a preparar café y se quedó en la sala tomándoselo de espaldas al fregadero. Algo en la casa se había ajustado durante la noche. Percibía una resonancia diferente. ¿Habría asimilado la pelea y absorbido su recuerdo en las paredes y los techos? La sensación de cambio sutil era real y recorría toda la estructura.

Tardó un poco en darse cuenta de que era la primera vez que alguien se quedaba a dormir allí desde la muerte de su padre. Diez años y ninguna persona salvo él para caldear la casa. Por algún motivo, reparar en aquello le dio confianza; algo de su interior se extendió por la habitación y avivó la luz que la llenaba.

Esta era la casa donde Nealon y su padre habían vivido juntos. La casa sin mujeres los había envuelto en los tonos oscuros de muebles y armarios anteriores al nacimiento de Nealon. Con el paso de los años, las modas y las tendencias habían dejado anticuadas esas piezas, privándolas incluso de cualquier virtud irónica. Sin embargo, en todo ese tiempo Nealon no había sentido ni una sola vez el deseo o la necesidad de deshacerse de ellas.

Cuando Olwyn despertó a primera hora de la tarde, lo miró con ojos secos como piedras del mar. Se movió como si hubiera algún impedimento viscoso en el aire.

Sus párpados se cerraron arañándole los ojos antes de abalanzarse sobre él una última vez.

Ahora, con el final próximo, su rabia se renovó. Viéndola acercarse con el esfuerzo de aquel último y espantoso intento reflejado en sus ojos, Nealon tuvo la sensación de que Olwyn se aferraba al núcleo

resplandeciente y numinoso de sí misma y, al encontrarlo, lo arrojaba con furia una última vez. Lo golpeó desde una jaqueca cegadora y su brazo trazó un arco tan letárgico que Nealon lo vio venir a un kilómetro de distancia y lo bloqueó con su antebrazo; el débil impacto atravesó el ruido blanco del dolor que ahora era todo el ser de Olwyn. Su cara desapareció tras un aullido boquiabierto mientras intentaba aferrarse a la conciencia antes de que su cuerpo se doblara y la arrastrara al suelo una vez más.

Levantó la vista para ver a Nealon sobre ella. Más tarde se burlaría de él al recordarlo.

–Tu momento estelar –le dijo Olwyn–. Plantado encima de la mujer que amas, con los puños apretados y los nudillos despellejados.

–¿Así que no he mejorado?

–Te queda tiempo.

–No tengo respuesta para eso.

–Muy sabio por tu parte.

Nealon se inclinó para ayudarla y le colocó la mano en la nuca. Pero mientras él apoyaba la barbilla en la parte posterior de su cabeza, ella la levantó de pronto y le dio de lleno en la boca, lo que lo llenó al instante de una afilada mezcla de dolor, sangre y fragmentos dentales. El impacto lo hizo desplomarse de lado en la cama, desde donde alcanzó a ver que el codo de Olwyn volvía caer sobre el puente de su nariz. Y entonces ella empezó a gritarle desde arriba:

–¡Levanta, levántate y pelea! ¡No me dejes así!

El nuevo dolor que Olwyn sentía en el hombro abrió un camino luminoso en su mente. Volvió a percibir claramente la complicidad

que existía entre ambos. Lo que la asustaba era que Nealon perdiese el conocimiento y la dejara en ese mundo centelleante de dolor, justo cuando estaba a un paso de alcanzar el yo redimido que llevaba todos esos años viviendo dentro de ella.

Nealon consiguió rodar fuera de la cama y cayó al suelo mientras Olwyn se le colgaba del cuello. Iba a atacarlo una vez más. Nealon intuyó que ella era plenamente consciente de sus intenciones y de cuan estrecha e improbable era esa oportunidad. Y estaba dispuesta a usar todos los registros e intensidades de su humillación para aprovecharlos como si fuera un pacto sellado con su propia alma. Una parte de Olwyn se preguntaba en qué estado de ánimo y a qué hora de la noche este pacto les había parecido una buena solución, un intercambio justo en el que ninguno de los involucrados saldría perdiendo.

Estaba tan enloquecida por la ansiedad que a Nealon le resultaba difícil lastimarla con cuidado para honrar las reglas tácitas de su compromiso. Se contuvo y acortó sus golpes para no desatar ese lado vengativo que habría gozado con el impacto certero de su puño en la cara de ella, esa parte de él que habría exclamado, exultante: «¡Chúpate esa, cabrona!». De modo que lucharon entre jadeos y sobresaltos hasta agotar sus fuerzas, hasta que finalmente Olwyn, exhausta, se derrumbó a su lado en la cama. Intentó levantarse de nuevo, peleando contra todo su peso, antes de rendirse y quedarse tendida y despatarrada a lo ancho del colchón.

Permaneció así mucho tiempo y, cuando por fin apoyó los pies en el suelo para levantarse, se incorporó con un movimiento tan fluido que pareció que alguien la elevaba desde las alturas. Con el cuerpo manchado de ceniza y sangre, lo miró en ese cuarto destrozado y

por fin se sintió limpia. Olwyn aguardó un momento en pie, como un espectro llegado de otro mundo, antes de salir de la habitación.

¡Joder, qué cansado estaba!

Una oleada de agotamiento empezó a cerrarle los ojos, arrastrando consigo una desesperada marea de terror. El sueño estaba a punto de vencerlo, pero se resistió por miedo a lo que podría despertarlo. Trató de levantarse con la vaga idea de que si conseguía ponerse en pie, se mantendría despierto. Pero al poco un torrente de sangre le subió a la cabeza y le empujó de nuevo a la sucia cama. Por una décima de segundo se miró desde arriba y se vio caer.

Parecía suplicante y afligido mientras se desplomaba.

No sabía cuánto había dormido, pero el resplandor de las cortinas le indicó que el sol se había trasladado a la parte delantera de la casa y que, por tanto, ya atardecía. La cama estaba desnuda, sin sábanas ni almohadas, solo el colchón. Se levantó y se dirigió al pasillo. Había arañazos en las paredes, señales de su refriega.

Olwyn no estaba en el salón ni en la cocina. La encontró sentada en el camino de cemento con una taza de té en las manos, mirando las colinas distantes de Sheeffry. Se había duchado y llevaba un jersey muy grande, unos vaqueros azules y un par de calcetines gruesos en los pies, que tenía extendidos delante de ella sobre la hierba. Con el pelo recogido, su cara parecía tan expuesta y en carne viva que Nealon pensó que seguramente la más leve brisa que la rozara sería un abrasivo doloroso.

Cualquier esperanza de que ahora estuvieran en paz, en calma tras todo lo sufrido, duró poco. Olwyn parecía un manojo de nervios,

le castañeteaban los dientes y su cuerpo era una tensa discordia de ansiedad. Cuando alzó la vista hacia Nealon, algo parecido al alivio le atravesó el rostro. Él reparó entonces en el humo que salía de un montón de cosas acumuladas en un rincón del jardín, un fuego que aún no había prendido del todo.

Se agachó a su lado, consciente de un dolor punzante en las costillas; debería haber sabido que no saldría ileso de ninguna batalla con ella. El montón de cosas prendió por fin, convirtiéndose en un repentino brote anaranjado. Cuando sus ojos se adaptaron a la luz del atardecer, comprendió que eran la ropa de cama y las almohadas. Olwyn se volvió y le examinó la cara. Nealon se estremeció cuando le tocó la nariz hinchada.

–¿Eso te lo he hecho yo? –dijo ella.

Nealon fue consciente por primera vez de que quien estaba ensangrentado y cubierto de mugre era él.

–Ha sido inevitable.

–No.

La acercó a él, ahogando un nudo en la garganta. Le embargaba la expectación, la esperanza de que su terrible experiencia, todo el dolor que se habían infligido mutuamente, contuviese algo de amor sobre el que pudieran construir.

En las semanas y meses siguientes, vio que Olwyn recuperaba algo parecido a la plena salud. Criada toda su vida en un crepuscular reino de hormigón, florecía ahora como un tallo pálido expuesto a la clara luz del día. Se convirtió en un milagro nacido de los cuidados y de ese aire salado que soplaba desde el mar.

Su cuerpo aumentaba bajo la ropa extragrande, impulsado por un apetito que se reanudaba con tal ferocidad que la imagen que se le ha quedado grabada a Nealon de aquellos días es la de Olwyn andando con un trozo de comida en la mano: los dientes mordiendo una tostada, la boca abierta a punto de devorar una manzana o comiendo a cucharadas de un cuenco. De tanto comer le brotó una barriga por encima del cinturón y de los vaqueros, algo que le parecía muy gracioso y que no se cansaba de comprobar, de frente y de perfil, en el espejo del pasillo, riéndose a carcajadas. A Nealon le alegró ver que se lo tomaba como una señal de estar recuperando la salud.

Cuanto más la miraba bajo esta nueva luz, más se convencía de que era él y no ella quien se había salvado. Olwyn era la ofrenda de unas fuerzas providenciales que finalmente se habían cansado de la vida que él llevaba hasta entonces. Era el regalo con el que se había superado a sí mismo para dejar atrás, por fin, toda la mierda trivial de su antiguo yo. Sin embargo, los términos de su unión implicaban que debían llegar a la redención por caminos diferentes. Ella solo tenía que recuperarse a sí misma. Un trabajo difícil pero no complejo, pues la Olwyn esencial yacía esperando a ser descubierta bajo capas sedimentadas de experiencia. El tiempo, con todas sus corrosiones, la sacaría a la superficie. En la tarea de Nealon había más matices. Para llevar una vida en común, tendría que acabar con muchos hábitos y prejuicios arraigados. Tendría que desaprender una vida exclusivamente cautiva de sus propios apetitos e instintos, sin compromisos con nadie. Era un trabajo duro y Nealon sabía que no había tiempo que perder.

La recuperación de Olwyn fue rápida y sin contratiempos. Se adaptó al cambio de estación y, a medida que los días se alargaban en aquel primer verano, fue ganando fuerza y vitalidad. Con la cara y los miembros expuestos al sol, su piel adquirió un brillo que él evitó ver como algo espiritual. La vida de Nealon no era de las que atraían a seres tan resplandecientes; demasiado vulgar, demasiado limitada en sus energías. Y, sin embargo, allí estaba ella. Era innegable que recogía los elementos de la luz estival y los hacía suyos. Pero Olwyn se guardaba este resplandor para sí. No iluminaba las partes más sombrías del alma de Nealon y llegaría un día –no tan lejano– en el que ese fulgor adquiriría un brillo acerado.

Ahora, sentado a la cabecera de la mesa, tiene la sensación de que su inminente divorcio será un final adecuado para sus días juntos. En los últimos meses de su prisión preventiva, las visitas de Olwyn habían disminuido, pasando del suplicio semanal de una desalentadora conversación supervisada a una aparición mensual en la que ella se pasaba la hora mirando el reloj y respondiendo de forma vaga a las preguntas de Nealon sobre su hijo.

–Sí, está bien –repetía visita tras visita–. No para de preguntar por ti. No sé qué decirle. ¿Qué le digo? ¿Qué quieres que le diga?

Y no era la primera vez que Nealon se quedaba sin palabras.

A menos de medio kilómetro, el pasaporte de un hombre con quien fue al colegio yace en el fondo de una cómoda, y este documento caducará en menos de un par de horas, cuando el reloj marque la medianoche, impidiéndole viajar a la boda de su sobrina en Roma.

Ahora cada llamada se inicia sin un saludo, como si cada momento, independientemente de que se hablen o no, formara parte de una conversación incesante.

«Estaba pensando…», quizá empiece él. O: «¿Sabes qué te convendría…?». El tono es el de un hombre relajado y seguro de sí mismo, sin ninguna prisa.

–¿Sabes qué estaba pensando hoy?

–No me interesa lo más mínimo.

–Pensaba que eres un hombre que sabe muchas cosas que le interesarían a mucha gente.

–¿Quién podría estar interesado en lo que sé?

–Hay personas que pagarían un buen dinero.

–No me considero tan bien informado.

–Lo supongo. A veces no somos conscientes de lo que sabemos, ni del valor de lo que sabemos. Te diré algo: ahí fuera la imaginación escasea, eso no se puede subestimar.

–No sabría decirte. He notado que las tonterías no escasean.

–No, eso nunca, mientras haya hombres y mujeres con vida. Pero no es lo mismo que la imaginación. Es fácil confundirlas, pero te aseguro que son dos cosas muy distintas.

–¿Y crees que yo tengo un antídoto para todo eso?

–Como he dicho, sabes ciertas cosas.

–¿Sonsacarme información para que luego acabe en manos de alguna agencia de seguridad? No me interesa.

–No, no hablo de un chivatazo ni de una búsqueda indiscriminada de información. Hablo de algo más profundo, de dolor fundamental, de una ausencia básica de bienestar. Un resumen de los hechos es justo lo que no es.

–Podrías explayarte al respecto.

–No por teléfono, no me lo agradecerías.

–Todo es misterioso contigo, siempre hablas con adivinanzas.

–Media hora cara a cara y todo se aclarará. El contexto lo es todo, todos estos elementos encajarán.

–Me aclararía más las cosas saber con quién estoy hablando. Un nombre ayudaría.

–Lo comprendo. Coincido contigo, pero insisto en que no te conviene saberlo. Podría llamarme fulanito o menganito, aunque no creo que eso aclare para nada la situación. Cuidado con lo que pides, no es bueno saberlo todo. Estar a oscuras no es malo si la alternativa es que te ciegue la luz.

–Nada de eso me hace sentir bien.

–Lo cual tiene fácil solución –dice él–. Sube al coche y estaremos cara a cara en cuestión de horas.

–No sé con quién me encontraría, ni en qué tipo de situación.

–Sería exactamente como te digo: tú y yo cara a cara. Dos hombres charlando. Sin segundas personas ni representantes, solo nosotros dos.

Esta última conversación le da a entender a Nealon que se ha cruzado una línea. Ya no hay vuelta atrás, y cada palabra entre ellos

pone definitivamente los acontecimientos en su sitio. Las expectativas se han solidificado.

Después de colgar, Nealon es incapaz de quedarse quieto. Un temblor nervioso le recorre los brazos y las manos.

Una pálida continuidad se extiende ahora entre la voz del teléfono y el silencio que sigue. Este silencio posterior es una articulación esencial de su timbre y su resonancia.

La sensación de que lo mantiene en la incertidumbre es real, pero no es lo que le preocupa. Todo eso forma parte del juego, de la maniobra y la contramaniobra de estos asuntos. Lo que le irrita es la sensación de que ese hombre siempre se le anticipa, de que siempre va dos pasos por delante, de que sabe muchas cosas sobre él. Es una intimidad que Nealon no soporta y de la que no quiere formar parte.

Recorre la casa y enciende la luz de todas las habitaciones. Experimenta la sensación inmediata de que el lugar se expande a su alrededor. La estructura de la casa no ha cambiado desde que se construyó a principios de los setenta, poco después de la boda de sus padres. Y las reformas de Olwyn eran en su mayoría cosméticas, de carpintería y ebanistería, no alteraban la distribución de la casa en sí. Tras su escepticismo inicial, Nealon había acogido con satisfacción los cambios. Apreciaba la forma en que la luz se reflejaba en los nuevos colores y cómo penetraba en su interior, elevándolo.

Pero no es eso lo que busca ahora.

Intenta sintonizar con algo más profundo, con una presencia que quizá esté o no esté ahí. Dondequiera que se encuentre

permanecerá oculta, en los rincones del techo o en una de las lámparas. Aquí Nealon confía en sí mismo. Se detiene en el centro de cada habitación y se abre a las posibilidades de la estancia, con todos sus nervios tensos y expuestos. Se despoja de toda interferencia, de todo lo que no es esencial, y deja su ser en carne viva para captar aquello que se esconde. Sin tiempo para una meticulosa búsqueda con la vista o con las manos, asimila la resonancia de cada habitación, una por una. Pero no hay nada, ninguna sensación de que algo lo observe o se esté arrastrando hacia él. No hay nada, ni orgánico ni electrónico, que absorba sus ritmos y pulsaciones, solo paredes lisas y muebles estáticos.

La casa está limpia.

Vuelve a la cocina y se queda unos instantes repasando mentalmente la llamada. Tanto moverse como quedarse quieto tienen las mismas papeletas para el fracaso. Pasados unos minutos, entra en el cuarto de baño y deja abierta la puerta que da al pasillo. Completamente iluminado, el pequeño espacio resplandece azul entre sus paredes alicatadas. Se quita la ropa, la sacude por separado y busca cuidadosamente con las yemas de los dedos a lo largo de las costuras y los cuellos antes de dejarla en el suelo. Se quita los zapatos y los levanta a la luz, separando los cordones y abriendo la lengüeta para poder mirar dentro.

No hay nada.

Por primera vez desde hace mucho tiempo puede verse bien en el espejo. Está asombrosamente pálido, con una especie de lechosidad subdérmica que no puede descartar que le llegue hasta lo más profundo de las vísceras. Se ha vuelto barrigón y de hombros redondeados; la estructura larguirucha de su juventud, que en aquel

entonces lo había convertido en un futbolista superior a la media –lo bastante bueno para presentarse a las pruebas del condado–, está recubierta de una capa de grasa y músculo desaprovechado. Tanto tiempo encerrado con un máximo de una hora al día deambulando sin rumbo por el patio de ejercicios lo ha recubierto del blando contorno de la mediana edad. Nealon se sorprende de la decepción que eso supone: nunca se había imaginado tan vanidoso. Con su metro noventa de estatura y sin haber superado el aire desgarbado de sus veinte años, sigue pareciendo un hombre pequeño metido en un cuerpo más grande. A la deslumbrante luz del baño, los huesos le sobresalen más allá de su justa medida y los hombros terminan en grandes protuberancias por encima de sus brazos, lo que le procura ese equilibrio elástico que tan útil le fue como atleta pero que hoy solo da la impresión de que va desacompasado consigo mismo, desincronizado con respecto a su propio mecanismo motriz.

Sin embargo, le alegra ver que su cara todavía da la talla.

Conserva la mandíbula afilada y los pómulos enjutos que coronan su estatura. Y sus ojos siguen irradiando una confianza casi física. Se toca la nariz con un dedo. Sigue sensible y deformada desde la pelea con Olwyn; nunca se ha reajustado correctamente. El pelo le cae sobre el cuello.

Una rápida exploración de su cuerpo frente al gran espejo del lavabo no revela ningún tejido cicatricial reciente ni ningún bulto sospechoso. Un espejo de mano, que sostiene en alto por encima del hombro, le permite inspeccionar el plano de la espalda; lo inclina alejándolo de él como una topografía imaginaria se inclina hacia el horizonte. Una vez completado este examen preliminar, se dispone a comprobar cuidadosamente todo su cuerpo con los dedos,

empezando por el extremo más alejado de los pies, separando los dedos e inspeccionando las uñas antes de subir por la carne inclinada de las pantorrillas y los muslos, por delante y por detrás, hasta la cálida intersección de la ingle. Mientras trabaja, tiene una curiosa sensación de dislocación de sí mismo como una entidad separada de su propia mirada. Las yemas sitúan su cuerpo a una distancia crucial de su persona, desplazándolo del margen habitual en el que suele enfocarlo.

¿Qué busca? No lo sabe con exactitud. Puede que sea más una idea que una cosa en sí, una idea incrustada. Pero no se sentirá en paz si no sigue adelante, si no se examina como a alguien que podría traicionarlo. Cada momento a solas se volvería gradualmente más angustioso sin la seguridad de esta búsqueda, por desesperada que resulte. Y aunque todo en la voz del teléfono le convence de que ese hombre y a quienquiera que represente no serían tan burdos como para recurrir a una tecnología tan contundente, persevera.

Algunas partes de su cuerpo se estremecen bajo sus dedos. La pálida zona de detrás de las rodillas, la húmeda raja del culo hasta el prieto músculo del ano, se contraen y encogen a su tacto como si se estuviera violando. Es incapaz de engañar a su propia carne, que se aleja de él. No se tragará la idea de que este reconocimiento es un examen normal, de que se trata de una prueba para detectar alguna enfermedad maligna, como un cáncer testicular o un melanoma abultado, una de esas cosas que llegan con los años y que ponen fin, como es debido, a lo que se hace pasar por juventud.

Se palpa las orejas, la nariz y el ano introduciéndose el índice hasta el primer nudillo. Se pasa la lengua por la superficie ondulada

del interior de la boca. Qué extrañas son ahora esas texturas, todas sus gradaciones y ritmos, todas sus venas y mucosas. Su propio cuerpo es un continente totalmente nuevo con infinidad de escondrijos y refugios. Las yemas ya se han vuelto sensibles a las rítmicas protuberancias y estrías de los músculos y la grasa acumulada. Si el dispositivo está oculto en las partes más blandas, como el culo, los muslos o la grasa abdominal, seguramente se elevará para encontrarse con sus dedos. Mientras busca ha ido refinando la imagen mental del artilugio. Ahora parece un palpitante láser rojo, sujeto a sus huesos por un tejido fibroso que le ha construido un nido acogedor. Desde allí emite señales al teléfono móvil o a la red de banda ancha con un pulso aórtico incesante.

Sigue examinándose en el cuarto de baño excesivamente iluminado. Con su cuerpo blanco retorcido y contorsionado para facilitar el acceso, la piel y el pelo adquieren una carga eléctrica. El tiempo y el espacio se concentran por completo en la punta de sus dedos.

Sin motivo aparente le viene a la cabeza un artículo del *National Geographic,* uno de los cientos que leyó en su celda. Recuerda que, en Bosnia y en Angola, los responsables de desactivar minas habían desarrollado una sensibilidad tan brutal en las manos y en los ojos que tenían que sentarse varias horas solos en sus cabañas para desprenderse de la extrema cautela que habían desarrollado al desplazarse por el terreno con la nariz pegada a la tierra y el cuchillo en la boca.

No sabe bien por qué lo recuerda ahora.

Su búsqueda continúa durante otros veinte minutos. Avanza más despacio en la parte superior del torso, tiene más terreno que cubrir,

más tiempo que pasar mirando en el espejo de atrás. Después viene la zona de encima del pecho y los hombros. Se adentra en las axilas y sube por el cuello hasta llegar a la parte superior de la cabeza. La búsqueda lo ha irritado, pero sabe que debe completarla. Camina desnudo por el pasillo –algo que no recordaba haber hecho antes, ni siquiera con Olwyn– y encuentra unas tijeras de cocina en uno de los estantes. Son pesadas y afiladas, con hojas cortas y potentes. Vuelve al cuarto de baño y se corta el pelo, que cae en suaves mechones al suelo. No se detiene ahí; también se corta el vello púbico con unos pocos tijeretazos precisos y luego coge la crema de afeitar y la maquinilla. Cinco minutos después se pasa las puntas de los dedos por la cúpula de su cabeza, prestando especial atención a la depresión de la nuca, donde la columna vertebral se ablanda y penetra en la base del cráneo; ahí podría colocarse un transmisor, encajaría a la perfección. Pero no palpa nada más que las protuberancias de los huesos, nada que pueda conectarlo, ni a él ni a su cuerpo a una red inalámbrica.

No encuentra nada, nada en absoluto. Y eso lo alegra.

Se queda de pie frente al gran espejo mientras el aire frío se arremolina alrededor de su cabeza pelada y sus pelotas rapadas, sintiéndose más desnudo de lo que jamás hubiera creído posible. Si hay algún tipo de dispositivo o de chip dentro de él, está más profundo de lo que sus dedos pueden sondear. Probablemente fluya a la deriva en alguna marea subdérmica de sus entrañas, una píldora estroboscópica navegando a lo largo de su tracto digestivo e iluminando las vísceras circundantes con un brillo apagado. Tiene el impulso de apagar la luz para ver si la localiza en el bajo vientre.

Pero la búsqueda le ha hecho bien. Algo en él se ha tranquilizado por ahora, la ansiedad de la llamada telefónica ha quedado momentáneamente relegada.

Permanece despierto unas horas más, acostado en la cama, escuchando una pequeña radio que ha encontrado en la alacena entre latas y tarros: una de sus pequeñas ofrendas a Olwyn. En realidad, la había comprado para él, porque su cálido sonido analógico lo devolvía a la infancia, a cuando su padre escuchaba religiosamente una vieja radio de válvulas con graves sonoros, sobre todo a la hora de las noticias, sentado de lado en la cabecera de la mesa, con la frente reposando en las manos y los ojos cerrados. Durante mucho tiempo, el joven Nealon creyó que esa postura se debía a la angustia paterna por el estado del mundo; era más que posible que sus sentimientos fueran tan profundos. En realidad, su padre intentaba aliviar el dolor de cabeza causado por un tumor que le oprimía el lóbulo temporal y que se lo acabaría llevando.

Nealon descubre que la radio está sintonizada en un programa nocturno de MidWest Radio que emite canciones country y clásicos de orquestas populares. Se acuesta en la oscuridad, escuchando el sonido de los amores perdidos y las almas solitarias.

Pasada la medianoche, pone la alarma del móvil antes de volver a dormirse. Ya ha decidido sus planes. O los han decidido por él. Qué más da.

Y una mujer acaba de inscribir a su hijo en la lista de espera para un reloj de buceo de edición limitada que saldrá a la venta en Milán, a tiempo para su vigésimo primer cumpleaños. Es lo que él quiere, ese reloj de buceo de esfera extragrande y números luminosos, un maridaje resistente a la par que elegante entre relojería y diseño

industrial. Está concebido para superar el aguante humano, resistente al agua muy por debajo de la profundidad a la que el usuario perdería el conocimiento si siguiera sumergiéndose. Su hijo se lo ha asegurado. Y la mujer se pregunta, mientras apaga el portátil, qué consuelo supondría para quien lo lleva, a tales profundidades, saber que su reloj sigue intacto y continúa marcando la hora mientras la oscuridad se cierne sobre él.

UNA CARRETERA SECA Y SIN TRÁFICO

El coche es un Peugeot de doce años, el pequeño utilitario que le compró a Olwyn cuando le anunció que estaba embarazada. Por parte de Nealon, fue más un gesto de nerviosismo que un regalo, algo para disimular su propia conmoción y gratitud. Precisamente el tipo de impulso extravagante al que era propenso en aquella época.

Una vez superada su propia sorpresa, Olwyn lo aceptó con entusiasmo. En un par de días aprendió a conducir y, durante los primeros meses de su embarazo, se dedicó a realizar improvisadas excursiones en solitario por todo el condado. A menudo, al despertarse, Nealon encontraba la cama vacía y un mensaje de texto en el que le decía que estaba visitando tal lugar turístico o tal monumento histórico. Por la tarde, a veces Olwyn lo llamaba cuando ya había aparcado.

–Adivina dónde estoy, adivina –le decía, como si fuera parte de un juego infantil.

–Dime lo que ves.

–Estoy en un puente pequeño sobre un río bastante grande. A mi izquierda veo una cascada amplia, no muy alta pero sí ancha, y a mi derecha una ensenada estrecha. Es una especie de valle. ¿Lo conoces?

–Sí, sé dónde es. Estás muy cerca de aquí.

Al atardecer volvía con noticias reflexivas sobre este nuevo mundo que estaba descubriendo.

–Me ha parecido que llevaba horas conduciendo –exclamaba.

–Horas no creo, pero es una carretera estrecha y sinuosa.

–Y con tantos matices y paisajes distintos… Pueblecitos y aldeas y ciénagas y montañas que llegan hasta la costa.

–¿Te lo has pasado bien?

–Sí, esto es el Salvaje Oeste de verdad. Aquí hay espacio para perderse y encontrarse.

Nealon no estaba seguro de a qué se refería Olwyn con eso, pero apreciaba que después de estas aventuras volviera de tan buen humor, con una idea del mundo felizmente ampliada con formas inesperadas. Sentía alivio. Una parte de él vivía con el temor mortal a que una noche Olwyn volviera colocada y ausente. Estar tan lejos de un centro urbano no era impedimento para que pudiera pillar algo. Pero eso nunca ocurrió. Ella se mantuvo firme y Nealon empezó a respirar más tranquilo con el paso de las semanas. Si eso era lo que Olwyn necesitaba, aventuras en solitario para arraigarse y sentir el lugar como propio, él no tenía objeciones. Descartó la idea de comprar un mapa y mostrarle la extensión del condado en la mesa de la cocina. Ya se las apañaba bien sola.

Sin embargo, el mismo coche que tanta independencia y energía había proporcionado tiene ahora el aspecto anquilosado de algo que no se ha movido en mucho tiempo. Y con más de ciento ochenta mil kilómetros encima, Nealon se pregunta si estará a la altura del trayecto que le espera. Ha encontrado las llaves sobre la pila de agua bendita de la entrada.

Se sienta y gira la llave en el contacto. El motor arranca una vez, dos veces, y luego se detiene con una breve tos. En el salpicadero aparecen todos los indicadores y a Nealon le alegra ver que el depósito está lleno. El calefactor lanza alrededor de sus pies una ráfaga de aire frío, que, tras toquetear un poco, consigue redirigir

hacia el parabrisas. Enciende la radio y en la emisora local suena música country and western.

Tuerce a la carretera principal y baja la colina. Pasa el cruce y el puente antes de subir por la calle principal del pueblo, que está iluminada. Poco después pasa junto al santuario que hay fuera de la iglesia y lo ve desaparecer por el retrovisor.

Nealon se hace a la idea del viaje que tiene por delante más deprisa de lo que imaginaba. De momento decide liberar su mente de todo lo que no sea el placer vacuo de conducir, el desapego de dejar atrás los kilómetros y el paisaje que se desliza en la oscuridad. En algún momento, más adelante, volverá a pensar en el motivo de este viaje, pero por ahora se contenta con relajarse y dejar que corran los kilómetros. Se apoya en el respaldo, baja la calefacción que ya ha caldeado el coche y también baja el volumen de la radio a un zumbido ambiental.

Son las seis de la mañana. Con la carretera seca y sin tráfico, debería llegar antes de las ocho.

Hace tiempo que Nealon cree que conducir en la oscuridad es un placer casi oculto, sobre todo cuando una luna fría ilumina el cielo a través de las nubes rasgadas. En algún lugar de sus lecturas se ha cruzado con la palabra «noctilucente» y se inclina a pensar que es una forma tan buena como cualquier otra de describir el filo metálico de esta oscuridad. Aunque no recuerda bien dónde leyó la palabra, lo más probable es que fuese en alguna de esas revistas especializadas en las que se sumergió durante su detención.

Pasan los kilómetros.

Aminora la marcha en un tramo de carretera recién asfaltado que atraviesa un bonito pueblo. La aproximación está señalizada con semáforos y una serie de farolillos ilumina sus suaves márgenes. Como tierra sagrada, piensa Nealon. La superficie asfaltada es tan lisa que el coche parece elevarse sobre ella, bordeando el vuelo.

En menos de media hora ha atravesado un par de pequeños pueblos y aldeas, todos reunidos en torno a los bares y supermercados habituales, todos enmarcados por señales de límite de velocidad y carteles de lotería. A estas horas, conducir por las calles vacías provoca una sensación intrusiva. Nealon es consciente de que deja una estela de perturbación a su paso, un espíritu fugitivo que canaliza una energía oscura en los sueños de los residentes.

Aunque su vida con Olwyn y Cuan duró algo más de seis años, apenas le encuentra sentido ahora, mientras conduce.

Seis años es un período de tiempo considerable. Tiempo suficiente para que una relación se estreche y se consolide hasta alcanzar su forma definitiva si las cosas van bien. O tiempo suficiente para que una u otra parte descubra que ha obtenido lo que necesitaba de ella y se marche, cerrando la puerta tras de sí. Pero la sensación que Nealon tiene de estos seis años no es esa. Olwyn y él estaban allí, estaban juntos y punto, el acuerdo no necesitaba más explicaciones.

Tras el drama inicial de su huida a través del país, se instalaron rápidamente en su nuevo hogar. Nealon se alegró de sentar cabeza y perseguir una vida familiar con Olwyn. El plan era sencillo. Aprovecharía las diferentes habilidades aprendidas en su época de artista e instalador de obras de arte para trabajar en la construcción

como fuente de ingresos estable, mientras reservaba sus mejores energías para su estudio del garaje. De una vez por todas, iba a poner a prueba su talento y aplicarse a sus pinceles y lienzos.

Al pensarlo ahora, no tiene muchos recuerdos de aquellos primeros años. Es como si se hubieran diluido en una mancha de color, nada definido, nada específico sobre lo que construir una imagen detallada del tiempo que pasaron juntos, tan solo la certeza permanente de su unión. Y aunque no diría que fueron felices –aunque hubo momentos en que lo fueron–, está seguro de que aquellos años tampoco transcurrieron en la tristeza. ¿Cómo es posible que atesore tan pocos recuerdos? Solo se le ocurre que quizá el tiempo en prisión preventiva haya borrado todos los detalles de su vida en común, que el tiempo ha transcurrido de tal manera que no ha dejado nada a su paso, salvo sus vidas como una forma difusa.

Y luego estaba Cuan.

Cuan plantado en su propia luz, todo codos y omóplatos, siempre era verano a su alrededor. Creado para generar recuerdos, el color y el drama se agolpaban a su alrededor. Se trataba de un niño tan deslumbrante que todo lo que recuerda de su vida con Olwyn gira en torno a su luz. Era el espíritu brillante que lo atraía todo hacia él, Olwyn y el mismo Nealon incluidos. Y aunque Cuan era todo lo que un niño debería ser, también era la prueba de que Nealon formaba parte de este mundo. No es que el niño hubiera heredado sus rasgos, el color de su piel ni sus ojos, ni tampoco, gracias a Dios, su horrible temperamento, que con demasiada frecuencia, por su acalorada vehemencia, le hacía decir cosas que luego prefería no recordar. Nada de eso le importaba a Nealon; no deseaba ver ninguna versión más desvaída de su persona reproducida en

ninguna parte. Lo que importaba era que aquel niño había penetrado en él y le había extraído algo nuevo y perdurable, un hilo de conexión con este mundo. En realidad, una parte de Nealon concebía a Cuan como su verdadera inversión existencial, su auténtico proyecto de eternidad.

Era una idea audaz, pero con demasiada frecuencia se veía traicionada por las propias dudas de Nealon. Cualquiera que de pasada lo hubiese visto extender la mano y posarla en la cabeza del niño, fácilmente habría confundido aquello con un gesto distraído de afecto, cuando en realidad era la forma que tenía Nealon de buscar pruebas. Sentir la cabeza del niño bajo la mano le garantizaba que se trataba de alguien real y no de un constructo de luz e ilusiones, un ser que había venido a situarse en la intersección de sus anhelos con su existencia terrenal. Y no había uno solo de esos momentos en que no lo abrumase la vergüenza: la idea de que necesitaba tocar la cabeza de su hijo para aliviar algo tan crudo como su falta de fe en el mundo.

Ahora Nealon prefiere detenerse en aquellos rituales que evolucionaron despreocupadamente hasta convertirse en la materia de sus vidas. A veces, en las horas más oscuras de la noche, Cuan se metía en la cama entre sus padres, escurriéndose entre ambos y empujando a Nealon hacia el frío borde. Al principio Nealon intentó quitarle esa costumbre, pero Olwyn no se lo permitió. Le dijo tajantemente que aceptaría todos los abrazos y mimos de su hijo mientras se los diese, que Cuan no sería siempre un niño. Así que, todo el tiempo que duró, Nealon se vio empujado al borde de la cama mientras Cuan se despatarraba e hincaba rodillas y codos entre ellos. Muy pronto estas visitas alcanzaron tal punto de

refinamiento que Nealon pudo anticipar en sueños la llegada de su hijo a la cabecera de la cama; se despertaba justo a tiempo para verlo materializarse de pie a su lado, se levantaba al instante y lo arropaba junto a Olwyn antes de cruzar el pasillo a oscuras hasta la cama individual, donde se tumbaba bocabajo en el pequeño charco de calor que Cuan había dejado. No había testimonio más vívido de la existencia del niño que aquel cálido resplandor que le penetraba hasta los huesos. Ese es el recuerdo preferido de Nealon y le alegra contrastarlo con la última imagen de él invocada por Olwyn en su última visita a la cárcel, cuando le dijo que el especialista del niño tenía por fin noticias que darles.

–¿Han encontrado la causa de todos esos dolores de cabeza?

–Sí, ya han examinado las radiografías. Cuan tiene la mordida desalineada –le dijo Olwyn en la sala de visitas de la cárcel. La compasión inicial que había sentido por ella en esas visitas desesperadas se fue consumiendo por la ira que Olwyn irradiaba desde el otro lado de la mesa. Nealon nunca podrá olvidar la expresión de Olwyn en el umbral de la casa, con Cuan en brazos, mientras se lo llevaban y lo metían en la parte trasera del coche patrulla. En los meses que siguieron, la conmoción de Olwyn se había transformado en rabia pura y dura, una vehemencia que tenía su origen en un genuino sentimiento de traición.

–Prometiste que cuidarías de nosotros –le había soltado ella–. Eso fue lo que prometiste.

Y solo entonces Nealon había comprendido el dolor de Olwyn y también ese algo implacable que anidaba en su fondo. Los dos se alegraron de pasar a un tema que podían tratar como iguales. Eso también formaba parte de la función de Cuan: ser el punto de

encuentro entre ambos. Cualquier cosa era mejor que Nealon volviendo a defender su inocencia ante ella y darle más vueltas al manido tema de la fecha de un juicio que parecía aplazarse con cada día que pasaba.

–No es para tanto –dijo Nealon con tal suficiencia que supo que se estaba equivocando en cuanto lo pronunció–. Le dará carácter a su cara —añadió para acabarlo de arreglar.

–No te enteras de nada –siseó ella–. Le provocará mucho dolor. Para cuando dé el estirón de la adolescencia le estará presionando la zona alta de la columna y los dolores de cabeza empeorarán. Es probable que le salga joroba.

Olwyn se llevó la mano a la nuca como si simpatizara con lo que su hijo pudiera sufrir.

–Y este médico…

–Es un ortodoncista.

–¡Un ortodoncista! –exclamó Nealon–. ¿Y él sabe lo que le va a pasar al crío? –Nealon no podía creerse esa obstinación estúpida.

–Deja de decir chorradas –dijo Olwyn, inclinándose hacia él en la mesa–. No he venido aquí para discutirlo contigo, sino para informarte de lo que vamos a hacer.

–¿Lo que vamos a hacer? O sea, que ya lo has decidido y seguirás adelante sin mí, pase lo que pase.

–Y me pregunto por qué será. No sé si te has dado cuenta, pero no es que estés muy disponible para este tipo de conversaciones. Cuan va a operarse, le van a resetear la mandíbula, no podemos permitir que siga con esos dolores.

–¿Qué significa resetear? No me gusta cómo suena.

–Significa que le romperán la mandíbula y se la reajustarán para que encaje de una forma más cómoda.

–¡Es solo un niño, por Dios! ¿Por qué tienen que romperle la mandíbula?

La expresión de Olwyn fue prueba suficiente de que había cometido una nueva idiotez. La visita acabó poco después y no ha vuelto a verla desde entonces. En los días que siguieron le persiguió la imagen de Cuan flotando anestesiado mientras un cirujano con mascarilla se cernía sobre él con una sierra de marquetería.

Los pequeños incidentes de la vida familiar, eso es lo que recuerda ahora mientras conduce. Estar en la cama por la mañana y oír a Cuan cruzando el pasillo de camino al baño para hacer pis. El suave ritmo de sus piececitos golpeando el suelo, el ruido que hacía al levantar la tapa del retrete y el hilillo de líquido, uno de esos pequeños placeres para los que no tiene palabras ni contexto. El recuerdo le sobreviene como pura pérdida, una pérdida de una pureza desbordante.

Cuan era propenso a las hemorragias nasales. Aparecía de pronto de madrugada y se plantaba en el centro de su dormitorio con la mano en la cara, berreando de miedo. A Nealon le maravilla que Cuan pudiese levantarse de la cama y acercarse a ellos cuando aún estaba medio dormido y no era consciente de sus actos. Seguía el pequeño drama del grifo de agua fría en el baño, la toallita y todas las palabras tranquilizadoras que él alcanzaba a pronunciar, quitándole importancia al asunto para salvar a Cuan de sus temores. Luego lo llevaba a la cama, donde Olwyn aguardaba sentada para acogerlo en sus brazos y acostarlo a su lado. Nealon los arropaba bien antes de ir al cuarto de Cuan y quitar las sábanas, las fundas de

las almohadas y la colcha, meterlo todo en la bañera y quedarse allí mientras se empapaban de agua fría.

Y esa era su vida entonces. Desvelado junto a la bañera de madrugada, mirando el agua que se elevaba sobre los pliegues de tela hasta teñirse de rosa con la sangre de su hijo. Y se sentía agradecido, porque aquello también formaba parte de una buena vida.

Sigue conduciendo, pero por ahora no hay nada en este viaje ni en su destino que le haga sentir que tuvo una participación real en todo aquello.

Atraviesa otro pueblo apacible con su calle principal desierta y sus puertas cerradas a la oscuridad. Más adelante, la ciudadela corporativa de Allergan Pharmaceuticals se alza apartada de la carretera principal en su propio terreno ondulado.

Iluminada desde abajo, parece una nave espacial en un cuenco de luz, lo que resalta su singularidad. Cuando tuvo allí su primer trabajo de verano, Nealon no podía creer que aquel complejo centro de investigación, con sus cadenas de producción y sus laboratorios impolutos, estuviera tan cerca de su pueblo rodeado de campos, muros de piedra y pequeños rebaños. Le parecía algo sacado de una película de ciencia ficción. No encajaba en un entorno rural como el suyo, pero ahí estaba, sin duda, ese pulcro constructo llegado de otra versión del mundo. A Nealon aún le cuesta creer que la mitad de la producción mundial de bótox venga de ahí; procesado y enviado desde estas instalaciones por hombres y mujeres de los pueblos y aldeas circundantes, hijos de la tierra que elaboran ese correctivo cosmético a partir de un derivado del botulismo.

Nealon guarda buenos recuerdos del lugar. Disfrutó de un verano feliz trabajando para un promotor contratado para ampliar el almacén de envíos. Nealon condujo un volquete durante tres meses, arrastrando y descargando escombros en los cimientos escalonados y levantando nubes de polvo. Volvió al verano siguiente para trabajar en el mismo almacén, donde se destapó como un hábil conductor de carretillas elevadoras que desplazaba con seguridad por los estrechos pasillos, bajo pilas altísimas de cajas y palés. Demostró tener un instinto certero para la altura y el equilibrio, por lo que podía subir y bajar cajas y bidones de disolvente desde muy arriba. Era una habilidad que volvería a poner en práctica unos años después en otro país y con otro fin, pero aquel verano se alegró de haberse ganado un puesto legítimo entre los trabajadores del almacén que mantenían el buen funcionamiento de la operación. Entre la camaradería de los compañeros y las bromas de la cantina, Nealon había encontrado su lugar. Tenía todo el derecho a estar allí, un hombre entre los hombres. Sin duda fue la última vez que se había sentido tan a gusto pese a la indiferencia del mundo.

La instalación se pierde en la distancia. Dos columnas de vapor que salen de los conductos de ventilación del laboratorio anexo son el único indicio de que no se trata de un espejismo entre las luces que lo rodean.

Ha recorrido esta carretera miles de veces. Con lluvia, granizo y sol, yendo y viniendo a la universidad y a otros lugares. Sin embargo, a esta hora le transmite una sensación especial. Le gustaría pensar que en la oscuridad las cosas recuperan su peso y su equilibrio, pero no está seguro de que sea así. Es consciente de que lo embarga una

sutil interferencia, una agitación maligna que se ha infiltrado en las regiones más delicadas de su ser y que afecta a su lado más sensible.

En las afueras de otro pueblo, dos torres de agua se alzan a lo lejos como enormes chimeneas. También están iluminadas desde abajo, una marea de luz verde y roja asciende por los pilares de hormigón hasta los depósitos abovedados de la parte superior. Parecen una concepción de los años cincuenta de lo que será el futuro, un sueño de futuros pasados.

Más adelante, en la misma carretera, un enorme centro de bricolaje y alquiler de herramientas se alza detrás de un amplio aparcamiento cuyas plazas vacías están claramente delimitadas bajo la luz artificial. Hay algo devocional en la fachada arqueada, en la forma en la que se eleva hasta una aguja puntiaguda sobre la entrada. Sin duda, un dios hambriento aguarda en su interior, agazapado en una gruta oscura detrás de las hileras de martillos, sierras y cinceles.

El edificio pasa deslizándose en la oscuridad y mientras tanto Nealon piensa que su presencia, con todas sus herramientas y utensilios, es la prueba más innegable de que el mundo sigue siendo una obra en construcción.

La primera noticia de la alerta de seguridad llega con el boletín de las siete; Nealon lo escucha a su paso por Neale.

La información concreta es escasa, pero hay informes de que todos los aeropuertos están cerrados, las salidas se han suspendido y las llegadas se han devuelto a su origen o se han desviado a aeropuertos de Inglaterra y Gales. Todo el transporte marítimo está

retenido en los puertos y no habrá actividad marítima hasta nuevo aviso. Se solicita que solo se viaje si es absolutamente necesario y que nadie olvide su documento de identidad. Todas las escuelas permanecerán cerradas. Aparte de eso, poco más: ninguna indicación de si la amenaza es biológica, química o explosiva, ni tampoco de quién está detrás. Un portavoz del Gobierno se limita a confirmar que los organismos de seguridad están en alerta máxima y que seguirán así hasta nuevo aviso; se facilitará más información cuando esté disponible.

Hay un deje de incredulidad en la voz de la presentadora, como si le costara creer que las condiciones de su empleo la hayan llevado al extremo de tener que tratar algo así. No solo el mundo y sus constantes dramas, sino que también ella ha llegado a un límite. Parece aliviada de pasar a lo que llama «otras noticias», aunque seguramente sabe que a estas alturas no hay otras; a partir de ahora, cualquier historia se ubica en el marco de esta narrativa definitoria. Incluso a esa hora temprana, ya es enorme, inabarcable, y trae consigo su propio horizonte y un tipo diferente de certeza.

Apaga la radio y la calefacción, eliminando todas las distracciones para poder concentrarse en lo que acaba de oír. Algo en él ya se está sintonizando con una perturbación de orden superior, un cambio en el éter al que es sensible. Ahora todo se ha vuelto más afilado. Las cosas se perciben de otro modo antes de que despunte el día.

Nealon se abre mentalmente para adentrarse en la situación. El contexto global es evidente; con sus lugares remotos y sus protagonistas sombríos, la guerra contra el terrorismo es el relato dominante de estos tiempos. Se extiende por todo el mundo como un vasto malestar, la narrativa definitoria bajo la que han llegado a

vivir naciones enteras. Se han producido atentados en Madrid, Bali y Londres, pero hasta ahora esta nación insular ha evitado o ha escapado de un ataque directo pese a los fallos y lagunas bien documentados que se han observado en los procedimientos de seguridad de puertos y aeropuertos. El aeropuerto de Shannon, con su rotación periódica de fuerzas estadounidenses en tránsito, se presenta como el objetivo más probable de un atentado o como el punto de partida de un ataque contra objetivos más grandes y telegénicos del país vecino. Los analistas advierten de que es solo cuestión de tiempo que nuestra docilidad tácita con Estados Unidos nos convierta en objeto de algún tipo de represalia. Y nadie confía en que las medidas de seguridad existentes sean capaces de hacer frente a una amenaza seria.

Se pregunta hasta qué punto todo esto es grave. ¿Qué significa exactamente alerta máxima y cómo se supone que debe reaccionar la ciudadanía ante ella? ¿Ha muerto alguien, quizá un ministro del Gobierno? ¿Se ha descubierto un artefacto sospechoso? Debe tratarse de algo más amplio, un incidente nebuloso con una circunferencia tan amplia que justifique el cierre de todos los puertos y aeropuertos, de todo el tráfico comercial. Un acontecimiento que aúne impacto y envergadura.

Ahora que ha llegado nuestro momento, Nealon se pregunta cómo se comportará el país. ¿Dónde buscará orientación y precedentes? ¿Cuál será la respuesta de la comunidad? Lo más parecido que recuerda, por compararlo con algo, es lo que ocurrió hace un par de años: el país entero estuvo a punto de detenerse cuando la enfermedad de las vacas locas llegó como una plaga medieval. Todos cumplieron su deber cívico y colaboraron, tomándose en serio

la prohibición de viajar y de reunirse innecesariamente, y todos fueron conscientes de que podían ser un vector de la enfermedad. Todas las puertas y umbrales del país se empaparon de potentes productos desinfectantes para interrumpir cualquier vía de transmisión potencial. En su conjunto, la respuesta fue poco más que una fachada, pero a falta de otras acciones efectivas, la población adoptó estas medidas como un compromiso compartido con una causa común. Al cabo de una semana, el país al completo se detuvo y se volvió hacia el mar de Irlanda, donde un denso muro de humo se alzó sobre Gales mientras rebaños enteros de ganado eran sacrificados y arrastrados a enormes zanjas donde los rociaban con benceno antes de prenderles fuego. Las columnas de humo ceroso pudieron verse a ciento cincuenta kilómetros de distancia…

Nealon sacude la cabeza para detener la deriva de sus pensamientos. Es algo a lo que es propenso, estos saltos laterales del momento presente a lo abstracto y escabroso de la imaginación. Se trata de un retroceso a aquellas fases de su existencia en las que vivió de su ingenio, cuando tales digresiones formaban parte de su reputación de hombre hábil que se enfrentaba al mundo desde un ángulo distinto.

Pero ahora no es momento de asociaciones libres.

Necesita despejarse y concentrarse en lo que todo eso significa para él y su reunión. Nota una persistente sensación de conexión, de vínculos oscuros que convergen y se entretejen en el día que se avecina. De alguna forma, su cita está integrada en la magnitud de este acontecimiento, eso es lo que percibe. Necesita despejar un espacio mental para que estos dos elementos puedan jugar libremente entre sí y revelar la verdadera naturaleza de su vínculo.

Si no estuviera conduciendo, se tumbaría y cerraría los ojos. Unos minutos de introspección cambiarían las cosas.

Una elevación en la carretera y, más allá, una curva en ángulo recto que da a una amplia extensión de turberas. A lo lejos, una cadena de colinas bajas. Nealon cuenta seis o siete casas dispersas a lo largo de la carretera, visibles entre las colinas negras gracias a las luces exteriores que coronan sus graneros y establos.

Para en el arcén y se apea. No hace frío, pero una brisa ligera le roza la cara. Nealon se sienta sobre el capó caliente. Es algo que ha hecho muchas veces, no porque estos viajes sean largos o difíciles, sino porque la oscuridad es un placer en sí: el cielo con sus nubes desiguales y la carretera que desaparece hasta alcanzar las casas iluminadas. El silencio también es apropiado, una espera expansiva que le sitúa en su centro. El único sonido son los chasquidos del motor a su espalda.

Eso es lo que se le da bien. Un silencio así normalmente le permitiría centrarse en los elementos dispares y ver el complejo entramado de su unión. Arte y política, luz y oscuridad, pasado y futuro, puede ver los vínculos entre todos ellos. En algún momento ha dominado la técnica de delimitar fuerzas opuestas mientras las mantiene unidas en su mente, separadas y aparte. Entonces su circuito eléctrico se despliega libremente, sin interferencias procedentes de él ni de nada en su interior que pueda sesgar o distorsionar su coherencia.

Puede pasarse horas así, organizando un flujo de fuerzas y posibilidades convergentes, sin apenas atreverse a respirar por miedo a afectar el conjunto con alguna parte mancillada de su

persona. Estas eran horas de frágil encanto. No hay pruebas, pero está seguro de que nunca ha envejecido durante estas fugas, esta ausencia total de su ser que expulsa al tiempo de su cuerpo. Y, como siempre, le invade una sensación de transgresión, un agudo privilegio que nunca lo ha abandonado. No había nada tan apacible ni tan pleno en su vida, y era como si todo aquello tuviera poco que ver con él, como si fuese algo que se le hubiese concedido desde lo alto.

Pero ahora no percibe nada, nada al borde de esta ciénaga que se extiende en la oscuridad.

No le sorprende. De momento no se encuentra en el grado máximo de ansiedad, no ha alcanzado ese pico exhausto de tensión. Además, es normal que esté oxidado, considerando el tiempo que ha pasado tumbado en su celda hojeando revistas de la biblioteca. Las intuiciones embotadas son un efecto secundario previsible de ese letargo. No se va a apresurar a abrirse camino en este delicado escenario, así que se contenta con dejarlo reposar en su interior. Las antiguas sensibilidades e intuiciones volverán a su debido tiempo. Mantenerse atento, alerta, esa es su tarea ahora; evitar desviarse de sus mejores reflejos. Por pequeña que sea, esta cauta resolución le da seguridad. Le sienta bien ese voto de confianza en sí mismo.

Siente un alivio inmenso. Había temido que tanto tiempo de encierro hubiese atrofiado esos dones tan delicados. Días hojeando volúmenes de *National Geographic,* la única publicación en la cárcel que le permitía asomarse al mundo exterior. Se pasó semanas leyendo largos artículos y ensayos fotográficos sobre la selva tropical de Borneo o los diamantes de sangre de Liberia. Con su mundo limitado a una celda de tres metros por dos, había sentido una

relajación gradual, tanto psíquica como metabólica. A medida que pasaban las semanas y se negociaba y afinaba la naturaleza exacta de los cargos que se le imputaban, había sentido que ciertos impulsos en su interior empezaban a desvanecerse y a volverse inaccesibles, dejándolo aletargado y sin fuerza de voluntad. Eso lo había asustado –lo reconocía– y lo había impregnado de un estado de vulnerabilidad que no entraba en sus planes. Había intentado compensarlo en la pequeña biblioteca de la prisión leyendo textos de filosofía y política, enfrentándose a los argumentos de rivales ficticios. Pero se rindió al cabo de un par de semanas; no conseguía convencerse de que había algo significativo en juego ni de que hubiese un adversario que mereciera la pena.

Su error se hizo evidente. Había sido demasiado fácil confundirlo con una simple disminución de sus facultades, como si los estrechos y canales de su mente se estuvieran obstruyendo por falta de uso. En realidad, la necrosis gris que se dilataba en su interior constituía una prueba evidente de que él era, en realidad, un animal de contexto. En la monotonía de la vida carcelaria había una ausencia absoluta de compromiso mental y, sin él, siempre cabía la posibilidad de que Nealon se replegara sobre sí mismo y se cerrara en su núcleo palpitante.

El repentino timbre del móvil le devuelve al presente. El ruido es chirriante y molesto. Se lo saca del bolsillo y se lo lleva a la oreja. La voz es inconfundible, ya está acostumbrado:

–Vuelve al coche, tienes que seguir.

Tardó mucho en reconocerlo como caos y ahora se pregunta cómo pudo confundirlo con algo que no fuera eso.

Todos los días la misma rutina. Salir de la celda, desayunar y volver a la puerta para la inspección y el recuento. Luego la conversación superficial en el rellano con los otros reclusos para pasar el rato hasta la hora del ejercicio en el patio. Día tras día la misma rutina, una y otra vez; una repetición que le daba a todo aquello una apariencia de estructura. El ritmo lo era todo, y la forma en la que reunía a una legión de hombres en su rutina diaria era su propia justificación, la máquina en su inexorable misión de purgar la culpa. Hombres de todos los orígenes y defectos pasaban por su mecanismo purificador hasta el día en que salían, parpadeando a la luz con el alma trasquilada y limpia.

Y también caló en su alma. No por la forma en que lo arrastró para convertirlo en un componente más de su aparato, sino por cómo borró tantas cosas de su atención. Durante el tiempo que pasó allí, no pensó en su trabajo ni en su estudio ni en sus pinturas y sus pinceles abandonados. Tampoco pensaba en Olwyn ni en Cuan durante las horas diurnas. Estaban ahí fuera y suponía que a salvo, por lo que podía apartarlos de su pensamiento. Que él no fuera consciente de nada de eso no era solo un efecto de las paredes de color rosa y de los suelos de caucho. Este no era lugar para asumir nuevas culpas, ni para reunir nuevos pecados o faltas.

Le costaba pasar el tiempo. Esperaba noticias de su juicio, que se paralizaba una y otra vez por cuestiones técnicas y jurídicas. Su impaciencia y su optimismo iniciales decayeron rápidamente y Nealon adoptó una postura mental de defensa ante el asedio que no le permitía inscribirse en ninguna de las clases o cursos educativos que se le ofrecían, ni participar en ninguno de los grupos de lectura

que se reunían en celdas abiertas a lo largo de la galería. Ese primer mes se quedó ensimismado en su litera.

Una tarde se dirigió a la pequeña biblioteca. Era una sala situada en el extremo más alejado de la galería, un lugar iluminado y acondicionado como un aula infantil. Había pupitres individuales repartidos en el centro de un espacio rodeado de estanterías de madera que llegaban hasta el techo. Nealon vio enseguida que el puñado de hombres que había allí, inclinados sobre libros y revistas, correspondía a dos variedades. Había los que, como él, se habían alejado de la tensión de las galerías en busca de espacio y tiempo para sentarse a solas. A muchos no les interesaban los libros o revistas que habían abierto; tenían suficiente lectura que hacer con sus propias almas y sus esfuerzos solitarios arrojaban una fina luz sobre sus cabezas. El suyo era un trabajo oscuro y Nealon supo instintivamente que debía dejarlos en paz.

La segunda modalidad resultaba intimidante de otra forma. Se trataba de hombres entregados a la idea de que los libros eran como depósitos de sabiduría y aprendizaje, hombres que necesitaban desesperadamente ese saber y recorrían textos y revistas en busca del resquicio en el sistema legal que les permitiera reescribir la historia y declararse agraviados o merecedores de una segunda oportunidad. Hasta con la cabeza gacha apestaban a ansiedad, la emitían en un zumbido sibilante que crispaba los nervios. Nealon tampoco tuvo que evaluarlos prolongadamente para comprender que no quería participar en sus esfuerzos. Se sentía más cercano a la primera cohorte, los que agachaban la cabeza y cumplían su condena en silencio.

Ocupó un pupitre en el fondo de la sala, un lugar con luz directa cuando el sol giraba hacia el oeste a primera hora de la tarde y se asomaba por la esquina. De este modo tenía una visión completa de la sala, de los anchos hombros y de las cabezas inclinadas de los demás reclusos. También le dejaba al alcance de la mano una suscripción ininterrumpida de diez años al *National Geographic,* tan antigua como la propia prisión y que era el compendio de una narrativa que se convertiría en un poderoso hechizo para Nealon.

Al principio, su vínculo con la revista no tenía ninguna intención concreta; era poco más que una forma cómoda de pasar el rato. Paisajes nubosos, desiertos áridos, arrecifes de coral rebosantes de vida; página tras página lo examinaba todo, al principio con una actitud de pasivo asombro: le atraían las fotografías aéreas de multitudes y reuniones, manadas de ñus migrando por el Serengueti, perspectivas aéreas de bancos de sardinas en aguas azules. Luego la escala de las cosas menguó a primeros planos íntimos de crías de foca sobre inmaculados témpanos de hielo o una solitaria medusa brújula meciéndose entre haces de luz solar. Y después la escala se redujo aún más al mundo detallado del reino de los insectos: hormigas y termitas trabajando febrilmente. Toda esta abundancia natural era un preludio de la intervención delirante del hombre: los extensos centros urbanos bajo cielos de neón contrastaban con las ruinas de antiguas ciudades aferradas a montañas escarpadas, ahora invadidas por el bosque; petroleros desmantelados por enjambres de obreros metalúrgicos y equipos de limpieza que contenían gigantescos vertidos de petróleo.

Nealon se atiborró de estas imágenes, cautivado por algo que iba más allá de su interés por el color y la composición.

A primera vista, el continuo desfile de imágenes parecía un himno a la plenitud del mundo, un canto de alabanza que trataba de reconocer tanto el heroísmo como la desdicha de la intervención humana. ¿Cuánto tiempo pasó mirando una fotografía aérea de un enorme embalse californiano cuya superficie estaba totalmente cubierta de bolas de plástico negro para evitar que el agua se evaporase en el cielo del mediodía?

Y entonces se produjo un curioso cambio, algo que no podía prever. El paso de los días, con su apretada rutina, se endureció en él como una lente. Por la noche, en su celda, las imágenes que había consumido durante el día se tamizaban en su interior hasta convertirse en una capa compacta de apreciación, un sentido más amplio y profundo del mundo. Esos cardúmenes y enjambres, esos prístinos glaciares y esas dunas, esas ciudades y templos invadidos por la selva: es aquí donde reside nuestro ser y en esto creemos. Así se le presentó a Nealon al principio, como una oleada de barato sentimiento cósmico, como una gratitud expansiva. Pero también le inspiraba una clara imagen mental de que las cosas se desmoronaban, de que se alejaban de lo que alguna vez fue puro y completo para caer en la suciedad y la fragmentación. Esos vertidos de petróleo y esos lagos envenenados, esos grandes remolinos de desechos plásticos en el Atlántico sur. Las cosas se estaban deshaciendo, se desprendían de su verdadera esencia.

Y en las largas horas posteriores de reclusión nocturna Nealon le daba vueltas a esta idea constantemente, lo que lo arrastraba a un sueño intranquilo.

Otros quince kilómetros de carretera estrecha antes de girar hacia la autopista. Se produce un cambio en la luz, la oscuridad se vuelve más tenue.

Esta autopista –una incisión recta a través del espacio y el tiempo– se ha inaugurado durante su ausencia. Le inspira una clara sensación de velocidad y se sumerge en los ritmos tranquilizadores del viaje. El coche lo envuelve, lanzado a su propio impulso vertiginoso, y Nealon mantiene un ritmo constante, en torno a los ciento cinco kilómetros por hora. Se alegra de la paz auténtica que le ofrece.

Ve a lo lejos las luces de una estación de servicio y reduce la velocidad para detenerse en los surtidores. Ya hay una furgoneta delante de él y un cuatro por cuatro aparcado cerca del margen de hierba; en el asiento del copiloto, un hombre come algo de una servilleta. Nealon se pregunta por qué estos hombres se han levantado tan temprano, qué trabajo los habrá sacado de su cama a estas horas.

Echa treinta euros de gasolina sin plomo y entra en el luminoso interior. Detrás del mostrador hay una joven rubia de apenas veinte años. Según la plaquita de su blusa, se llama Anja. Pese a la luz dura y la sonrisa adormilada, Nealon ve que se convertirá en una auténtica belleza. Sus rasgos se irán definiendo con la edad y cuando aprenda a llevar con confianza su altura atraerá todas las miradas, el paso previo a romper corazones. Tiene todo eso por delante y Nealon se alegra de verlo tan claramente como si estuviera pasando ante sus ojos. Ahora mismo, sin embargo, está ansiosa por complacer. Nealon percibe el cálido nimbo que desprende a través del mostrador. No esperaba una impresión sensorial tan fuerte a

estas horas de la mañana y se le ocurre que en otro mundo sería bueno y correcto acercarse y tocarle la cara.

Por un momento esa idea flota en la luz como una posibilidad real.

El calor y el olor de los productos del desayuno le están afectando. De pronto repara en que Anja le habla, le pregunta si quiere algo más. ¿Quiere algo más?

Él reacciona, sobresaltado:

–No, nada, treinta euros de gasolina. Ah, y una recarga de veinte euros para el móvil.

Busca a tientas su cartera en la chaqueta. La simple transacción se está convirtiendo en un asunto desesperadamente complejo. Al poco se alegra de encontrarla y entrega el dinero. Todo el jaleo merece la pena por la sonrisa.

–Gracias –dice Anja–. Que tenga un buen día.

Un buen día.

La idea le sorprende tanto que aún está pensando en ello cuando vuelve al coche y sale de la gasolinera. Al incorporarse a la autopista, casi se cruza con una furgoneta que no había visto en el carril interior y que lo adelanta a toda velocidad entre bocinazos. Detrás del volante ve una cara enfurecida que pasa como una exhalación antes de darle tiempo a responder.

El incidente lo desconcierta y se pasa media hora sin salir del carril lento.

El siguiente boletín de noticias apenas ofrece novedades.

Los rumores de que un ala completa del Hospital Mater se ha habilitado como unidad de cuarentena siguen sin confirmarse. En el contexto de un atentado terrorista, la medida parece razonable y

proporcionada, pero Nealon sigue sin tener una idea clara de lo que ocurre.

Todavía le da vueltas a las posibilidades cuando aparece el primer control. Un policía con chaleco reflectante le hace señas con una linterna para guiarlo hacia el puesto, a cincuenta metros, donde un par de soldados con uniforme de combate y auriculares de comunicación flanquean a otros dos policías. Nealon se acerca y se detiene. Uno de los policías barre con su linterna la parte delantera del coche, fijándose en la marca y en la matrícula antes de enfocarle la cara un buen rato. Luego hace un rápido barrido del interior del vehículo antes de dar un paso atrás y volverse para decir unas palabras. Después le indica que avance entre los soldados que se han apartado a los arcenes.

Nealon sigue adelante mientras el puesto de control desaparece a su espalda. Tiene la sensación de haber atravesado una especie de portal, una fisura en el mundo donde el tiempo y las circunstancias se alteran inexplicablemente.

Cuando los policías y los soldados han desaparecido por completo, el móvil suena en el asiento de al lado y la pantalla retroiluminada proyecta un halo azul a su alrededor.

–Vas a encontrarte con dos más de esos –dice la voz–. No serán ningún problema, tú sigue al volante tranquilamente.

–¿Qué piensas de esta amenaza? ¿Cuánto tiene de verdad?

–No lo sé –dice la voz sin interés aparente.

–¿Quién está detrás?

–Tampoco lo sé.

–¿No tienes nada que ver?

–Eso no es lo mío, conduce con cuidado.

Y se interrumpe la línea.

A Nealon ya no le extraña la brusquedad de esas intervenciones. Su disposición automática a no cuestionarlas es algo que se planteará en otro momento.

La ciudad aparece poco después del amanecer, extendiéndose por el horizonte como un reguero de ascuas. Un resplandor anaranjado se eleva sobre ella y parece una voluminosa sustancia corrosiva. El perfil urbano, consciente de su existencia, ofrece agujas y torres de reloj entre su marea vertical. Las primeras gotas de lluvia caen sobre el parabrisas.

En el acceso occidental, el tráfico es denso y Nealon aminora a treinta kilómetros por hora. Después aminora aún más y se acomoda a un lento avance entre una sucesión de rotondas que finalmente, bordeando el río, lo llevan a los muelles. Cuando deja atrás el puente que cruza el centro de la ciudad, divisa el letrero de neón de un aparcamiento de varias plantas. El contador digital de la entrada le informa de que hay sesenta y tres plazas libres en los dos niveles por encima de la planta baja. Coge su ticket en la barrera y sube por el camino en espiral hasta encontrar una plaza en el centro de la segunda planta.

Toda la estructura huele a hormigón fresco, aceite y sal marina. Lo envuelve como una venda húmeda. Los suelos y pilares de hormigón resuenan con los portazos de los coches, seguidos del pitido de las cerraduras electrónicas al activarse. Una luz esmaltada se filtra desde el mar. Nealon coge la bolsa del asiento trasero y se dirige a la salida, aunque decide en el último momento descender por la escalera desierta hasta la planta baja.

La salida lo deja directamente en los muelles. El paseo marítimo se extiende ante él como una sucesión de planchas de metal repujado. Nealon tiene la desagradable sensación de que algo lo ha empujado del aparcamiento a la fría luz de esta pequeña ciudad.

El cielo matutino se carga de nubes que filtran la lluvia entre la luz gris; este día no tiene salvación. Algunas personas ya están en la calle: una raza agobiada, con la vista fija en el suelo, desanimada antes de que la jornada haya empezado a respirar. Tienen la expresión resentida de hombres y mujeres que desearían estar en otra parte, en cualquier otra. Bajo la cornisa de hormigón de la entrada, Nealon ve que una furgoneta de Securicor y una escolta de la Garda avanzan por la calle y doblan a la izquierda, en dirección al puente que lo ha traído hasta aquí.

Parte del mito fundacional de esta ciudad habla de que toda esta fachada se ganó al mar, de que la tierra se extendió piedra a piedra para elevar la zona portuaria por encima de la marca de pleamar. Barcos de Gran Bretaña y España atracaban y descargaban cargamentos de vino y sal a cambio de vellón y mármol de las tierras circundantes. Esta mañana, mientras el agua golpea los muelles, parece que el mar reclama su antiguo dominio sobre la tierra.

Nealon recuerda su propia historia.

Hace algunos años había recorrido esta misma calle en dirección a la estación de autobuses que había al pie de la colina. Por fin se marchaba, y eso lo hacía feliz. Feliz por dejar atrás varios años de trabajos serviles que lo habían sostenido a lo largo de su veintena, años desperdiciados en fumar porros, beber cerveza y engatusar a jovencitas dóciles con las promesas de la obra que pintaría cuando

su época de alcohol y drogas hubiese llegado a su fin. Había trabajado, de vez en cuando, como carpintero y pintor de decorados para una compañía de teatro, montando cenadores e interiores domésticos con planchas de madera contrachapada y MDF. El trabajo había sido estable de manera intermitente, lo suficiente para poder pagar el alquiler y la bebida, que era hasta donde llegaba su ambición en aquel entonces. Sin embargo, en algunos momentos de aquellos días y noches de charla incesante empezó a sospechar que ahí fuera había algo que a veces se le revelaba como una promesa vaga pero atractiva, que si se arriesgaba a dar el paso se vería recompensado. Y se sorprendió a sí mismo prestando atención y descubriendo que estaba abierto a la idea del cambio. Así que aceptó la promesa de buena fe, hizo las maletas y cerró la puerta de su casa en el Barrio Latino dejando a deber dos meses de alquiler y una factura de electricidad de casi cuatro cifras.

Cuatro horas más tarde, se apeó de un autobús en la otra punta del país y se adentró en la primera mañana de lo que él llamaría la Edad de Hierro.

Y ahora, años después, plantado bajo esa misma luz gris de la que surgen fantasmas y otros espectros, a Nealon no le sorprendería vislumbrar a su antiguo yo caminando hacia él con un abrigo largo y las rodillas asomando de los vaqueros, el uniforme de su época de genio andrajoso. ¿Y qué le diría a ese hombre más joven? En este momento no se siente con fuerzas para pensarlo; hay demasiadas preguntas murmurando a su alrededor, demasiadas cuestiones sin resolver.

Echa a andar bajo la lluvia subiéndose el cuello del abrigo hasta las orejas. La calle se curva a lo largo de los muelles y lo conduce al

puente de acceso a la ciudad. El hotel está justo delante, arrinconado en la luz matinal como un transatlántico recién atracado. Tiene una presencia lúgubre; Nealon percibe la luz y el aire que ha perturbado para ocupar su lugar en el mundo. Siente su peso encima de la tierra, cómo ha comprimido la capa freática.

Entra en el caos de un vestíbulo abarrotado donde tres recepcionistas uniformados atienden a una avalancha de huéspedes que se arremolinan con bolsas y maletas a los pies y abrigos cruzados sobre los brazos. Se respira un clima de ansiedad. Unas personas que comprueban varios documentos y mapas atosigan a un par de agentes de viajes visiblemente estresados que, en el centro del vestíbulo, hacen gestos conciliadores con las manos abiertas. Es un grupo de turistas que viaja en autobús y es evidente que han oído la noticia de la alerta.

Nealon se aparta a un lado. Esperará unos minutos hasta que el panorama se despeje. Está de espaldas a un gran lienzo. Se trata de una obra sin marco, salpicada de manchas de pintura rosa que surgen en diagonal desde un denso punto central en el extremo inferior izquierdo, que en sus bordes exteriores pasa a ser un nimbo blanco. Sugiere un momento explosivo o energía que pierde su propósito y vitalidad a medida que se agota. Si la obra tiene un título, Nealon no lo ve por ninguna parte. Bulle de enfado. ¿Qué aspecto de esta pieza convenció al comprador de que aportaría estilo a cualquier espacio público? ¿Y por qué, en este día y a esta hora, él se siente aludido por una provocación así? O, más exactamente, ¿por qué se provoca a sí mismo de esta forma?

La multitud de turistas se va reduciendo y los representantes y guías los conducen a las distintas salas y suites del hotel. En el

mostrador de recepción, Nealon se encuentra con una joven decididamente alegre que lleva el pelo recogido sobre una frente reluciente. Comprueba su registro y le dice sí, señor Nealon, tiene reservada una habitación individual en la tercera planta con vistas al puerto, pero no estará lista hasta mediodía. Si lo desea, puede dejar aquí su maleta y desayunar en el comedor principal, que estará abierto dos horas más; el importe se añadirá a la cuenta de su reserva.

Nealon asiente con la cabeza y le entrega la bolsa, agradecido. Si hay algo que aborrece es cargar con cualquier tipo de equipaje. Viaja ligero por muy lejos que vaya; si puede, nada salvo sus cuatro huesos. Se alegra de dejar la bolsa; eso le permite sentirse más cerca de sí mismo, más compacto, como si por fin dominara su espacio como es debido.

En el comedor, las mesas están repartidas en una zona central que se encuentra a un nivel más bajo; son cuadradas y tienen manteles blancos con tazas y cubiertos. Hay una libre a la izquierda, donde alguien acaba de dejar de cualquier manera los restos de su desayuno. Nealon reclama el sitio arrojando su chaqueta sobre la silla. Una camarera va inmediatamente a recoger la mesa mientras él se dirige al bufé, dispuesto en una tarima elevada contra la pared: una larga mesa cubierta de bandejas con tapas plateadas y cuencos de fruta.

A Nealon no le interesa la comida. Nunca le ha interesado y a veces, cuando se pone moralista, piensa que es una de las pasiones más inútiles y autodestructivas de su generación. Sin embargo, ahora nota en la barriga el deseo del campesino de comer algo caliente, como si ya hubiera trabajado todo el día. Se sirve huevos

revueltos, beicon y tomates con un par de tostadas y, sintiéndose algo avergonzado por la montaña de comida que lleva en el plato, vuelve a la mesa, que ahora está limpia y perfectamente montada, con una cafetera en el centro.

Faltan cinco minutos para las ocho, así que se saca los auriculares del móvil de la chaqueta, los conecta y enciende la radio. Para cuando dan las noticias, ya ha desayunado. El tono de la locutora no ha cambiado con respecto a los boletines anteriores. La misma nota de cauta incredulidad sigue subrayando su frustración por no poder añadir gran cosa a lo que ya se sabe. La información clara no va más allá de la confirmación, por parte del Ministerio de Defensa, de que las fuerzas de seguridad están en alerta máxima y de que se han puesto en marcha varias partes no especificadas del Plan Nacional de Emergencia. El portavoz no confirmará la naturaleza exacta de la amenaza, dando a entender que revelar datos precisos podría poner en peligro los planes para neutralizarla. El boletín continúa con otras noticias del resto del mundo, todas ellas con un aura de notas al pie. Por el momento no hay un mundo más amplio; esta amenaza es el único mundo que existe.

Nealon apaga la radio y deja el móvil bocabajo sobre la mesa. Se pregunta por qué lo pone así. ¿Hay alguna razón para querer ver el dorso del aparato?

La radio le había sido de gran ayuda durante los meses de prisión preventiva en que compartió celda con un elenco rotativo de personas en espera de juicio o ya condenadas. Todas dormían mejor que él: hombres grandes y pequeños con la espalda encorvada y la cara vuelta hacia la pared que se pasaban la noche roncando en la litera de abajo. Arriba, en las profundidades nocturnas, Nealon se

refugiaba en la radio y se entretenía investigando un puñado de emisoras presintonizadas. Una y otra vez volvía a la emisora local, con su variada selección de canciones country and western y éxitos de orquestas populares, grandes clásicos intercalados con anuncios y mensajes curiosos. Nombres y lugares que lo llamaban en la oscuridad. Lugares que conocía pero que nunca había visitado, cuyos nombres iluminaban la noche. Desde la litera de arriba, su imaginación se extendía a estas ciudades y pueblos con anuncios como

Maire Heane de Killaser, Jimmy necesita ponerse en contacto contigo, ¿puedes encender el móvil, por favor?

O

Atención conductores: hay dos terneros en la carretera junto a la señal del límite de velocidad, a la salida de Crossmolina.

O el más memorable de todos en una noche particularmente tormentosa, cuando el presentador advirtió a los motoristas de que

a la salida de Bohola, el tejado galvanizado de un cobertizo a dos aguas al borde de la carretera corre peligro de desprenderse con el viento. Todo el que pase por allí debe andarse con cuidado.

En su celda, Nealon se maravillaba de la interrelación implícita de esos mensajes, la camaradería de las preocupaciones y los peligros compartidos que mantenían a estas comunidades unidas. Él parecía haber nacido en el margen de las cosas y merodeaba en sus lindes, asomándose desde la oscuridad.

La comida le sienta bien.

Es cálida y sólida, pero también la acompaña una sensación de cansancio a la que se alegra de sucumbir. Recoge el móvil y la chaqueta y se acerca a recepción, donde con un poco de labia

convence a la ansiosa recepcionista de que le adjudique cualquier habitación disponible lo antes posible, en lugar de esperar a que le preparen la suya. La recepcionista hace una mueca de desagrado, pero él le dedica la mejor de sus sonrisas para asegurarle que es una tarea a la altura de sus capacidades. Y en efecto, tras algunas llamadas y varias comprobaciones en el ordenador, lo pasa de la tercera planta a una habitación individual en la cuarta. Él le regala una última sonrisa mientras coge su bolsa y la tarjeta antes de cruzar el vestíbulo hacia el ascensor.

Cuatro plantas más arriba, entra en un pasillo vacío, iluminado en toda su longitud por una serie de apliques triangulares, una reinterpretación art déco del candelabro medieval. El ritmo alterno de luces y puertas le provoca la sensación de estar atrapado en la columna de un vertebrado gigantesco.

Su habitación está al fondo, después del carrito repleto de ropa de cama y toallas. Tras cerrar la puerta, Nealon no recuerda haber hecho nada más que acostarse bocabajo en la cama y quedarse dormido.

ESTA PLAGA DE ALMAS

El mundo vuelve a él en ráfagas de luz y ritmo. Esto es sueño y algo más allá del sueño. Y mientras mantenga los ojos cerrados se elevará en un movimiento oscilante en el que el mundo se basta a sí mismo.

Mientras mantenga los ojos cerrados.

Se despierta completamente vestido en la cama.

El reloj de su muñeca le indica que falta menos de una hora para la reunión. Ducharse le parece una buena idea; un comienzo limpio, por así decirlo. Entra en el cuarto de baño y se pone bajo el chorro de agua caliente, que cambia a fría hacia el final y mantiene tanto tiempo como puede sobre su cabeza rapada. Después se pasa la maquinilla de afeitar y se pone unos vaqueros y una camisa limpia.

Se siente bien.

Ya ha digerido por completo el desayuno y también ha dormido, por lo que nunca estará en mejor forma para enfrentarse a quienquiera que vaya a conocer. Faltan diez minutos para la hora acordada. Coge el móvil y echa un último vistazo por si hay llamadas o mensajes perdidos.

No hay llamadas ni mensajes, nada.

Eso ha sido un error. Se le escapa una pizca de confianza, lo nota en las piernas. Maldice y respira hondo para tranquilizarse. Es hora de irse.

En el pasillo, la puerta de su habitación se cierra de forma contundente por su propio peso. Nealon entra en un ascensor vacío y pulsa el botón del vestíbulo.

Está casi desierto, el caos de la madrugada se ha solucionado; hay una sola recepcionista en el mostrador.

Ahora que la zona está despejada, a Nealon le sorprende la atmósfera luminosa del lugar. Un techo abovedado se extiende sobre una superficie diáfana y pulida que conduce hasta el mostrador de recepción y los asientos alineados a lo largo de las paredes. ¿Se habrá ampliado todo mientras él dormía?, se pregunta. Levanta la mirada a la curva del techo con sus molduras de yeso. De pronto se ve otra vez en el pajar con su padre, donde se protege de un chaparrón y siente la misma densidad de luz sobre la cabeza. Pero aquí también percibe algo más, algo expectante. Esta sensación de amplitud, la forma en la que viaja el sonido… le recuerdan a una estación de tren, un lugar donde los viajes se cruzan. No le sorprendería ver aparecer los números de los andenes, un tablón de destinos en lo alto de una pared o el aire bruscamente alterado por los anuncios de megafonía.

Esa idea atraviesa el tiempo y lo devuelve de pronto a su primera visita a la Hauptbahnhof de Berlín. Fue durante sus años errantes, cuando vagaba sin rumbo. Recién llegado al mundo y con una mirada limpia, lo observaba todo con genuino asombro. Al mirar el gigantesco panel de salidas con los nombres ordenados alfabéticamente, tuvo la irreductible certeza de que se hallaba en el centro del mundo. Trenes a todos los destinos: Madrid, Moscú y Mannheim. Tan lejos como Viena, Vladivostok o Zagreb. El mundo conocido, se dijo. Y en lo alto –increíble pero cierto– Arcángel, una ciudad que quizá se inventara él mismo o de la que había oído hablar en los márgenes de su conciencia. En aquel momento se la imaginó como una especie de colonia penal o un grupo de torres

petrolíferas del círculo polar ártico, una mancha negra en un paisaje prístino, habitada por una comunidad de convictos, estafadores y prostitutas. Se veía visitándola algún día. Encajaría en un lugar así.

Nealon frena el curso de sus pensamientos. Mantén la concentración, se dice. Ahora no es momento de ponerse a divagar.

Un par de sillones de cuero junto a la ventana ofrecen una vista despejada de la calle y de la dársena con los barcos anclados. El tráfico se desplaza de forma constante bajo la lluvia. Es fácil imaginarse que en pleno verano toda esta zona se llenará de luz, con el sol reverberando en los depósitos de petróleo situados en un extremo de los muelles. Hoy, sin embargo, lo que transmite es que si alguien se expone en exceso, esa luminiscencia gris le irá arrebatando el color de la piel, despojará a cada átomo de su propia luz y sombra, y todo se desvanecerá.

En la pared de enfrente, una gran pantalla de televisión muestra, sin sonido, las noticias de la radiotelevisión de Irlanda. Emiten la sección deportiva: fútbol, carreras de caballos y boxeo. Por un momento Nealon se pregunta cómo, en un día como hoy, el mundo puede encontrar tiempo para semejantes estupideces. Poco después su ánimo se vuelve más comprensivo. Por supuesto, ¿qué otra cosa podría hacer el mundo si no? La diversión y los juegos son una forma tan buena de pasar el día como cualquier otra.

Ve que hay cierto movimiento en el mercado futbolístico, algunos intercambios y ventas de última hora antes de que se cierre el período de fichajes. El boletín utiliza un montaje de vídeos para ilustrar el talento del delantero de un equipo modesto que acaba de comprar un club con opciones al título. Llueven los goles. Con la izquierda, con la derecha, de cabeza, de penalti, de falta… Una

constatación de todas sus virtudes. Parece bueno, reconoce Nealon. Podría ser decisivo para hacerse con el título a finales de mayo. Si el centro del campo está enchufado, quizá incline la balanza en la recta final de la temporada.

–Podría ser la respuesta –murmura una voz a su lado, poniendo palabras a su pensamiento–. Pero ¿puede dar el salto? Esa es la cuestión. Pasar de un equipo de mitad de la tabla a competir por el título no es poca cosa.

Nealon reprime el impulso de reaccionar inmediatamente o de hacer movimientos bruscos. Espera tres latidos medidos por el martilleo de su pecho antes de volverse hacia la voz que tiene al lado.

El hombre está de perfil, con las manos en los bolsillos y la barbilla levantada como si posara para un pintor o un fotógrafo situado en el otro extremo del vestíbulo. Totalmente inmóvil, mira la pantalla del televisor, conforme con darle a Nealon el tiempo que necesite.

Es de complexión robusta y lleva un traje gris arrugado en los tobillos. Hubo un tiempo en que Nealon podría haberse puesto un traje así, pero eso es cosa del pasado. Tiene la palidez de un hombre entrado en años que aguanta un peso considerable. Sin embargo, su musculatura es muy densa, dura en los hombros y el pecho. El perfil le recuerda a todos esos hombres corpulentos de su infancia que conoció en los mercados y ferias comprando ganado, hombres fornidos con abrigos, botas de agua y bastones de madera de fresno o tubos marca Wavin, hombres que se apoyaban en las barras de los corrales y pasillos para echar un vistazo a los terneros y a los recién destetados. Ahora el hombre se balancea sobre las

puntas de los pies sin prisa, bañado en paciencia. La distancia que los separa es de unos cuarenta y cinco centímetros, una distancia calculada con precisión para asomarse al límite del espacio personal de Nealon.

El hombre se vuelve y le tiende la mano. Nealon la estrecha sin vacilar. La siente como tiene que ser, gruesa y musculosa, la mano de un trabajador: un albañil o un yesero. Como la mano de mi padre, se dice, la misma fuerza contundente que proviene de una vida de trabajo físico. Piensa en el ángulo forzado con que se agarra el mango de una pala o de un azadón. Hacía mucho que Nealon no estrechaba una mano así.

–Vamos a sentarnos –dice el hombre, señalando las butacas de cuero junto a la ventana.

El hombre se sienta de espaldas a la pared, extiende los pies delante y examina el vestíbulo. Nealon observa que ya se ha acomodado y parece tranquilo. Es evidente que se ha preparado para una larga sesión de lo que sea que ocurra entre ellos. Sin ninguna prisa; este hombre tiene todo el tiempo del mundo.

–Me ha costado un poco distinguirte –dice el hombre.

–Estaba a la vista de todos.

–El pelo me ha desconcertado, es un gran cambio.

–Ya tocaba.

Su respuesta vaga lo irrita. Nealon está convencido de que ha perdido el pulso inicial. Pero el hombre parece indiferente y está mirando el televisor, donde las noticias han vuelto a la alerta de seguridad. Un reportero habla a la cámara plantado ante los edificios del Gobierno. Detrás, unos soldados con uniforme de combate vigilan la entrada.

–¿Qué opinas de todo este jaleo de la alerta terrorista? –pregunta el hombre.

–Parece serio.

–Pues sí.

–Me he topado con esos controles –dice Nealon–, pero es lo único que sé. ¿Ha pasado algo más?

–No que yo sepa, es todo muy difuso. He hecho algunas llamadas, pero no he averiguado nada. Me han dicho que el Gobierno hará una declaración al mediodía.

Nealon mira su reloj.

–Es mucho tiempo para mantenernos a oscuras. Creía que se darían más prisa en aclarar las cosas.

–Seguro que están esperando el momento adecuado. También ha cerrado la Bolsa.

Le resulta fácil cuadrar la imagen de este hombre con la voz del teléfono. La voz se materializa en el cuerpo y juntos forman una potente declaración. Siempre ha sido gordo, Nealon lo ve ahora claramente; no es un hombre abrumado por un exceso de carne en la madurez. Se le ve demasiado cómodo con su volumen, demasiado despreocupado por su corpulencia. No hay nada del pesar que tantas veces ha notado en hombres de esa edad que han sucumbido a la carne. Este hombre lleva toda su vida viviendo en paz con su persona.

–¿Se sabe de qué se trata? –pregunta Nealon–. ¿Es una bomba, o algo biológico o químico, o…?

Las palabras suenan improbables en su boca, extrañas y sin poso, pertenecientes a otras jurisdicciones.

–Por ahora, nada. Me sorprendería que fuese un ataque cuerpo a cuerpo. Yo diría que es algo dirigido a nuestra infraestructura de comunicaciones.

–¿Y los cuerpos de seguridad no dicen nada?

–Nada de nada –dice el hombre, cada vez menos interesado–. Sé tanto como tú.

–Tiempos extraños –dice Nealon.

–Sí que lo son –coincide el hombre. Y luego, en un giro repentino–: Pero iba a tocarnos tarde o temprano, tal y como está el mundo. La única incógnita es qué es exactamente y si es muy grave.

Habla con una indiferencia tan desganada que a Nealon le cuesta leer entre líneas una señal de que sabe más de lo que dice. Repara en la facilidad con la que han pasado del tira y afloja de sus llamadas a algo más sereno y cómplice. Podrían ser dos hombres con algún asunto entre manos distinto al que los ocupa.

Un grupo de turistas sale del ascensor, cinco o seis hombres y mujeres que arrastran maletas con ruedas. Llevan ropa de lluvia en diferentes tonos fluorescentes, puesta o doblada sobre el antebrazo. Un empleado uniformado que cruza el vestíbulo empieza a tranquilizarlos y orientarlos con gestos exagerados y expresión ansiosa. El hombre niega con la cabeza.

–¿Qué diantres buscan los turistas en esta parte del mundo en esta época del año?

–No han sabido elegir el momento, eso seguro.

–Nunca lo entenderé, viajar hasta aquí para conducir bajo una lluvia torrencial y ver cosas. Dios, si tienes tanto dinero que te quema en las manos, te puedo enseñar a hacer algo mejor con él.

–Yo tampoco optaría por esto –admite Nealon–. Pero allá cada cual.

–Sí, supongo.

Nealon nota con qué facilidad se compenetran, ahora son colegas que comparten su desconcierto ante la inmadurez del mundo. Le maravilla que el hombre encuentre tantas cosas dignas de su atención. Quizá sea un truco, una táctica para ganar tiempo con distracciones y trivialidades antes de entrar a matar. Ojo, tienes que estar atento, se dice.

Aunque nada de eso responde a las preguntas fundamentales: ¿qué quiere este hombre y qué puede ofrecerle a cambio? Antes de reflexionar al respecto, el otro interrumpe sus pensamientos:

–Y este asunto de la libertad –le dice–, ¿cómo lo llevas?

–Lo llevaría mucho mejor si me dejaran en paz.

–Te creo. Aunque no lo cambiarías por lo otro.

–No, eso no.

El hombre asiente.

–La persona que ha estado más tiempo en prisión preventiva. Recuérdame, ¿cuánto?

–Eso ya lo sabes, ya lo hemos hablado.

–Una buena temporada, que da mucho tiempo para pensar.

–Sí.

–Si pensar era lo que querías hacer.

–Dejémonos de tonterías –dice Nealon en voz baja–. ¿Por qué estamos aquí, qué quieres de mí?

El hombre lo estudia con tal detenimiento que Nealon tiene la desagradable sensación de que se ha equivocado, de que ha sido imprudente al mostrar su impaciencia por ir al grano.

–Estamos aquí para hablar –dice el hombre con suavidad, acomodándose en las profundidades de la butaca–. Charlar, nada más.

–Entendí que se trataba de algo más que una charla. Un intercambio de información, una aclaración; que había cosas que desconocías y que yo podía aclarar. Así que dime: ¿cuáles son esas cosas que quieres saber y que puedo aclararte?

El hombre reflexiona y su mirada se desplaza hasta recepción. Cuando por fin habla, su tono es ronco, como si viniera de un lugar seco en su interior. Es la voz de un hombre que fumó demasiado en su día, una voz que emerge de partes curtidas por el tránsito incesante de humo azul.

–Hay cosas que sabemos que sabemos –dice– y cosas que sabemos que no sabemos, las conocidas conocidas y las conocidas desconocidas. Pero hay otras cosas que plantean problemas muy reales, y estas son las desconocidas desconocidas, todas las cosas que no sabemos que no sabemos. Y de esas quiero que hablemos hoy.

–Conozco la cita –responde Nealon–, es del hombre que quiso una guerra barata y al que le mostraron la puerta cuando la cosa acabó en caos. Esa frase estará escrita en su lápida.

–En cualquier caso, no puede haber una declaración más clara de los tiempos que corren. Solo un tonto la desdeñaría.

–Tontos nunca han faltado –dice sabiamente Nealon–. Quizá lo sea uno de los dos aquí sentados.

El hombre ríe brevemente.

–No, no, aquí hay dos hombres sabios, nada más. –Y luego, sin perder un segundo, añade–: Me iría bien una taza de té. ¿Te

apetece?

A Nealon lo coge desprevenido.

–Tomaré café –dice atropelladamente.

–¿Nada más fuerte?

–No.

–Nunca he podido tomar café, no acaba de convencerme.

–No es para todo el mundo.

–Eso seguro. –El hombre levanta la mano y una camarera cruza el vestíbulo hacia ellos–. Té y café, por favor.

La camarera se marcha y arrastra un silencio que tiende un puente largo entre ese momento y el siguiente. Nealon toma la iniciativa:

–No tengo todo el día.

El hombre lo considera unos instantes.

–Te describiré una imagen para empezar. Solo para que los dos tengamos claro el origen de todo esto.

–No has venido aquí con dudas sobre mí.

–Cierto.

–Pues adelante.

–Como gesto de buena voluntad, te garantizo que nada de lo que aquí se diga saldrá de estas paredes.

–¿Y qué tal saber tu nombre como gesto de buena voluntad? Eso sería un buen comienzo.

El hombre niega con la cabeza.

–Mi nombre no te dirá nada. Es lo menos interesante y valioso que tengo. Tengo mucho más que decirte aparte de mi nombre.

–¿Y se supone que debo creerte sin más?

–Puedes creer lo que quieras, pero por ahora es lo único que puedo darte. Sugiero que no confirmes ni niegues nada de lo que diga. Puedes señalar las posibles incongruencias de mi historia. ¿Qué te parece?

Nealon extiende la mano en un gesto de aparente desapego. Ahora que se acercan al verdadero motivo de su encuentro, toda su atención está puesta en ese hombre. Se concentra en el sonido preciso de las palabras del otro; cada parte de su ser se esfuerza en filtrar y reunir las consecuencias de lo que sea que vaya a decirle.

–Vengo del sudeste, una parte del mundo con la que estás familiarizado. Más llana y hospitalaria que esta. Sin embargo, mis orígenes son similares a los tuyos: una granja pequeña, unas pocas cabezas de ganado. Como muchos jóvenes de mi generación, me uní a la Garda cuando acabé el instituto, y después de formarme me destinaron aquí y allá. Eran los años setenta y ochenta, una época salvaje y extravagante en este país: secuestros, robos y paramilitares. Se hicieron muchas cosas cuestionables y algunas fueron del todo ilegales, pero así era el juego en aquel entonces y yo lo jugué como todos los demás. A finales de los noventa, tras el alto el fuego, me ocupé del crimen organizado en Dublín, drogas y esa nueva generación de matones que surgió tras la caída del General; me familiaricé con la comunidad mafiosa. Tuve mi cuota de condenas y mi cuota de casos desestimados por un motivo u otro. Ganas algunos, pierdes otros; así son las cosas. Por el camino me saqué un posgrado en resolución de conflictos y me trasladaron con la OTAN a la antigua Yugoslavia para asegurar la paz y supervisar las elecciones. Aquello sí que me abrió los ojos: intentar que los vecinos no se mataran entre sí. Al cabo de dos años volví a casa y pasé un

par más haciendo tareas administrativas para mejorar mi pensión antes de jubilarme definitivamente. Y eso es todo, eso es lo que me trae a este momento.

Para Nealon, la expresión del hombre es una pregunta abierta.

–Es una forma muy fría de contar una vida.

–Pues te aseguro que ha sido toda una vida, treinta años y más. Aunque no sé qué dice de ella que pueda resumirla tan rápido.

–Podría ser una sarta de mentiras, de principio a fin.

–Lo creas o no, te diré que tengo cosas mejores que hacer que estar aquí sentado andándome con jueguecitos contigo.

–Así que ahora me toca a mí.

–Todo esto es un intercambio.

–Mi pasado es de dominio público. Hay información de sobra sobre mí. Ojalá hubiese habido más, así habría sido más fácil demostrar que no tenían que someterme a juicio.

–Déjame que te diga lo que sé, mi análisis sobre tu situación.

–Lo harás igualmente.

–Ten paciencia –le dice suavemente el hombre–. Deja que empiece con un par de rasgos generales y, si no me corriges, es que voy por buen camino.

Nealon no se mueve. Es consciente del rictus de concentración de su cara, pero no está seguro de que pudiera moverse aunque quisiera. Tiene la columna y la cadera bloqueadas.

La camarera llega con la bandeja.

–Pero primero el té –dice animadamente el hombre, apartándose para permitir que la mujer deje la bandeja en la mesa. Luego se pone a organizar y servir con energía. Nealon rechaza la leche.

–¿Tomas el café solo?

–Sí, es una manía de la cárcel. La leche está tan aguada que hasta se vuelve azul.

–No dormiría en toda la noche si tomara café –dice el hombre, apoyándose en el respaldo con la taza y el platito en las rodillas–. Con la cabeza acelerada sin ir a ninguna parte.

Es evidente que el té le complace.

–No hay nada igual –añade, satisfecho–. Nada.

Deja la taza en el platito.

–Bien, empecemos. Te llamas John Francis Nealon, hijo único de John y Edna Nealon, gente de campo sencilla con un terreno de quince hectáreas y un pequeño rebaño de vacas secas. Mejor situados que la mayoría, sin embargo, porque en esos primeros años tu padre trabajaba a temporadas como guarda forestal en Coillte. De acuerdo a las leyes de la época, tu madre renunció a su trabajo como empleada en las oficinas de tráfico cuando se casó con tu padre en la primavera del setenta y tres. Un año después, cuando estaba embarazada de ocho meses, hicieron un viaje a Dublín y llegaron justo a tiempo para que ella recibiera en plena espalda el impacto de una explosión en Talbot Street. De aquel desastre naciste tú, un milagro de tenacidad y premura obstétrica. Pasaste cuatro semanas en una incubadora, con el número de registro 0101570S, en el Hospital Nacional de Maternidad, donde te alimentaron con una sonda nasal hasta que consideraron que ya eras lo bastante fuerte como para dejarte al cuidado de tu padre, que había llegado a Dublín con una mujer embarazada que las circunstancias políticas y la historia sustituyeron por un hijo. Desconozco qué le pareció ese trueque, pero lo que sí sabemos es que nunca volvió a casarse y que dejó su trabajo de guardabosques para cuidar de ti a tiempo

completo. Los dos vivisteis juntos en aquella casa sin que ninguna mujer cruzara el umbral hasta que una noche, cuando tenías dieciocho años, tu padre llegó con unas cuantas pintas encima –había ido a un funeral–, se fue a la cama con el periódico y allí fue donde lo encontraste a la mañana siguiente, muerto de un tumor cerebral; tenía unos cincuenta años. A ti te faltaban cuatro meses para acabar el bachillerato. Ocho semanas después del funeral, un camión de ganado entró en el cercado, vendiste todo el rebaño y le arrendaste las tierras a Shevlin, tu vecino, antes de centrarte en los exámenes finales, que aprobaste con nota, con un sobresaliente en Arte como guinda del pastel. Pasaste los años siguientes estudiando pintura y dibujo en el RTC de Galway, donde te distinguiste en una serie de concursos nacionales como el dibujante más dotado de tu generación. Un instinto único para la línea y la sombra que se expresó en una ambiciosa serie de dibujos al carboncillo y miniaturas a tinta del paisaje industrial de Galway, sus muelles, los astilleros, los vertederos de la periferia y las canteras. Inspirada en el drama gótico de los desechos y el deterioro, era la obra de un joven de cierto tipo, aunque todo se realizara a una escala íntimamente delicada. En tu último año descubriste la obra de Gerhard Richter y tu trabajo adquirió un matiz sociopolítico, un tema sin precedentes en tu obra. Tu exposición para la graduación fue una sorprendente serie de diez retratos de los presos en huelga de hambre de 1981, elaborados a partir de recortes de periódico y material documental. Los reparos que pudieran tener tus tutores y examinadores sobre tu derecho o capacidad para abordar un tema así se desvanecieron ante la destreza técnica y la cruda emotividad de tu ejecución. Te graduaste con honores y obtuviste una beca de viaje que

aprovechaste de inmediato y te bebiste durante cuatro meses viajando por Europa del Este. Cualquier intención de seguir estudiando se pospuso indefinidamente. Volviste a la ciudad y pasaste los dos años siguientes trabajando como carpintero de decorados para una compañía de teatro y un estudio de cine que producía *thrillers* de serie B para el mercado sudamericano, mientras vivías la vida bohemia, bebiendo, fumando droga y ligando con jovencitas. Pasaste tres años así, montando escenarios con planchas de madera contrachapada y listones, la gran promesa de su generación desperdiciando su talento en droga, alcohol y palabrería. Tu siguiente paso (esto es algo de lo que podemos discutir, yo tengo mis propias ideas al respecto, pero me interesaría saber si cuadran con tu versión) fue llenar una mochila, dejar tu piso alquilado y subirte a un autobús con destino a la otra orilla del país, hasta nuestra bella capital, donde viviste con una comunidad de artistas y escritores en Temple Bar. Este es el período de tu vida que más me interesa. Son los años en los que tenemos que reconstruirte a partir de fragmentos de pruebas indirectas, a partir del efecto más que de la causa. Sabemos que volviste a trabajar en producciones cinematográficas independientes, en escenografía y construcción de escenarios. Esto duró dos o tres años, sin grandes cambios respecto a lo que habías estado haciendo en Galway. Pero poco a poco te fuiste alejando de todo eso y desapareciste por completo. En esa misma época, una serie de estafas llamó la atención de la Policía: gente que caía en baches y excavaciones de obras públicas, acudía al hospital con heridas y lesiones y que luego presentaba reclamaciones importantes al ayuntamiento. La investigación acabó llevándolos hasta un hombre que había alquilado un par de garajes

en Dublín. No tenía antecedentes penales, pero se creía que estaba detrás de la organización de esos accidentes. Este es un período vertiginoso de tu vida, un poco oscuro y no tan detallado como me gustaría; podemos volver a él, porque tengo preguntas. Lo siguiente es que vuelves a tu granja con una mujer, la bella Olwyn, y la aparente intención de rehacer tu vida. Cumpliste un tiempo el papel de buen marido y padre cariñoso. Ese período duró unos seis años, durante los cuales tuviste un hijo y pareciste adoptar una apacible vida de felicidad doméstica. Dejaste las pinturas y los pinceles y conseguiste trabajo como carpintero de obra, tejados y suelos, lo que te hizo ganar un buen dinero durante la burbuja inmobiliaria. No hay pruebas de que en esta época dedicaras tiempo a la pintura o a tu obra artística. Lo que fuera que hicieses se interrumpió bruscamente cuando te arrestaron en tu casa en plena noche y te acusaron de múltiples casos de usurpación de identidad con los que habías vaciado los fondos de varias cuentas bancarias. El Gobierno se afanó en presentar cargos contra ti y, a los pocos días de juicio, la acusación se derrumbó. El caso que presentó la Fiscalía era un desastre. De pronto quedaste en libertad y volviste a tu casa, que encontraste fría y vacía, sin rastro de tu mujer ni de tu hijo, y que así sigue hoy día.

De esta forma termina su exposición. Extiende las manos para indicar que esa es la verdad, que ha puesto todas sus cartas sobre la mesa.

–¿Coincidimos en que estoy hablando con el hombre correcto?

Nealon le sostiene la mirada, con los músculos faciales calcificados. Al otro lado de la ventana, un flujo constante de vehículos recorre los muelles. Detrás del tráfico hay un montón de

nasas de langosta apiladas al borde del agua. Boyas rosa y nasas negras sujetas con una cuerda azul: un improbable recordatorio, tan cerca del centro, de los orígenes de la ciudad como pequeño pueblo pesquero, de la vigorizante rudeza que se oculta tras su resplandor comercial y sus pretensiones culturales.

El hombre asiente.

–Perfecto –dice–, con una mirada basta.

Nealon está conmocionado. No había previsto ninguna versión de este encuentro en la que estuviera sentado en el vestíbulo de un hotel escuchando a un hombre contarle su vida de una forma que tenía más sentido que nada que el propio Nealon hubiese experimentado. Esta narración sin fisuras hace que se pregunte cómo ha podido sentirse tan fragmentado y desordenado. ¿Cómo es que no ha visto esa continuidad? Nada de eso encaja con la vida que él cree haber vivido.

Se queda ensimismado. Cuando vuelve en sí, el hombre lo está mirando y asiente como para tranquilizarlo.

–Esta es tu historia.

–Eso dices.

–Bien, ahora que ya hemos hecho las presentaciones, vamos a lo nuestro.

–No sabes cuánto me alegro.

–Te diré lo que veo.

Nealon levanta una mano para detenerlo.

–No, me importa un carajo lo que veas o creas ver.

–No pensarás lo mismo dentro de unos minutos.

–Si me haces perder el tiempo, me largo.

–Supón que te digo que sé dónde están tu mujer y tu hijo.

Nealon se lleva tal sorpresa que no consigue ocultar el sobresalto que le recorre el cuerpo. Ya es demasiado tarde para esconderlo, y la mirada del hombre le dice que sabe que ha asestado un golpe contundente

–Veo que tengo tu atención.

–Por ahora.

–Bien.

–¿Puedes decirme dónde están?

–Sí.

–¿Dónde están ahora mismo?

–Ahora mismo.

El hombre se inclina hacia delante para servirse otra taza de té, la leche primero y luego dos terrones de azúcar, que remueve con un pulcro giro de la cuchara. Puede que sea un gesto deliberado, una apuesta por una pausa dramática, pero Nealon prefiere creer que está ordenando sus pensamientos.

–El aburrimiento tiene lo suyo –empieza a decir–, el aburrimiento y la mente ociosa; no se sabe lo que puede arraigar en ella. A los dos meses de mi jubilación, me di cuenta de que el tiempo me pesaba y de que estaba perdido. Hasta jugar al golf y ver películas tiene un límite. Y la novedad de los nietos también estaba empezando a agotarse; hay un punto en que tantos gritos acaban siendo insoportables. Además, estaba molestando a mi mujer, le quitaba su tiempo y su espacio. A decir verdad, yo también me estorbaba a mí mismo. No conseguía concentrarme en nada, y los pocos proyectos que había puesto en marcha, como una consultoría de seguridad, no acababan de despegar. Leía el periódico y salía a pasear, así pasaba el día hasta que llegaba la noche, una hora tras

otra. Dios, es verdad lo que se dice de los hombres: no se nos da bien la jubilación, no tenemos el ingenio ni la imaginación para enfrentarnos a tanto tiempo libre. No sabemos cómo pasarlo ni cómo llenarlo de forma adecuada. En fin, con todo ese tiempo empecé a darle vueltas a un par de cosas con las que me había cruzado en mi vida profesional. Ya sabes cómo es eso de darle vueltas y vueltas a algo. Y eso hacía al final de cada jornada, me tomaba un vaso de un buen whisky de jubilado en la sala, con los ojos cerrados, y reflexionaba sobre las cosas que había conocido y que había visto en mi trabajo. Una especie de libre asociación de ideas… Así es como se me ocurrió al principio: unos destellos fugaces, unas pocas chispas y fragmentos dispersos que resplandecían en la oscuridad. Inicialmente nada que me llamase la atención, solo esquirlas y centelleos que cruzaban fronteras y husos horarios, piezas diminutas que resonaban en mi propio aburrimiento.

Nealon mueve la cabeza, incrédulo.

–El aburrimiento como estado místico, una forma de llegar al meollo de las cosas. No vas a convencerme.

–Un poco de paciencia. Al principio, unos atisbos sesgados, destellos que resplandecían en la distancia; así fue durante mucho tiempo. Sin embargo, cuanto más miraba, más creía reconocer una especie de patrón, una suerte de gramática profunda incrustada que insinuaba un origen. A decir verdad, al principio apenas podía creerlo. Pensé que solo eran fantasías mías y que lo que veía era un montaje de mi imaginación, no algo que existiera ahí fuera en el mundo, por así decirlo.

Nealon se inclina hacia él.

–Si sigues hablando con adivinanzas, me largo.

–De acuerdo, voy al grano. Cuanto más miraba, más fui convenciéndome de que realmente había algo ahí, algo más que destellos y casualidades. Y por un tiempo me contenté con esa explicación: el mundo era lo bastante grande como para crear alineaciones tan estructuradas, esas cosas podían ocurrir. Pero cuanto más seguía observando el caso, con todos sus incidentes y patrones emergentes, más sospechaba que había una mano que lo guiaba. Y no fueron el diseño y la estructura los que me llevaron a esa creencia, sino la voluntad y el deseo evidentes en cada una de sus líneas: esos eran los elementos más reveladores. No lo que era, sino lo que aspiraba a ser. Y entonces, justo cuando parecía que todo se aclaraba, me mostró algo totalmente distinto. En su gramática más profunda, en todas sus mareas y ritmos, no vi tanto un patrón como una firma. Al principio estaba borrosa y tardé mucho tiempo en leerla, pero al final no había duda.

El hombre se detiene, presintiendo obviamente que es un buen momento para hacer una pausa dramática. Nealon se vuelve para mirar el tráfico por la ventana, en un intento de estudiada indiferencia.

–Me estás haciendo perder el tiempo –dice Nealon por fin, apoyando ambas manos en los brazos de su butaca para impulsarse y ponerse en pie.

–Hace dos años –continúa bruscamente el hombre– seguí la pista de un avión fletado en Luanda. Siete horas después aterrizó en Lisboa y ochenta y siete refugiados, hombres, mujeres y niños con diversas lesiones y problemas médicos, fueron trasladados a un hospital de campaña de la Cruz Roja. ¿Significa eso algo para ti?

–¿Por qué iba a significar algo?

–Por supuesto. Por la misma época –continúa–, seguí el desarrollo de un programa de lactancia materna en Lahore. Vi todas las instalaciones y el apoyo logístico, también a las enfermeras contratadas que se enviaron a las comunidades para ayudar a las madres y los recién nacidos en el proceso de lactancia. ¿Te suena de algo?

La risa de Nealon es genuina. Echa la cabeza atrás con la boca abierta hacia el techo. El hombre asiente y sigue hablando.

–¿Más detalles? Vale, uno más. En las afueras de Kokrobite, en Ghana, hay una pequeña planta desalinizadora propiedad de una cooperativa local que funciona con tecnología alemana. Suministra agua a un pueblo de unos cuatro mil habitantes, en su mayoría pescadores. Vi la inauguración por internet; el pez gordo de la localidad alzaba un vaso de agua destilada a contraluz para que la atravesara limpiamente el sol del mediodía, antes de bebérsela de un trago para demostrar su pureza. ¿Te suena de algo?

Nealon niega con la cabeza y el hombre asiente.

–Hay mucho más.

El hombre deja que el silencio surta efecto. Nealon vuelve a negar con un gesto.

–Estos proyectos repartidos por todo el mundo, todas estas buenas obras, ¿qué tienen que ver conmigo?

–Eso es lo que me gustaría saber.

–¿Crees que tengo alguna relación con todo eso?

–Sí, estoy seguro.

–Es una locura.

El hombre asiente como si estuviera de acuerdo.

–Puedes sentarte ahí y negarlo todo, pero eso no nos va a llevar muy lejos.

–Es difícil declararse culpable de cosas en las que no he participado.

–Nadie ha hablado de culpabilidad; yo pensaba más bien en que lo reconocieras con orgullo, como el mérito que es.

El hombre se apoya en los codos y junta las manos en actitud de oración. Si cierra los ojos, completará la imagen del padre confesor, el papel que seguramente ha venido a desempeñar hoy aquí, piensa Nealon. Pero antes de que la idea se complete, el hombre continúa.

–Bien, que así sea. Te propongo algo. Te daré un ejemplo más y no tienes que decir ni sí ni no. Pero si te decides por el silencio, entenderé que seguimos en el negocio, por así decirlo. ¿Qué te parece? Recuerda que el silencio no es una admisión de culpabilidad.

Nealon no dice nada; su cara es completamente inexpresiva.

–Suena bien –dice el hombre–. Seguimos. A menos de una hora en coche de aquí, un postor en línea compró hace más de un año cuarenta hectáreas de terreno agrícola mixto en una subasta pública. Gran parte es buen terreno de pasto, aunque también hay zonas de matorral y bosque. La topografía inclinada le da acceso al agua y cuenta con una buena extensión frontal. Los rumores iniciales de que iba a convertirse en algún tipo de parque turístico se desvanecieron cuando se publicó un aviso oficial: todo el terreno sería destinado al mayor proyecto de reforestación de la zona. Cuarenta hectáreas libres de nitratos residuales y especies invasoras, devueltos a la flora y fauna autóctonas. ¿Qué te parece, te suena de algo?

Nealon sigue con la cara rígida e inexpresiva.

El hombre sacude la cabeza en una elaborada muestra de cansancio.

–Eso está muy bien, pero si sigues negándolo todo hoy no vamos a poder avanzar.

–¿Qué quieres que haga? No puedo admitir algo de lo que no sé nada, eso no nos ayuda a ninguno de los dos.

–Probemos otra cosa, volvamos al principio y veamos qué sabemos.

–Cualquier cosa será más clara que esto.

–Hace un par de años robaron tres BMW que se esfumaron sin dejar ni rastro. Al cabo de un año aparecieron calcinados en el arcén de la M1. No fue una coincidencia que aparecieran juntos en el mismo estado. Pero lo que también salió a la luz fue que había desaparecido una memoria USB de uno de los coches, un hecho que se había mantenido en secreto desde el principio. Esta memoria pertenecía a un responsable financiero del Servicio Nacional de Salud y contenía los expedientes de más de doscientos cincuenta pacientes de todas las especialidades médicas… ¿Ves por dónde voy?

–El Servicio Nacional de Salud lleva una década perdiendo y traspapelando historiales médicos por todas partes.

–Cierto, robos y pérdidas de portátiles y discos duros.

–Apareció un alijo de archivos en un pantano al oeste de Galway.

–Sí, un vigilante de la zona se hizo famoso por abrir esas bolsas de basura.

–Bien, así que todos esos archivos del Servicio Nacional de Salud desaparecieron, ¿dónde va a parar esta historia?

–Va a parar a un lugar inesperado. Durante mucho tiempo nadie supo de la desaparición del USB. La pérdida implicaba cuestiones de bochorno profesional delicadas, suficientes para mantenerla fuera del ámbito público. Se pensó que la mejor manera de abordar el asunto era mantenerlo en secreto y guardar silencio. Sin embargo, como ya sabemos, esconder la cabeza bajo el ala solo funciona un tiempo. Poco a poco salió a la luz que las pólizas de salud de algunos de los pacientes que figuraban en la memoria habían sido pirateadas. Básicamente, aunque detrás hay una serie de maniobras bastante complejas, estas pólizas se cobraron y los fondos se desviaron a otra parte. Estos hechos solo salieron a la luz cuando los afectados trataron de cubrir los gastos de sus procedimientos médicos y descubrieron que alguien había vaciado sus pólizas.

Nealon niega con la cabeza.

–Las pólizas médicas no pueden piratearse como si fueran cuentas bancarias, eso es absurdo.

–Sé que no es tan sencillo.

–No es como un robo digital, no pueden vaciarse como tú dices.

–No hace falta que me lo recuerdes, conozco toda la documentación: los historiales clínicos, las facturas y los recibos, las historias médicas y los regímenes de tratamiento que hay que falsificar, los plazos que hay que sincronizar, las firmas y los sellos. Hay que establecer identidades completas, es muy complejo. Ha sido una experiencia muy reveladora para mí, no tienes que contarme nada. –El hombre mira a Nealon y extiende las manos a modo de invitación–. ¿Quieres continuar tú con la historia?

–No hace falta ser un genio para ver adónde va.

–Tienes razón, estas personas han descubierto que sus pólizas están financiando proyectos benéficos en todo el mundo.

–Ese final se veía a la legua.

–Vaya, pues no hay premio. Pero no se trata solo de sus pólizas: los nombres y las identidades son cruciales.

–Sí.

–Por ahora hemos localizado a doce, cuyos nombres y dinero patrocinan proyectos en siete jurisdicciones diferentes. Queda por ver si el asunto acaba ahí o si se descubrirá algo más. Un grupo de investigación está examinando los archivos y clasificando cuáles se han pirateado. Quién sabe lo que se descubrirá en las próximas semanas.

Nealon cierra los ojos y apoya la cabeza en el respaldo. En cualquier otra circunstancia disfrutaría de estar sentado en esta butaca. Es de las que siempre ha querido, con reposabrazos y un buen respaldo; son butacas desde las que uno se siente capaz de arreglar el mundo. Pero eso no es lo que ahora tiene en la cabeza: el mundo puede esperar. Esta conversación ya ha durado demasiado y el hombre no da señales de abordar el tema que él ha venido a tratar.

Apenas ha terminado de pensarlo cuando el otro vuelve a hablar.

–¿Cuánto hace que no ves a Olwyn y al pequeño?

–Dos meses.

La respuesta se le escapa antes de poder contenerla. Eso es: dos meses. Como período de tiempo no tiene sentido en este día tan extraño, pero para Nealon es un indicador preciso de la pérdida pura, una medida de la verdadera soledad. Y cuanto más dura esta reunión, menos cree que algo de lo que averigüe aquí vaya a

aliviarla. Se siente cada vez más seguro de que el día tiene algo de inútil, una mancha cenicienta incluso en estas horas de la mañana.

Esta luz inversa hace que sus pensamientos vuelvan a Olwyn. La hora del día, la distancia desconocida.

¿Dónde se encuentra, qué está haciendo ahora?

Si las cosas en su mundo van bien y se desarrollan según lo previsto, Olwyn se sentará en algún sitio para tomar un tentempié de media mañana. Y lo más probable es que esté sola. Siempre ha preferido comer sola; el silencio le añade algo a la comida, decía. Si podía elegir, rara vez comía con Nealon; prefería llevarse el cuenco o el plato a la habitación contigua, donde comía mirando por la ventana con una expresión de satisfacción tan vacua que Nealon, cuando la vio por primera vez, se maravilló de que una persona tan intuitivamente lista como Olwyn pudiese borrar de forma tan completa cualquier atisbo de inteligencia de su rostro. ¿Cómo era posible semejante capacidad de anularse a sí misma? ¿Cómo era posible sustraerse tan plenamente a la propia atención? ¿Qué vínculos con el yo se deshacían en esos momentos?

Dos vehículos militares pasan por delante de la ventana salpicando las aceras entre la fuerte vibración de sus motores diésel.

–Y, por supuesto, *esto* tenía que pasar –dice el hombre.

–Es la segunda vez que lo comentas.

El hombre asiente sin apartar la vista de la calle.

–Es que así es, y lo repetiré si alguien quiere escucharme. –Se vuelve hacia Nealon–. Estos ataques terroristas eran tan predecibles como la noche después del día. Cualquier payaso podía verlo venir.

–Nadie aquí parece haberlo visto.

–Ha ocurrido antes.

–Aquí no.

–No, aquí no; eso es cierto. Pero, al parecer, a la gente se le ha pasado por alto que no hace mucho Rusia agredió a Estonia con un ciberataque que paralizó su infraestructura de transporte y telecomunicaciones. Solo un recordatorio amistoso de que los estaban vigilando y una insinuación no tan amistosa de que deberían hacer más concesiones a su población de etnia rusa.

–Esto parece algo más que un tirón de orejas.

–Tal vez, pero quien no lo viera venir es porque se empeña en estar ciego.

–¿Estás diciendo que nos lo hemos buscado?

–Por supuesto que sí. La forma en que nos hemos acorralado a nosotros mismos… Había un artículo en *The Guardian* hace un tiempo…

–Siempre hay un artículo en *The Guardian.*

–Era un artículo largo, sobre los prisioneros y las escalas del aeropuerto de Shannon.

–Sí, lo leí, era una cortina de humo y poco más.

–¿Eso crees?

–Claro, un sermón moralizante de principio a fin.

–Pues reconozco que a mí me sonaba a verdad.

–En ese artículo no había ninguna prueba.

–¿Y necesitas pruebas?

–Es una acusación grave que el país sea cómplice de la entrega y tortura de prisioneros, más grave no puede ser. Lo mínimo que podría haber ofrecido el periodista era alguna verificación. Y su acusación va más allá. Afirma que la casa está podrida desde los cimientos y que una parte de nuestra economía descansa sobre los

cuerpos rotos de esos detenidos que, a través de nuestros aeropuertos, se trasladan a lugares clandestinos donde se los somete a interrogatorios brutales. Al parecer, hemos hecho la vista gorda y hemos cambiado nuestras almas por un amasijo de componentes biotecnológicos e informáticos. Pero el periodista no presenta ninguna prueba, ninguna conversación grabada, ningún documento legal.

–Y, si no lo veo, no lo creo.

–Necesito algo más que un sermón de dos mil palabras en *The Guardian.*

–¿Y qué te convencería?

–Pruebas, como he dicho. Testimonios, entrevistas, fotos. No es mucho pedir.

–No, si quieres parecer ingenuo.

–¿Cuándo las pruebas nos han vuelto ingenuos, cuándo hemos dejado de buscar esa clase de verificación?

–Olvidas quién escribió ese artículo –dice el hombre.

–No, no olvido quién escribió el artículo. Conozco su trabajo, conozco su nombre y su reputación.

–Si sabes su nombre, sabes que es prueba suficiente.

–Aquí nadie es un santo.

El hombre mueve la cabeza con algo cercano a la lástima.

–Este hombre acertó sobre Blair en Irak, acertó sobre Snowden y también sobre David Kelly. ¿Qué más quieres? Y en cuanto a lo del sermón, te recuerdo que estuvo seis meses en una prisión de al-Qaeda en Mali. Así que no habla desde el púlpito, sino desde la cruz. ¿Y he mencionado que su primera profesión fue la de abogado constitucionalista?

–¿Así que su palabra es el Evangelio?

–Solo necesita su firma.

–¿Así es como funciona el mundo?

–Puedes convertir esa pregunta en una afirmación y eso te pondría al día con la realidad.

No sabía que era tan viejo, piensa Nealon. Vengo de otra era.

El hombre le dirige una sonrisa cansada.

–Y él asegura que va a ir a peor. La próxima filtración de documentos contendrá las pruebas que estás buscando. Apoyará todo lo que afirma en su artículo.

Nealon sufre un intenso episodio de vértigo. Todo su ser se eleva y solo deja en la butaca una cáscara de su persona. No esperaba que este encuentro acabara tratando de las grandes historias de la época. Blair, Irak, Snowden, al-Qaeda, son nombres que pertenecen a otro orden de importancia, a un clima más afilado en todos los sentidos. Un lugar más elevado y más amplio, donde el aire es menos denso y las cosas serias se desanclan. No hay nada hospitalario en ese reino para Olwyn, ni para Cuan, ni para él. Nealon desea algo más sencillo: poner su propio mundo en orden, colocar a cada persona y cada cosa en su sitio sin tener que prestar atención a las grandes historias que se curvan en el azul sobre su cabeza.

Su incredulidad ha terminado por consumirlo. Lo recorre en una oleada de liviandad, como si el mundo hubiera soltado un lastre esencial. Este es uno de esos momentos en los que, para recuperar el equilibrio, le bastaría con posar la mano sobre la cabeza de Cuan.

A menos que pudiera sentirlo, no creería.

–Es extraño que, precisamente tú, defiendas tan firmemente este país –dice el hombre.

–Soy una caja de sorpresas.

–Había dado por sentado que considerarías esa acusación más que probable.

–Yo solo doy por sentado que mi experiencia demuestra la supremacía de las pruebas. ¿Qué te trae aquí? –pregunta Nealon de pronto–. ¿Qué hay en ti que te permite ver las cosas tan claramente?

–He venido de buena fe –dice el hombre–. No tengo el menor interés en burlarme o provocar.

–El aburrimiento, el juego ocioso de la mente, no ha creado todo esto; hay algo que te reconcome. –Por primera vez Nealon tiene la ligera impresión de estar logrando que venzan algunas de las defensas del hombre–. Nunca he oído que el aburrimiento pueda construir algo así. ¿Qué estabas buscando?

–Hay una terrible falta de imaginación por ahí –dice el hombre–. Todo un mundo que reacciona a las circunstancias y a los estímulos. Pero no hay nuevas ideas, no hay nuevas iniciativas. Y por eso he venido aquí, para verlo por mí mismo. ¿Iba a encontrarme con un verdadero visionario o con un vulgar ideólogo?

–¿Y cómo va esa búsqueda?

–Creo que por buen camino. Tu nombre subyace a todo esto, aunque por ahora no pueda decir por qué. ¿Y quieres saber algo más? Incluso si eres culpable, incluso si eres responsable del robo de todas esas pólizas y de la tristeza que causó a todas esas personas, seguiría pensando que es algo bueno tenerte en la faz de

la tierra. Es un lugar más peligroso contigo en él, eso seguro, pero también es un lugar más completo.

–Pareces dispuesto a pagar un alto precio por tener a alguien que haga la ronda.

El hombre señala con un gesto las noticias de la televisión.

–A saber cómo acabará esta amenaza. Puede que se alegren de echar mano de tu ejemplo cuando tengan que recomponer las cosas.

–Me atribuyes demasiado mérito, tienes demasiada fe en mí.

Hay un tono de ligereza en la voz de Nealon. Una parte de él está disfrutando del vaivén de la conversación.

–No lo creo, no soy de los que pierden la noción de la realidad.

–¿Así que yo he visto todo eso? –Nealon señala el inmenso día con todas sus amenazas–. Mi zarza ardiente me lo reveló, los soldados en las calles y los controles en las carreteras. Esa fue mi visión y, al parecer, he construido un mundo contra este mismo día. ¿Es eso lo que me estás diciendo?

Nealon se detiene. Sabe que está a punto de caer en el sarcasmo mordaz y no quiere que eso ocurra.

–Podemos quedarnos aquí buscándole tres pies al gato todo el tiempo que quieras; es fácil, pero nadie nos va a premiar por ello. La admiración es la respuesta adecuada. Su amplitud, su alcance y su ambición curarán y sellarán esos defectos. Eso es lo que deberíamos hacer. No deberíamos ser pequeños y mezquinos.

Una familia ha entrado en el vestíbulo. Parecen desorientados, desconcertados. Al final, tras vacilar un poco, ocupan los asientos de la pared de enfrente. Son padres jóvenes con dos hijos, una niña pequeña y un niño de la misma edad que el de Nealon.

–¿Cómo se llama tu chico? ¿Conan?

–Cuan.

–Cuan, disculpa.

–¿Para qué quieres saberlo?

Si no entiendo ahora mismo lo que está pasando, todo este encuentro se me escapará, piensa Nealon. Demasiada palabrería y afabilidad, ya es hora de que me dé algo.

–Sigo esperando –dice Nealon–. He venido aquí de buena fe, pero hasta ahora todo lo que he oído es una conspiración global delirante. O me dices algo concreto o me voy.

Debería haberme callado, se reprocha Nealon. Esa nota quejumbrosa en la voz.

El hombre asiente.

–Tienes razón, no debemos olvidar el verdadero motivo por el que estamos aquí. Tiene que haber sido duro volver a esa casa sin tu mujer ni tu hijo, no puede haber sido fácil. Y luego pasarte una semana entera deambulando de habitación en habitación, cogiendo el móvil por si se te ha escapado algún mensaje y dejándolo acto seguido. Días duros. Conducir hasta aquí con el móvil en el asiento de al lado sin que suene, sin una vibración ni un pitido. Eso tampoco habrá sido sencillo.

–Que me haya resultado fácil o no es algo que no viene al caso. Quiero saber dónde están mi mujer y mi hijo. Así que, por última vez, si no quieres que me marche ahora mismo, te sugiero que empieces a hablar.

El hombre se reclina en la butaca como si de pronto fuera consciente de lo preciso que tiene que ser. Aquí hay márgenes delicadísimos, pérdidas y ganancias con diferencias imperceptibles.

Por primera vez Nealon repara en que el hombre vacila, un único e indeciso latido que va un paso por detrás de donde debería estar. Le preocupa. No es esa la actitud que quiere. Debería estar confiado, seguro de sí mismo y de lo que ha venido a decir. Esta vacilación no aporta nada sólido al intercambio.

–No te me pongas tímido ahora –le urge Nealon–. Dime que tienes algo más que una inverosímil conspiración mundial.

–Sería menos misterioso si fuera una conspiración.

–Mi mujer y mi hijo son lo único que me importa.

La rotundidad de esa declaración sorprende a Nealon. Al parecer, alguna parte profunda de él no era consciente de haber contraído semejante compromiso.

El hombre asiente.

–Me parece justo. Mi suposición es que creías que Olwyn y Cuan se habían quedado en la casa después de tu detención, ¿estoy en lo cierto?

–Era nuestra casa.

–Lo era, y tú creías que ibas a volver allí y que ellos te recibirían en la puerta. Que los abrazarías y seguiríais donde lo habías dejado. ¿Me equivoco?

–Es más complejo que eso, pero sí, esperaba que estuvieran allí.

El hombre guarda silencio y algo en Nealon rehúye ese momento.

–Me estás diciendo que se han mudado a otro sitio.

–Sí, eso es exactamente lo que te estoy diciendo. Se marcharon de esa casa un mes después de tu detención. ¿No lo sabías?

Nealon no responde. Por ahora no hay nada que pueda decir por la fisura que se le ha abierto en el vientre. La certeza de que su mujer y su hijo estaban a salvo en casa había sido una de las cosas

que lo habían sostenido durante esas largas noches en prisión. Era el lugar seguro al que su mente acudía al acostarse, cuando cruzaba kilómetros de oscuridad hasta el hogar donde, con Cuan ya en la cama, Olwyn seguro que se ocupaba de los preparativos para el día siguiente. Había algo de devoción en cómo se la imaginaba colocando la ropa de Cuan para el colegio, preparándole el almuerzo y dejando el desayuno listo en la mesa de la cocina. Sin embargo, ver ahora destruida esa seguridad es un golpe frente al que está desprotegido.

–¿Dónde ha estado, adónde se la han llevado?

–Nadie se la ha llevado a ninguna parte, las cosas no han ido así.

–Te repito, ¿dónde está?

–La gente la ayudó –dice el hombre–. Estaba sola y asustada en la casa después de que te encerraran, en pleno invierno sin nadie cerca, esas noches tan largas.

–Me lo habría dicho, nunca me mencionó que estuviera asustada.

–Te lo digo yo.

–¿Quién la ayudó?

–Los dos están felices y a salvo.

–No es lo que te he preguntado, y si…

De pronto el vestíbulo se llena de una presión creciente, palpitante. Nealon cae en la cuenta de que ya la estaba notando desde hacía unos instantes. Procede del exterior del edificio, una fuerza colosal que golpea las ventanas. Todo el espacio retumba con un estruendo sordo y envolvente cuando un helicóptero desciende sobre la dársena, alisando la superficie del agua como si la empujara desde arriba. Se mantiene suspendido en la luz gris, tan pesado e improbable a esa distancia que consume el asombro de los

presentes. Con todas sus insignias militares y su camuflaje, parece sacado de una pesadilla. La sala lo observa un buen rato, allí detenido en la lluvia oblicua, hasta que vuelve a elevarse y se aleja, desapareciendo en la distancia. El vestíbulo se sume en un palpitante silencio.

El hombre levanta la mano hacia la luz gris.

–Esos cacharros son un símbolo de los tiempos que corren. ¿Sabías que no hace mucho este país tenía más helicópteros per cápita que cualquier otra nación del planeta? ¿No es increíble? Helicópteros.

De qué me está hablando, se pregunta Nealon. ¿Por qué su cabeza da esos tumbos?

–Claro que te perdiste parte de eso –admite el hombre–, por estar entre rejas y demás. Pero así era cuando todos teníamos dinero, segundas residencias y un cielo lleno de helicópteros.

–Se nos fue de las manos.

–¿Qué creíamos que hacíamos, quiénes nos creíamos que éramos? ¿Nos veíamos tan evolucionados como pueblo que incluso podíamos desafiar la gravedad y ascender en masa al cielo? Una nación de ángeles embriagados. Claro que también creíamos hallarnos ante el final de la historia: pleno empleo, retroceso de la emigración y alto el fuego en Irlanda del Norte; costaba no interpretarlo como si la historia hubiese levantado una bandera blanca y se retirase con una reverencia.

El hombre tiene tal facilidad para el sermón lánguido que no necesita ninguna respuesta. Sin embargo, Nealon no puede dejarlo pasar.

–No sabría decir de qué se trataba, algunas cosas desafían al razonamiento.

–Y que lo digas; hay cosas que no responden a ninguna lógica. No tienen nada que ver con el curso normal de las cosas, por muy extravagante que sea el curso normal de las cosas.

Este día no tiene nada de normal, piensa Nealon. Parece una interrupción de todo lo que pasa por normal. Y lo que pasa aquí, en este vestíbulo, no es el tiempo en sí, sino lo que el tiempo deja a su paso al marcharse.

Siente que algo en él se acerca al otro. Por primera vez es consciente de lo opresivo de su volumen, de su extensión episcopal y de cómo, de un modo indefinible, se ha convertido también en la carga de Nealon. Otro de los dones del hombre, esta transferencia de peso que lo aligera con cada momento que pasa mientras Nealon se hunde más en su butaca.

–De todos modos, como iba diciendo, fue tu firma la que reconocí en el centro de todo, el mismo modus operandi trabajando para un fin sin duda muy distinto, pero reconocible igualmente; el mismo sello para los mismos movimientos.

–¿Así que volvemos a lo mismo?

–Solo un momento. A quien no veo es a ti. Era tu firma, eso está claro, pero siempre he tenido la sensación de que no eras tú, sino otra persona.

–No te sigo.

El hombre asiente, metido de nuevo en la historia. Une las yemas de los dedos.

–Entiendo la arquitectura de todo el asunto, la grandeza y la ambición de la construcción. Pero no el motivo que hay detrás. ¿De

qué se trata? ¿Qué se pretende conseguir? ¿Se trata de una empresa noble, como espero que sea, o de algo totalmente distinto, algo sórdido y podrido hasta la médula?

Me he perdido, admite Nealon. Tarda un momento en comprender que no ha hablado en voz alta.

–Todos estos proyectos repartidos por el mundo: las clínicas de lactancia, los programas de alfabetización, el proyecto de repoblación forestal, incluso un pequeño banco… ¿Qué significan? ¿Cómo se unen de una forma que tenga sentido?

Nealon siente la tentación de reconocer su propia perplejidad, pero ahora se ve incapaz. Hay poder en la convicción del hombre, una fe de la que no se desprenderá.

La atención de Nealon se desvía de nuevo hacia el televisor. En el rato que llevan ahí sentados hablando, las noticias han dado el giro completo y vuelven a centrarse en el futbolista que marca tantos goles. Esta segunda vez, Nealon puede apreciar más claramente su habilidad. La misma lluvia de goles otra vez, pero no como un montaje de diferentes partidos y competiciones. Ahora llegan en una cascada fluida de habilidad y visión, una expresión unificada de algo parecido a la codicia. Es un auténtico talento, reconoce Nealon, quizá un verdadero prodigio.

–Podríamos volver al punto de partida, justo al principio; eso podría ayudarnos.

–Hace mucho que lo dejamos atrás –suspira Nealon–, no vamos a sacar nada nuevo de un par de coches calcinados en el arcén de una autopista.

–No, no tan atrás, todo eso es una puesta en escena. El comienzo real está en las pólizas.

–Ahí vas por delante –dice Nealon.

–En mi opinión, todo empieza con las pólizas de seguros o, más exactamente, con la idea de los seguros. En algún momento viste esas pólizas; viste esas vidas y el valor que les daban sobre el papel, y eso te impactó. Ahí estaba, especificado en dinero contante y sonante, el precio que esas personas se habían puesto a sí mismas y a su existencia, el importe de su protección contra el mundo y todo lo que trae consigo: desgracias, accidentes y enfermedades, la vida misma. Y eso es lo que no pudiste digerir, te ofendió de una forma que no alcanzo a comprender. Y cuanto más las mirabas, más pensaste: «Esto me enferma, estas pequeñas vidas con sus almas atrofiadas, su cautela y su ansiedad, su falta de coraje e imaginación». Y ese fue el momento en que te apropiaste de sus nombres y documentos de identidad, los instrumentos de posesión, y soltaste esos fantasmas por el mundo.

Nealon niega con la cabeza.

–Hay maniobras muy complejas entre esa idea y su materialización. ¿Quién tiene acceso a ese tipo de experiencia y conocimientos tan privilegiados?

–No nos engañemos, sabemos que tienes tanto la capacidad como la influencia; podemos entrar en tu historia si quieres, esos años en Dublín.

–Si tuviera esa capacidad, la emplearía de una forma muy distinta. No le veo sentido a todo esto.

El hombre asiente.

–A mí también me llevó un tiempo verlo y aún no estoy seguro de entenderlo bien.

El hombre se detiene inesperadamente y Nealon ve algo parecido a confusión en su cara. Eso lo intriga.

–Vamos, inténtalo –le insta en voz baja. Todo esto de pensar y unir puntos, muéstrame adónde lleva.

Nealon tiene sus propias preguntas, pero no está seguro de que vayan a encontrar respuesta aquí. Sin embargo, quiere seguir indagando. Está seguro de que, para él, no hay nada más allá de este encuentro. Todo lo que hoy puede ofrecerle el mundo está aquí, en este espacio.

–La parte que no entiendo… –empieza a decir el hombre, antes de vacilar y desviar la mirada a una distancia media–. Tú –suelta de pronto–. Lo que no acabo de entender eres tú. –En un súbito arrebato de confianza, continúa–: Te veo por todas partes, en cada línea y en cada rincón, todas las sombras proyectadas son la tuya, tu luz y tu mano en cada pieza. Todo te señala a ti y, sin embargo, ¿por qué? ¿Por qué tú?

–Ya he dicho que no soy yo, creía que eso estaba claro.

El hombre niega con un gesto.

–Pasemos eso por alto un momento y sigamos.

–No veo de qué sirve, pero si ayuda en algo, adelante.

–¿Qué hay detrás de todo esto? Puedo entender que un hombre quiera construir algo. Pero la mayoría se conforma con una familia, un negocio o algo así: su pequeño mundo con la mujer y los hijos, la casa y el hogar. Sin embargo, este es un proyecto mucho más grande, su ambición mucho más amplia. Estamos hablando del mundo entero y quiero saber por qué.

Nealon no reacciona; no hace falta, esto no va a ninguna parte.

–La muerte de tu madre, ¿es eso lo que hay detrás de todo este asunto?

Nealon se contrae por completo. No querría que ninguna parte vulnerable de él se apoderase de este momento o cruzara el espacio que lo separa del hombre.

–¿Se trata de eso? –insiste el otro–. ¿La madre que nunca conociste y la forma en que murió, sus últimos momentos en este mundo impregnados de rabia y violencia? ¿De ahí viene toda esa ira?

Nealon siente que el hombre se le lanza a la yugular.

–¿Por qué ira? –le dice–. Creía que esto iba de buenas obras, de proyectos beatíficos.

–Sí, buenas obras, eso es innegable. Pero hay algo más en el fondo, en el tono de todo el proyecto, como una acusación. O quizá sea malicia… –Completa la idea en silencio antes de volver a hablar–. Claro, nunca conociste a tu madre.

–Eso lo sabe todo el mundo.

–¿Murió antes de que nacieras?

–No exactamente, pero casi.

–Es como si el mundo te hubiese fallado antes de que empezaras a respirar.

–No me sonrió, si es que te refieres a eso.

–Una madre no es mucho pedir.

–No parece un sueño extravagante. Al menos, no en un mundo razonable.

–Después de eso, tuvo que ser difícil sentir que algún sitio podía ser tu hogar.

–No lo pensé demasiado.

–Entonces ¿resulta que todo esto es un gran acto de venganza?

–¿Venganza de qué?

El hombre reflexiona un momento antes de hablar con cautela.

–Nada. De nada en absoluto.

–Más ambigüedades.

–No, un mundo tan miserable solo puede redimirse mediante un acto de venganza.

–No tengo respuesta a eso –dice Nealon. Extiende las manos por puro desconcierto.

Quizá el momento haya pasado y, aunque no está seguro de a quién ha beneficiado, se arriesga a respirar hondo.

El hombre parece satisfecho y sigue adelante.

–Aunque así sea, aunque solo se trate de un acto de venganza, sigue habiendo mucho que admirar. Tardé un poco en unir todas las piezas, pero en cuanto se perfiló un contorno, lo vi como algo bello. Mi preferida es la clínica de lactancia.

–¿Te gustó?

–Sí, es un ejercicio de auténtica imaginación, y también de mucho ingenio. La forma en que lo pusiste todo en marcha sin que nadie lo descubriese. Todos esos bebés pegados al pecho de sus madres con la financiación firmada y sellada antes de que nadie se percatara. Personal contratado y un proyecto de divulgación en marcha, suministros establecidos y demás. Dios, era imposible que alguien tratara de retirar la financiación, con todos los bebés mirando con esos ojazos. También había una especie de programa de alfabetización, si no recuerdo mal.

–Si tú lo dices.

–Eso digo. Y, por supuesto, este asunto también tiene algo de milagroso, la forma en que transmuta todas esas pólizas de cobertura contra enfermedades y lesiones en buenas obras.

–Espero que sirva de consuelo a los que han pagado por ellas.

–A saber. Cuánto te reconfortaría si ahora estuvieras en la cuarta fase de un cáncer con el sexto tratamiento de quimio y supieras que tu nombre había autorizado el avión y el transporte de esos refugiados. ¿Te reconfortaría? O a la mujer que patrocinó el proyecto de desalinización, ¿qué tipo de consuelo le aportaría? ¿Llenará el vacío en su ser donde antes tenía el útero, le parecerá un intercambio justo? Porque de eso es de lo que estamos hablando aquí, del verdadero sufrimiento que hay en el fondo de esto.

Nealon no responde y deja que su expresión pétrea se mantenga un largo instante. A cualquiera que lo observe desde la distancia, le resultará difícil creer que por dentro se revuelve desesperadamente.

El hombre continúa.

–Este era probablemente el mejor aspecto de todo el asunto, todos los elementos que reunía. De la cuna a la tumba. Era fácil continuar la historia a partir de ahí: esos bebés, después de haber tomado suficiente leche materna, pasaban a la siguiente fase: cogían sus libros y bolígrafos, aprendían a leer y escribir. Imaginar el siguiente capítulo era sencillo.

–¿Un arco narrativo, por así decirlo?

–No tan evidente.

–¿No?

–Los dos mercenarios rescatados de un sótano en las afueras de Bagdad, todavía no estoy seguro de cómo encajan en esto. Seguí su avión y los vi aterrizar en la base aérea de Büchel; sostenían en alto

su ejemplar del *Herald Tribune*, como si estuvieran en una película de Hollywood, sonriendo como dos imbéciles. Creo que uno es de Monaghan, ¿un exmiembro de la Legión Francesa?

–Podría ser.

–Sigue en el Hospital Nacional de Rehabilitación. No sé cómo le volverán a poner las plantas de los pies. Probablemente tendrán que injertarle piel del culo.

–Estoy seguro de que es más feliz allí que en ese sótano.

–El alcance de la operación y la atención al detalle, eso es lo que me atrae. Hay para todos los gustos: madres emocionadas, héroes duros, idealistas, ecomísticos y defensores acérrimos de la lactancia. Católico en el sentido más amplio, todo el mundo tiene cabida en él.

–Si tú lo dices.

–Todos menos las víctimas.

Nealon percibe la provocación, otro empujón deliberado por parte del hombre para sonsacarle una respuesta. Tendrá que hacerlo mejor.

–Y ese es el error que cometiste –continúa el otro, con la voz entrecortada por la decepción. Se inclina hacia delante y Nealon se sorprende al verle en la cara, por primera vez, algo parecido al verdadero enfado. El hombre separa un poco el pulgar y el índice–. Estuviste así de cerca. Así de cerca.

–¿Cerca de qué?

–¡Así de cerca, joder! La gran obra de arte que habría sido la envidia de cualquiera con espíritu e imaginación… estaba al alcance de tu mano. Incluso aquellos que se vieron atrapados y utilizados por ella te habrían perdonado, ¡estoy seguro! Con el tiempo, se

habrían reconciliado con su participación y su contribución. Habría sido un orgullo para ellos. Pero…

Y en su voz resuena una nota de pesar que sobresalta a Nealon.

–Le he fallado al mundo –dice Nealon.

–¡Ese fallo de imaginación al final! El tono de todo el asunto tal y como está ahora. No podías dejar que hablara por sí mismo. En lugar de eso, caíste en sermones baratos y en una ostentación moralista. Y, recuerda mis palabras, en el análisis final eso es lo que la gente objetará, que le fallaste a la obra misma y al sufrimiento de esas personas. Esto es lo que les cabreará y les pondrá en tu contra. Habían depositado grandes esperanzas en ti y en sí mismos con este proyecto. Todos sus avatares están ahí fuera, en algún mundo y existencia adyacentes; en algún reino metafísico que habrían acabado aceptando, pero que tú has contaminado con chorradas farisaicas. Por muy inteligente que parezca, todos esos prisioneros rescatados y esos refugiados liberados lo verán como la obra de un falso mesías, no de un verdadero redentor. Verás, ese es el defecto: todo el asunto se interpreta demasiado fácilmente como una venganza simplona.

–¿Qué puedo decir? Siento que todo el mundo esté tan decepcionado.

El hombre parece alteradísimo. Su arrebato, tan desmedido y torpe, deja en evidencia que no suele perder el control de sus actos. Se inclina hacia Nealon con el pulgar y el índice tocándose, la cara desencajada.

–Así de cerca –repite con vehemencia–, así de cerca, joder.

–Me parece que no hay forma de complacerte. Lo quieres pero no lo quieres.

–Sí, soy un público difícil, lo reconozco. Pero recuerda que lo han pagado caro, que hay un sufrimiento real en el fondo de esto.

Un momento incómodo se extiende ahora entre ellos, un sedimento amargo se ha filtrado en la reunión. En la visión periférica de Nealon, un grupo de hombres y mujeres de negocios aparece desde un espacio contiguo y celebra una especie de reunión de pie, en medio de la sala. Con sus trajes y camisas, tienen el brillo de los obradores de milagros, hombres y mujeres que hacen malabarismos con los valores y las probabilidades, el tipo de trabajo que les sitúa a un paso de la divinidad. Seis o siete del grupo, reunidos en un corro, se turnan para hablar.

¿Qué puede ser tan importante en un día así, en el que todo está fuera de lugar? ¿Qué puede ser tan urgente?

–Pero al menos esas almas errantes, desvinculadas, están ahí fuera haciendo algo para mejorar el mundo mientras el resto nos quedamos sentados cómodamente en nuestros sillones. Tu plaga de almas desatada por el mundo, cruzando fronteras y husos horarios para plantar sus pálidas banderas en nuevos territorios. Su nuevo modelo se va configurando como un nuevo Edén, una nueva soberanía anterior a la política…

El hombre extiende las manos como si no tuviera sentido añadir nada más.

Nealon ya ha escuchado bastante. Se apoya en ambas manos para levantarse.

–Vuelvo enseguida –dice mientras se dispone a cruzar el vestíbulo–. La naturaleza me llama.

En el cuarto de baño hay un hilo musical, una serie de murmullos y tintineos apagados. Unas notas sueltas descienden desde el techo falso mezcladas con un zumbido distante y el aroma a pino que impregna el lugar. Pasados unos momentos reconoce *Music for Airports.* Alguien ha reflexionado al respecto: el cuarto de baño como lugar de descanso. Toda esta decidida tranquilidad se ve contrarrestada por la luz fluorescente que se proyecta en el alicatado del suelo y del techo.

El reflejo de Nealon en el espejo le convence de que ha cometido un error fundamental. Ahora lo ve tan claro como una grieta en el bucle continuo de esa mañana: ha descuidado una cuestión esencial, se ha desvanecido tan sutilmente de su cabeza que no se ha percatado. En resumen, se trata de la primera ley de las negociaciones: no pierdas de vista lo que quiere el otro. O, en otras palabras: ¿qué tiene él que le interesa tanto al hombre del vestíbulo? Debe de ser algo de auténtico valor, algo importante, para haber sacado a ese hombre de las sombras.

Pero ¿qué, exactamente? ¿Es tan simple como que Nealon de admita que él es el origen de ese constructo enloquecido y redentor? ¿Eso lo satisfaría? ¿Conseguiría así que le dijese dónde están Olwyn y Cuan?

Se echa agua fría en la cara y se estremece ante el torrente de nervios y sinapsis que vuelven a la vida. Nota una cascada eléctrica sobre los hombros. La impresión le hace recordar a Olwyn y saca el móvil para ver si tiene alguna llamada o algún mensaje.

Se detiene un momento antes de comprobarlo; quizá no sea prudente.

No lo es.

No hay mensajes, como él ya sabía. Las líneas radiales que le cruzan los pómulos ahondan la expresión de despiste con la que a veces se le relaja la cara. Se pasa un buen rato contemplando su reflejo en ese espejo despiadado para enterrar su decepción.

Cuando vuelve al vestíbulo, el hombre está consultando el móvil.

–Me sorprende que la red siga funcionando. Pensaba que una gran amenaza terrorista tendría como objetivo las telecomunicaciones. –Se guarda el teléfono en la chaqueta–. Un apagón total, ninguna señal en todo el país, ni siquiera señales de humo; así creía que se hacían estas cosas. –Señala el televisor–. Acaba de salir, las primeras víctimas se han trasladado al hospital. Algún tipo de problema respiratorio, unos padres con tres hijos en cuidados intensivos en las Midlands. También han informado de que dos poblaciones de la costa este han sido evacuadas a lugares elevados a lo largo de las carreteras principales. Están esperando más detalles.

–Eso es algo más que una alteración, no es un ataque para saturar los servidores.

–Se trata de algo mucho más directo; están especulando que sea algo que se transmite por el aire.

En la pantalla del televisor, unos soldados con máscaras ayudan a los civiles a subir a los camiones y autobuses del ejército. La cámara se detiene en las personas mayores y las madres jóvenes que intentan en vano no contagiar su pánico a los niños que llevan en brazos o de la mano. El viento y la lluvia torrencial añaden una carga dramática a la escena.

El humor del hombre ha mejorado un poco. Los últimos acontecimientos, con su sensación de que por fin está ocurriendo algo coherente, le han aportado una luminosidad que es casi una disculpa.

–Es una pena que tenga que ser así –dice animadamente–, que tengamos que encontrarnos de esta manera. Habría sido mejor en otras circunstancias. Podríamos haber pasado un buen rato. –Señala el televisor con su mano gruesa–. ¿Sigues el fútbol?

–Sigo el fútbol gaélico –dice Nealon.

–Ya me acuerdo, hiciste pruebas para el equipo del condado, ¿verdad?

–Sí.

–Eras bueno pero no lo bastante, como se suele decir.

–Algo así.

–Este año será difícil predecir el campeonato. ¿Los tuyos estarán arriba en la tabla?

–Probablemente. Tenemos la costumbre de fallar al final.

El hombre sonríe y se pasa la mano por la frente.

–Sois unos mártires, eso seguro. Todos marcados con el signo de la fe. Pero fijo que en septiembre volveréis, con vuestros sombreros de paja y las caras rojas, persiguiendo enfermeras y maestras en el Coppers.

–¿Tú sigues la liga?

Frunce los labios en una mueca de falso desagrado.

–No, en mi tierra lo que se juega es la pelota chica. No nos va el fútbol gaélico. Creo que Cork será el equipo del año, puede que consigan el doblete.

–Será difícil aguantarlos si lo hacen.

–No más que de costumbre –responde el hombre con sequedad–. Por cierto, tú casi acabas allí, ¿no?

–¿Acabar dónde?

–En la prisión de Cork. La primera orden de arresto fue en Cork y tuviste suerte de no pasar allí la prisión preventiva. Es una cárcel muy dura. Está mejor Castlerea. ¿Qué tal te fue?

Nealon se encoge de hombros y mira por la ventana.

–Leí varios volúmenes del *National Geographic* y engordé trece kilos.

–Eso veo. Ya no volverás a ser el de antes, son demasiados kilos y los años no perdonan.

El hombre se queda pensativo. Nealon vuelve a sorprenderse de la facilidad con la que cambia de ánimo. Pasa de ser jovial y afable a reflexionar abstraídamente sin ningún motivo discernible que medie entre ambos.

–A menudo pienso que a todos nos iría bien una dosis –dice el hombre.

–¿Una dosis de qué?

–Una dosis de cárcel, una pena de prisión. En otros países, los ciudadanos hacen el servicio militar, el servicio civil o trabajos comunitarios, pero yo creo que todos tendrían que pasar un año de confinamiento solitario en una celda con barrotes en las ventanas, sin distracciones, para así tener que mirarse dentro del alma… Estoy convencido de que yo mismo lo aprovecharía.

–Hay quien diría que es una visión muy poco halagadora de la humanidad.

–Que digan lo que quieran. He vivido lo bastante y he visto lo bastante para no hacerme ilusiones. Pero, claro está, la paradoja es

que sois los transgresores los que moldeáis el mundo con vuestros grandes pecados e impulsáis el nacimiento de la ley. El mundo está en deuda contigo, Nealon. Sin personas como tú, el bien y el mal no serían tan obvios.

El hombre se reclina entonces, como si su argumento fuese concluyente y además Nealon debiera estarle agradecido por habérselo señalado.

–Dudo de que haya muchos que se sientan en deuda –dice Nealon.

–No es probable que se te acerque alguien para agradecerte tus esfuerzos, por lo que te recomiendo que no esperes esa clase de aplauso. Si esperas, mejor asegurarte de que tienes un cojín bien blando debajo del culo porque va para largo. Están en deuda, eso seguro, pero no de una forma que vaya a alegrarte.

Esa declaración le suscita una pregunta, pero Nealon guarda silencio. Está completamente absorto en el ritmo y las cadencias del discurso del hombre; puede hablar de lo que se le antoje, ningún tema le es ajeno. Su sonrisa se amplía hasta convertirse en una mueca siniestra. Nealon se da por vencido y extiende las manos.

–Vale, ¿están en deuda?

–Claro que sí. Arresto y detención prolongada y luego una investigación chapucera que colapsó un juicio. Ni inventado sonaría tan increíble.

–Es agua pasada.

–Y ahora esta nueva apuesta.

–¿Así que ahora soy un jugador?

–Eso es lo que parece. Estafar a las compañías de seguros… ¿Quién no ha querido ser ese hombre? Es puro Jesse James. Y esa

es tu apuesta: que el mundo también lo vea así y, una vez superada la conmoción, lo acepte y aplauda.

–Es mucho pedir.

–Sí, ese es el riesgo. No basta con despojar a estas personas de su identidad y de su tranquilidad económica, sino que además lo haces de una forma que ridiculiza todo aquello por lo que han trabajado, todo aquello en lo que creen. Es como el sermón de un misionero redentorista con una nota añadida de desprecio. –Levanta las manos en señal de inocencia–. No me malinterpretes, no estoy diciendo que eso sea lo que has hecho porque creo que tus motivos son mucho más elevados, sino que esa podría ser la interpretación de los demás. –Se reclina en la butaca, dejando la palabra a Nealon. Cuando este no responde, el hombre continúa–: Pero ¿por qué ibas a llegar a tales extremos? Esta es la pregunta para la que busco respuesta, ese es el verdadero premio.

–Sigues queriendo que diga algo que me ponga la soga al cuello.

–Digamos que quiero que lo teorices, que es lo que se te da bien.

–Siempre me he visto como una persona práctica.

–No es eso lo que cuenta la historia. Ambos sabemos que te hiciste un nombre como teórico en un mundo en el que ciertas cosas se hacían por las buenas o por las malas. Viste las consecuencias antes de que se manifestaran. Esa era tu reputación, lo que te hacía valioso. El hombre de las ideas que miraba al futuro.

–Es inútil que intentes adularme o apelar a mi vanidad. Ya estoy más allá de eso.

–Por supuesto. Pero siempre hubo algo más en ti aparte del teórico comedido, eras una propuesta más compleja. Aún se habla de la noche que tumbaste a Corcoran con la picana eléctrica.

Nealon niega lentamente con la cabeza. El hombre alza las manos en una demostración dramática de horror fingido.

–No me digas que no es verdad, no le quites la parte buena al asunto.

–Vuelves a hablar de forma críptica.

–Eres demasiado modesto. La noche que bajaste las escaleras con Olwyn al hombro, envuelta en un edredón, y la picana pegada a tu muñeca. ¿A cuántos tumbaste al pie de la escalera? Sé que Froglight cayó. Lo negó después, pero todos lo vieron cojeando las semanas siguientes. Y Corcoran también; ahora lo admite, pero tardó años en reconocerlo. Aunque entonces solo era un capo local, ahora que tiene su propia jurisdicción le gusta contar la historia como ejemplo: mira hasta dónde he llegado, por así decirlo, cuánto he aprendido. Se lo puede tomar a risa. Pero fue un hombre preocupado un tiempo, no se le levantó en una semana. Además, las dos mujeres que estaban allí esa noche lo vieron todo y la historia no tardó en saberse, así que era inútil negarlo. La metiste en la parte trasera de un Honda Civic, te largaste al otro lado del país en mitad de la noche y desapareciste de la faz de la tierra. Eso impresionó a mucha gente: lo que hiciste y cómo lo hiciste. La opinión mayoritaria era que si tenías agallas para intentar algo así, si tanto lo querías, entonces había que dejarte hacer. Te volviste famoso. ¿Sabías que poco después hubo un puñado de robos en oficinas de correos perpetrados por jóvenes que usaban picanas de ganado?

–Todo esto es nuevo para mí.

–Inspiraste a una generación. Durante un tiempo fue casi una moda, los chicos se electrocutaban con picanas para ver cuánto voltaje podían soportar. En cualquier caso, que una historia así se

mantenga en el tiempo, sea cierta o no, dice mucho del hombre que eras entonces. ¿Cuándo fue la última vez que viste a Cranly?

Nealon niega con un gesto.

–Tu antiguo mentor, lo conocí hace un año. Yo estaba en el Hospital St. James y me vio en el pasillo. Me estrechó la mano; menudo apretón, cualquiera habría pensado que éramos viejos amigos. Había ido a visitar a uno de sus nietos, que estaba ingresado por una amigdalitis. Me dijo que había tenido un infarto y que desde entonces había dejado de hacer muchas cosas. Pero me dio muchos consejos. Me preguntó si llevaba aspirina encima y me la recomendó encarecidamente. Abrió la cartera y me enseñó el trozo de papel de plata apretujado en una esquina. Lo habrías disfrutado de haber estado allí.

–Suena divertido.

–¿Sabes que fue nuestra fuente durante años?

–No puedo decir que lo supiera.

–Recibí el aviso el día que le dispararon al salir del garaje. Llegó por radio y afortunadamente yo estaba a solo cinco minutos. Di media vuelta con el coche patrulla y me lo encontré sentado en el bordillo, con la chaqueta alrededor del cuerpo y agarrándose las costillas. Me gritó: «Siéntate aquí y hazte pasar por policía». Soy policía, le dije. «¡Pues entonces haz que se te note más!». ¿Quieres que le eche un vistazo a eso?, le pregunté. «¿Por qué, eres médico?». No. «¿Entonces por qué quieres mirarlo?». Respiraba entrecortadamente y vi lo que tenía en mente. «Estoy harto de esto, te lo aseguro… Esta es la tercera puta vez», me dijo. Y, en efecto, los chicos volvieron en el Nissan Primera para rematarlo, pero cuando me vieron se lo pensaron mejor. Se largaron.

»Desde entonces estuvo bajo nuestra protección y fue nuestra mejor fuente de información de la comunidad. Me enseñó los planes del robo de Athy un año antes de que se llevara a cabo. Todo era obra tuya, me dijo; los esquemas, los horarios, las herramientas y el equipo, la eliminación y el blanqueo: todo al completo en cuatro hojas de papel de dibujo. Estaba muy orgulloso, como si estuviera enseñando los deberes de su hijo. Tiene buena pinta sobre el papel, le dije, pero ¿funcionará en el mundo real? Enrolló las hojas con una sonrisa de oreja a oreja y dijo que seguro que sí, aunque no de la manera que yo imaginaba. Estaba a medio camino de la puerta cuando le pregunté: «¿Y por qué debería hacer yo la vista gorda?». Me señaló con el rollo de papel: «Te he echado una mano. Ya me lo agradecerás más tarde». Después, en lugar de llevar a cabo él mismo el plan, se lo vendió a la gente de Lawlor a cambio de un anticipo y luego se sentó a ver cómo los Provos los destrozaban cuando aparecieron para reclamar una parte de los beneficios. Todo fue idea tuya, me dijo él con orgullo; había actuado siguiendo tu consejo. Le enseñaste cómo hacerlo y luego le mostraste por qué no debía hacerlo. Había un premio mayor, dijiste, lo único que hacía falta era paciencia. Y así te labraste tu reputación. Tenías ojo para el premio gordo.

–Joder, no te faltan historias que contar.

–Las tengo a millones, no te preocupes.

Nealon tiene que hacer acopio de su concentrada voluntad para borrar todo eso de su mente. Su atención pasa a los dos soldados que han tomado posiciones en esquinas opuestas de la calle. Uno está bajo el letrero de neón del hotel y el otro en una esquina con vistas despejadas de las dos calles que convergen alejándose de los

muelles. Están atentos, en guardia. Esta es la formación de patrulla perfeccionada por el Ejército británico durante los largos años en que recorrieron las calles de Belfast.

–Han sacado a los chicos, se lo están tomando en serio –observa.

–Es una alerta de máxima seguridad. Al parecer, hay niveles de terrorismo.

–Creía que solo existía el nivel malo.

–Los yanquis saben abordar este tipo de situaciones –dice el hombre, señalando a los soldados–. Se manejan mejor. Estuve allí hace unos años y me sorprendió que tuvieran el terrorismo codificado por colores, del amarillo al rojo; una guía para idiotas, por así decirlo. La alerta aparece en las vallas publicitarias de las estaciones de tren y los aeropuertos. Sabes inmediatamente cómo responder, cuáles son tus responsabilidades. Por supuesto, eso es lo bueno de los yanquis: su paranoia, la fe de sus padres. Una fe bastante infantil, pero lo bastante aguda como para mantenerte alerta. Pienso a menudo que podríamos aprender algo de ellos. Quizá no somos lo bastante paranoicos, damos las cosas demasiado por sentadas, eso es lo que nos pasa.

–Hablando de fe: una misión redentorista, has dicho. Esa referencia no puede ser más anticuada.

–Es algo con lo que no estás familiarizado.

Nealon niega con la cabeza.

–Te equivocas –dice–. Olvidas que fui monaguillo; los recuerdo bien. Llegaban a nuestro pueblo a finales de otoño, cuando se guardaba la turba y el heno, y nos contaban las delicias del infierno. El infierno estaba muy cerca de sus corazones.

El hombre hizo un gesto despectivo con la mano.

–Eso era cosa del Concilio Vaticano II, la versión aguada. Eres demasiado joven para haber recibido el tratamiento apocalíptico al completo.

Pero Nealon tiene un recuerdo claro. Esas semanas después de Samhain en que se atrasaba la hora y las noches se volvían más cerradas hasta alcanzar la plena oscuridad invernal. Toda la parroquia se dirigía a la iglesia de las afueras del pueblo, donde los hombres se sentaban a la izquierda y las mujeres a la derecha para escuchar a aquellos apasionados predicadores. Era otra época, una época en que los hombres vestían traje y abrigo, y los más viejos, en el fondo de la iglesia, extendían sus pañuelos en el suelo por miedo a que se les desgastaran las rodillas de los pantalones con el roce de la fría piedra.

Nealon recuerda muy bien la autoridad con la que estos misioneros subían al altar, seguros de su mensaje y de su público. Algunos ignoraban por completo el púlpito y, micrófono en mano, dominaban el espacio como artistas de cabaret. También recuerda la noche en la que un joven sacerdote levantó la custodia del altar como quien levanta un gran hueso a modo de trofeo, y la mantuvo en alto antes de fingir que la lanzaba sobre las cabezas de la congregación, hacia el fondo de la iglesia. Como el resto de almas presentes, la cabeza de Nealon se giró involuntariamente hacia el lugar donde probablemente el tótem sagrado se habría estrellado contra la mampara de cristal, haciendo añicos la imagen esmerilada del Espíritu Santo como paloma radiante. Cuando se volvió, el joven sacerdote estaba colocando tranquilamente la custodia de vuelta en el altar, deleitándose con la conmoción de toda la congregación y con el efecto dramático que había causado. A continuación, aclaró lo

que pretendía demostrar: que la persona que tenían sentada al lado era mucho más sagrada que el objeto sagrado que había fingido arrojar. ¿Y el escándalo que se habría montado si llega a tirarlo? Habría llenado titulares. *Sacerdote arroja un objeto sagrado en la iglesia: investigación vaticana.* Pero ¿no sería mucho más ofensivo a los ojos de Dios perjudicar a uno u otro de nuestros vecinos? ¿Acaso los que están a nuestra izquierda y a nuestra derecha no son más valiosos a los ojos de Dios que cualquier cáliz o custodia? ¿Acaso no habita Él en nuestro prójimo y no es una injuria al prójimo también una injuria a Dios?

A Nealon le sorprende la claridad con la que recuerda todo aquello. También recuerda que entonces le impresionó la analogía. Sí, Dios estaba presente en nuestro prójimo, afirmó el sacerdote esa noche; todos somos hermanos y hermanas en Cristo, el mundo es uno. Su padre no era tan fácil de convencer. Una hora más tarde, al salir del aparcamiento, comentó secamente

–Esos chicos no saben un carajo, pero a los truenos hay que escucharlos.

–¿De qué le sirve al hombre ganar el mundo si pierde su alma? –dice ahora el otro–. Ese era uno de los temas favoritos de los redentoristas. Estaba muy bien escogido, desde luego, sobre todo en mi parte del mundo, donde la gente no tenía ni un orinal donde mear. No era difícil volver la vista al cielo cuando había tan poco de este mundo que pudieras considerar tuyo.

Antes de que Nealon pueda responder, la mirada del hombre se dirige a la pantalla de plasma de la pared. Están a punto de dar las noticias de la RTÉ. La recepcionista, detrás de su escritorio, alarga el brazo del mando a distancia para subir el volumen.

Nealon se pregunta cómo es posible que no hayan interferido la señal de televisión. ¿No sería lo primero que harías si estuvieras conquistando el mundo? Apagar todo, todos los satélites, transmisores y antenas de telecomunicaciones, todas las formas que tiene un país de hablar consigo mismo; dejar el país a oscuras en todas las frecuencias, nada más que una mancha negra en el mar. ¿Por qué no ha ocurrido? ¿Tan difícil es?

El hombre, muy interesado en la pantalla, se ha inclinado hacia delante con los codos apoyados en las rodillas. Al observar sus anchos hombros y la rigidez de su mandíbula, a Nealon se le ocurre que todos los hombres de su vida se han reunido en este vestíbulo y se han fusionado en este único ser que tiene delante. Ve a su padre, siempre tan concentrado que no prestaba atención a nada más. Y también a Shevlin, siempre buscando sacar provecho de las cosas. Y a todos los corpulentos tratantes de ganado que entraron en su granja. Hombres toscos que nacieron sin dinero, pero a quienes, a base de trabajo y astucia innata, ahora no les falta. Y muchos otros, todos atrapados y superpuestos en este hombre de carne y hueso que tiene ante sí.

Y con esa idea viene una segunda: que como nunca hubo una madre en su vida, él no tiene una existencia propia salvo la que les debe a esos hombres, todos sus hábitos e impulsos acumulados, sus rasgos de personalidad. Nealon es la descendencia híbrida de todos los hombres que, de un modo u otro, se han cruzado en su vida desde su infancia huérfana de madre: pequeños granjeros, silvicultores, tratantes de ganado; estos hijos de la tierra sin pretensiones. No es una idea cómoda. No es una idea que le permita gestionar mejor este momento ni que le acerque al hombre que está

sentado tan cómodamente frente a él y a quien no parece preocuparle lo que pueda pasar hoy.

Nealon es ahora consciente de su propio miedo, que ha empezado a arañarle desde dentro. Este día ya está marcado por el destino sombrío que acabará tomando. No tiene ninguna esperanza.

Le cuesta concentrarse en el informativo. El rostro de la presentadora llena la pantalla. Es una rubia atractiva de mediana edad. Nealon recuerda que, este último año, la vida de la presentadora se ha convertido en un infierno a causa de un acosador que ha hecho que necesite protección de la Garda las veinticuatro horas del día. Está anunciando la declaración del Gobierno a mediodía. El hombre señala la pantalla.

–Me pregunto qué dirá, qué tipo de estrategia va a presentar.

–¿Nuestro ministro?

–Sí.

–Un llamamiento a la calma y unas palabras tranquilizadoras. Algo así, me imagino.

–Querrá estar a la altura del momento, ser un líder en una situación de crisis. Pero también debe tener cuidado. La última vez que un ministro de Defensa hizo una entrevista así, asustó a todo el país.

–Ya, después del 11 de septiembre. Al cabo de unos días llegaron a todas las casas pastillas de yodo por correo.

–Sí, para lo que sirvieron…

Tres ambulancias recorren los muelles en convoy, dejando a su paso una estela de luz verde y azul entre la lluvia. Les sigue una cinta de ruido ululante. Esta evidente urgencia de velocidad y color tiene un efecto repentino en Nealon. Desplaza el foco de la amenaza

de lo político a lo personal y, por primera vez, reconoce la situación como algo con capacidad para provocar un dolor real y personal.

Esto traerá diferentes tipos de sufrimiento, se dice.

Tarda un momento en reparar en su error; desde el principio ha interpretado lo que ocurre como una perturbación política, una cuestión de seguridad, sin haber dado nunca el salto imaginativo a víctimas de carne y hueso, tanto en su vida como en la de los demás. Y qué lenta ha sido esta toma de conciencia. Siempre llegando con retraso a la comprensión de la realidad. Ahora su mujer y su hijo están ahí fuera y, por primera vez, se da cuenta de su vulnerabilidad.

En el sofá de su izquierda, una pareja mira a media distancia. Ya tienen el aspecto apacible de la gente acostumbrada a esperar, se han adaptado a su ritmo sombrío. Lo mismo ocurre con las otras personas que lo rodean, la misma paciencia aburrida se ha instalado en todas. Justo enfrente, un joven con un portátil levanta la vista de la pantalla con expresión desconcertada. Evidentemente, algo en sus cálculos no encaja y ve que lo que aparece en la pantalla no acaba de cuadrar con los acontecimientos presentes o con los hechos que se producirán dentro de unos quince minutos. Nealon se compadece de él, puede entender que se sienta traicionado.

Por un momento a Nealon le parece que el mundo entero se ha quedado suspendido, los ruidos paralizados en su clímax, el mundo detenido a contratiempo. Por el ventanal ve que el tráfico de los muelles se ha coagulado en un flujo gélido, como si toda la escena hubiera surgido de una única pincelada de un tono cercano al blanco grisáceo.

A su alrededor, un pánico latente carga la atmósfera.

Nealon tiene un agudo sentido de las circunstancias, un instinto afilado para calibrar la gravedad específica de cualquier situación. Y ahora percibe que hay toda clase de complejas convergencias que le confieren a estas horas una intensidad que trascenderá al día.

También es un momento de promesas y resoluciones.

Mira a su alrededor. ¿Cuántos en este vestíbulo ya han decidido que, si salen indemnes de lo que se les viene encima, afrontarán sus nuevas vidas con un firme propósito de enmienda, harán borrón y cuenta nueva, empezarán de cero?

Y esta ansiedad traerá consigo una avalancha de concepciones, piensa Nealon. La gente se entregará por última vez, no escatimará esfuerzos. Una progenie pálida y ansiosa nacerá de estas horas. Dentro de nueve meses habrá un repunte en la tasa de natalidad nacional, una generación nerviosa de bebés blanquecinos con una conciencia innata de sus ansiosos orígenes.

Pero ¿hasta qué punto serán rigurosas las promesas y resoluciones si se hacen en estas condiciones? ¿Traerán esos hijos un compromiso auténtico si nacieron mientras sus padres cruzaban los dedos en la espalda? Sin duda, las promesas hechas en condiciones tan extraordinarias serán fácilmente apelables, fácilmente rescindibles. Le impresiona que un momento como este permita alcanzar temas tan especulativos.

Nealon es consciente de ello, de todas las reflexiones que tienen lugar a su alrededor, toda la autoevaluación, mientras el país al completo se contrae en un gemido tenso.

Si el hombre de enfrente tiene alguna de esas preocupaciones, se le da muy bien disimularlas. Por el momento parece haberse hundido por completo; está desplomado en el asiento, con el cuello

desaparecido en un charco de carne que asoma de la camisa. Nealon se permite una sonrisa interior. Al menos en esto tiene ventaja; no hay forma de vencer al reloj. Sin abrir los ojos, el hombre levanta la punta de los dedos y empieza a masajearse la sien izquierda. Al verle los ojos cerrados, Nealon tiene el pensamiento irracional de que son culpables de que el mundo entero esté a oscuras. Sin embargo, pese a la oscuridad, Nealon siente luz en su interior; está llegando con fuerzas a este tramo final, con un excedente de energía y agudeza mental.

Se siente bien.

Mejor que bien; lo ha hecho estupendamente, no ha admitido ni ha revelado nada. Está seguro de que todo lo que ha dicho de sí mismo son solo detalles inofensivos. No se ha traicionado, no ha afirmado ni ha negado nada, por lo que nada ha perdido. Si no ha obtenido una victoria absoluta, al menos puede felicitarse por haber resistido. Un empate, si se quiere, algo con lo que se habría conformado en cualquier momento de las últimas horas.

El hombre levanta la vista.

–Cuéntame, ¿cómo acaba? –le dice–. ¿Cómo te lo imaginas?

–¿Este atentado?

–No, joder, eso no me interesa. El fraude de las pólizas de seguros.

–Tú sabes más que yo al respecto.

–No estoy seguro. Pero creo que ves algo así como un nuevo mundo naciendo de las células madre, de las líneas maestras que has trazado.

–¿Un nuevo Big Bang?

–Algo así. Un episodio cegador de luz y sonido antes de que el humo se disipe en un altiplano soleado, poblado por una corriente de refugiados harapientos. Los desheredados de la tierra, los lisiados e impedidos que por fin vienen a reclamar lo que les pertenece. Todos ahítos de leche materna y aferrados a sus cartillas y lápices. Un mundo repensado; un mundo reparado.

–A mí me suena a más de lo mismo.

–No, no, no –dice el hombre con vehemencia–, en eso te equivocas, este es un momento prístino antes de que todo se fracture en fronteras e ideologías.

–Con los mismos defectos, para la misma caída.

–No lo creo. Este mundo tuyo tiene un origen completamente distinto, hay en su fondo un sufrimiento real. Cánceres e infartos, heridas de guerra y de accidentes de tráfico, todos los males a los que tiende el cuerpo, todas las patologías que lo asaltan. Un mundo que reconocerá su propia virtud entre tanto sufrimiento y se convertirá en la mejor versión de sí mismo.

–Tienes mucha fe en todo este dolor.

–No sé por qué te estoy contando nada, si tú ya lo sabes todo.

Al oeste, una grúa solitaria interrumpe el horizonte. Incluso a esta distancia y con poca luz se adivina la estructura entrecruzada de su pluma. La grácil sustentación de la grúa sobre el cielo es digna de ver. Nealon recuerda haber oído el término *grúas autoerigibles.* ¿Cómo es posible algo así? ¿A partir de qué punto evolucionan? Hay algo solitario en esta grúa que se alza libremente como una veleta sobre la ciudad. Los ingenieros y obreros siempre se alegran cuando las grúas se desmontan y abandonan las obras: es el momento en que todo vuelve a la escala humana y, por lo tanto, a ser más

manejable. Al parecer, escasean las grúas de este tipo en Occidente. Todas han emigrado al este, y bosques enteros de ellas se alzan sobre ciudades de la India y China. Esta aparece plantada como un centinela solitario en un cielo neutro.

En la pantalla del televisor se ve a una reportera que señala, a su espalda, el estrado vacío de un edificio municipal. Este es, evidentemente, el lugar desde donde el Gobierno se dirigirá a la nación. El podio está enmarcado en el centro de una abertura arqueada con columnas dóricas a izquierda y derecha, mientras que al fondo una amplia escalera se eleva y se pierde de vista. La puesta en escena está claramente concebida para dar profundidad y fortaleza a cualquiera que sea el mensaje.

La nación se guiará por esta señal visual. Dentro de unos minutos todos se volverán al unísono hacia este punto. Ya se percibe una sensación de espera, Nealon siente la inmovilidad que lo rodea. En todo el país se están aplazando conversaciones, reuniones y negociaciones hasta que esto se aclare. Hasta entonces no habrá tratos ni acuerdos. Los hombres con sus pruebas de percolación y la mujer con sus puntos de fidelidad se olvidarán, por el momento, de esas cosas. Y la felicidad de la mujer que ha recibido noticias tan esperanzadoras sobre sus problemas de fertilidad se verá ensombrecida por un mundo capaz de entregarse a semejante imprudencia. Toda la documentación de viaje que haya expirado en los últimos dos días seguirá así en el futuro inmediato, mientras que la mujer obsesionada con el reloj de buceo seguirá dándole vueltas a la idea de que quizá el tiempo mismo deba reajustarse cuando todo termine.

–Lo echamos a cara o cruz –dice el hombre, incorporándose en la silla como si de pronto lo hubieran llamado.

–¿El qué? –responde Nealon. Todas sus facultades se contraen para concentrarse en su interior, sus vectores mentales se endurecen hasta convertirse en una estrecha lente.

–La declaración –dice pesadamente el hombre gordo–. Verdadero o falso, cara o cruz.

Nealon no puede evitarlo. Siente que se le descompone el rostro, el desconcierto aflora en cada línea de su frente como si estuviera viendo algo espantoso a gran distancia. El hombre también se asombra.

–Nealon, Nealon –le implora en voz baja–, no me digas que no lo has pensado bien, no me digas que vas a tropezar al final.

Nealon guarda silencio.

El hombre niega con la cabeza.

–Estoy decepcionado, muy decepcionado. Precisamente tú, nada menos. Juegos y constructos, a eso te dedicas. No me digas que no lo habías tenido en cuenta.

Nealon se marchita ante su mirada. La expresión desencantada del hombre le dice todo lo que necesita saber sobre una repentina pérdida de fe. Un espasmo de dolor lo atraviesa y deforma los rasgos de su cara. Cualquiera que lo vea al otro lado del vestíbulo se preguntará cómo ha podido sufrir una lesión tan debilitante sentado en una butaca a plena luz del día.

–Un simulacro –dice el hombre gordo–, un juego de guerra. Llevaba tiempo sobre la mesa. Es un ejercicio de seguridad a gran escala para comprobar cómo se las apañan las distintas partes del sistema militar y de defensa civil frente a una amenaza como esta.

Para evaluar nuestra preparación ante un acto real. *Homo ludens,* Nealon, eso es lo que hacemos.

El fracaso de Nealon es imposible de ocultar, aunque la naturaleza de su derrota sea oscura. Se trata de algo más profundo que el orgullo intelectual: hay mucho en juego. El hecho de que no haya podido, pese a todo su talento, sospechar la diferencia entre lo falso y lo real le deja expuesto de una forma que no había imaginado. Y ahora comprende que el hombre lo tenía previsto de entrada y lo ha tenido en cuenta en todas las preguntas y respuestas de las últimas dos horas. Esas horas se han ido, y con ellas la posibilidad de reconsiderar su posición o sus palabras. Ya no hay vuelta atrás, no hay nada a lo que volver. Imposible decir también qué ha traicionado de sí mismo, si es que ha traicionado algo, o en qué posición de desventaja se ha colocado. Está demasiado cansado para seguir enfrentándose al hombre gordo, demasiado alejado de su mejor momento.

Verdadero o falso.

Realidad o farsa.

Uno o cero.

Nealon siente repentinamente su edad, los años se le echan encima de una vez por todas. No solo ha dejado su juventud atrás, sino que también se desvanecen en la distancia varios límites e hitos difíciles. Cosas que nunca volverá a hacer, por mucha energía o empeño que les ponga.

La idea de Olwyn y Cuan ahí fuera, en la amenaza de este día, lo atormenta. Están perdidos para él, perdidos y conspirando en su contra. Nealon mira la hora. Cuan estará en la escuela y Olwyn estará sentada en alguna mesa con los papeles del divorcio

extendidos delante, redactando una lista de cargos contra él. Nealon está seguro. Coge el teléfono.

–Olvídalo –dice el hombre.

–¿Qué?

–Olwyn no te llamará; te lo aseguro.

–Si pudiera hablar con ella… –Otra vez esa nota suplicante en su voz.

–¿Qué quieres que te diga Olwyn, «adivina dónde estoy»? Es demasiado tarde para eso.

Nealon no responde.

–No te engañes con ese viejo sentimiento. Si ella no quiere que la encuentren, no la encontrarán. Deja de esperar, Olwyn se ha ido.

–Las personas no se evaporan.

–No, pero tampoco se las puede conjurar de la nada.

Nunca los volverá a ver, a su mujer y a su hijo. Esa certeza lo atraviesa como un machetazo. Los ha perdido por completo y justo ahora los está dejando ir, está renunciando a ellos. Esta toma de conciencia no es repentina. Se remonta al momento en que cruzó el umbral de su casa y se adentró en un vacío que tenía mucho más que ver con él que con cualquier casa vacía. Fue entonces cuando lo supo. Y con cada momento y con cada paso desde entonces, en cada habitación y pasillo, ha aumentado un poco más la distancia entre ellos.

Y así es como debe ser, ahora lo ve. Deben mantenerse a distancia psíquica de él porque temen que su virulenta indignidad los marchite y los consuma. La siente correr por sus miembros, esta malignidad que todas sus vidas y errores han generado en él.

Y no es solo tiempo y espacio lo que se está abriendo entre ellos. No es que se hayan ido y se hayan mudado a otro lugar, es que él ha evolucionado hacia una soledad superior casi divina en su refinamiento.

Ya no le queda nada ni nadie.

Su mujer y su hijo se han ido, sus padres han muerto, ha renunciado a su talento, ha arrendado sus tierras a otro apellido. No se le quiere ni se habla de él. Y hay lucidez aquí, una soledad tan pura que solo alguien realmente oriundo de ella puede vivir en su corrosivo resplandor. Olwyn y Cuan están fuera de su alcance, en algún lugar donde no pueden oírlo. Su presencia en el mundo de su mujer y su hijo se está desvaneciendo por momentos, y resulta evidente que lo que sucede hoy es solo el contexto más amplio en el que ocurrirá algo más íntimo y demoledor.

Este momento es su prueba, la medida y el temple de todo lo que ha llegado a ser. Es consciente de la necesidad de afrontar esta inesperada ordalía con todo el aplomo que pueda reunir. Pero ¿a qué reservas recurre ahora, qué medida de gracia ha preparado?

Nealon se levanta de la butaca. Quiere estar de pie porque, pase lo que pase en los próximos minutos, prefiere afrontarlo erguido. Planta los pies en el suelo y, al elevarse, la sangre le sube de tal forma a la cabeza que cuanto lo rodea sufre un cambio repentino. Las láminas de luz se pliegan entre sí y el momento se transforma en un nexo estratificado donde confluyen todos sus pasados y su presente. Todas sus confusiones y contradicciones convergen en una mutación de espacio y tiempo que se extiende a lo largo y ancho de la sala y que ahora recorre todos los espacios iluminados que ha conocido: todas las habitaciones y cocinas, celdas de prisión,

estaciones de tren y vestíbulos de hotel, todos los pasillos y corredores por los que ha caminado. Y, por último, el pajar donde se refugiaba de niño con su padre para protegerse, bajo el repiqueteo del agua que cae sobre el tejado galvanizado, de la misma lluvia que ahora cruza el vestíbulo, en una cascada de grises.

Sin embargo, ese recuerdo sagrado viene ahora con una diferencia. Como siempre, los dos juntos, mirando las colinas lejanas. Eso sigue igual. Pero no es un efecto óptico lo que ha levantado la mano de su padre y la ha colocado sobre su cabeza. Ahí está. Siente el peso de esa mano a lo largo de los años, el peso sobre su columna vertebral que lo oprime contra el suelo.

¿Es esto lo que ve ahora? La atenta crueldad de este momento, en el que un recuerdo que guardaba como refugio se muestra como una tara arraigada en lo más hondo de su ser, transmitida de padre a hijo. ¿Y hasta dónde se remonta? ¿Lo sitúa al final de una larga línea de incredulidad heredada que se remonta al instante en que el mundo nació de la pura soledad? ¿Cómo sondea las profundidades de este momento?

«Y nunca se acaba», había dicho su padre.

La lluvia arrecia en estos momentos finales, lluvia de un tiempo pasado que desdibuja la distancia a través del vestíbulo, en cuyas profundidades brilla el televisor.

Nealon oye las campanas del ángelus sobre la ciudad.

El hombre se vuelve hacia él.

–¿Estás rezando?

Nealon no tiene nada que decir. Ahora llueve a cántaros.

–Te daré un comienzo: «El Ángel del Señor anunció…».

Todos se han vuelto hacia la pantalla, la lluvia les resbala por la cara.

Suena la sintonía de las noticias. Una fanfarria de metales sobre un zumbido electrónico se enreda con las campanas del ángelus. En la pantalla, una imagen por satélite del mundo y sus fronteras se disipa para mostrar a la presentadora del informativo, que ordena unas páginas sobre su mesa.

El hombre extiende la mano abierta; en ella hay una sola moneda.

–Cara o cruz –dice.

La presentadora levanta la cara para hablar.

–Elige –dice el hombre–, elige.

ÍNDICE

MIKE McCORMACK

Esta plaga de almas

TRADUCCIÓN DE MAGDALENA PALMER

narrativasextopiso

